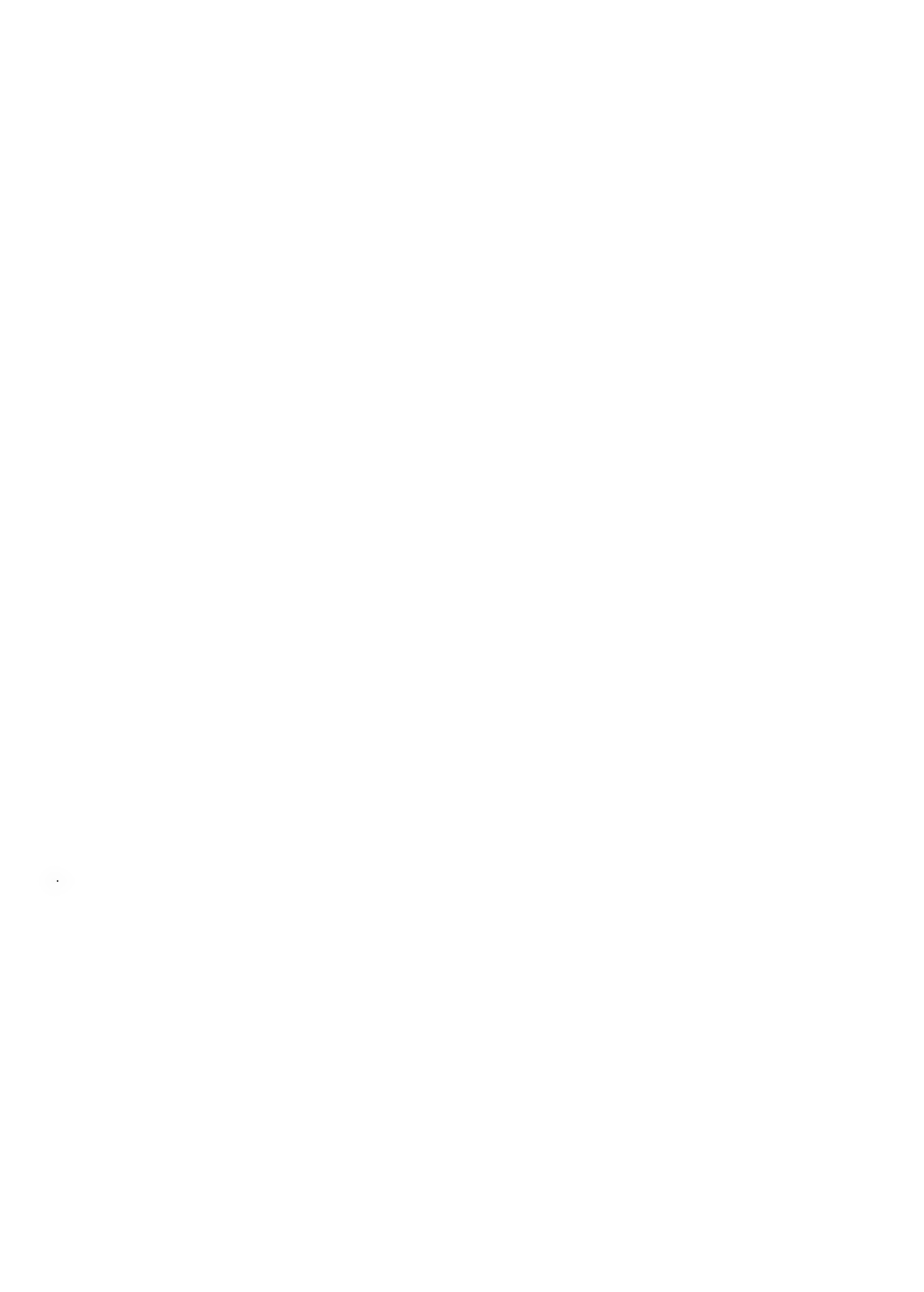


MDCCCCI

Montevideo

C. M. de Santiago

LIT. ORIENTAL, C. 33, NÚM. 108



ALMANAQUE ARTÍSTICO

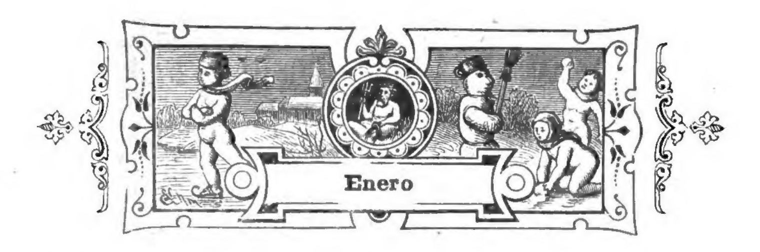
DEL SIGLO

XX

DIRECTORES:

FFANCISCO G. VALLARINO Y JUAN PICÓN OLAONDO.

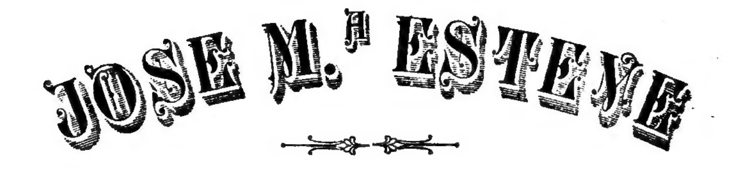




1 Martes ††† **La Circuncisión del Señor.**
2 Miérc. San Isidro ob. y m.
3 Jueves Sta. Genoveva virgen, San Florencio obispo.
4 Viernes Stos. Gregorio, Aquilino y compañeros mrs.
5 Sábado San Telésforo papa y mártir.
6 DOMINGO **La Adoración de los Santos Reyes.**
7 Lunes Stos. Julian martir y Raimundo—*Ab. las Vel.*
8 Mártes San Luciano mártir, y san Severino obispo.
9 Miérc. San Julian y santa Basilisa mártires.
10 Jueves Stos. Nicanor diácono y Guillermo arzobispo.
11 Viernes Santos Anastasio monge é Higinio mártir
12 Sábado San Benito Abad.
13 DOMINGO Stos. Gumersindo y Leoncio ob.—*Duelo nacional.*
14 Lunes Stos. Hilario y Eufracio obispos.
15 Mártes Santos Pablo primer ermitaño y Mauro.
16 Miérc. San Marcelo papa y mártir.
17 Jueves El Triunfó de S. Sulpicio y San Antonio abad.
18 Viernes La Cátedra de San Pedro en Roma.
19 Sábado Santos Canuto, Mário y Santa Marta mrs.
20 DOMINGO *El Dulce Nombre de Jesús*—Santos Sebastian y Fabian mártires.
21 Lunes Santos Fructuoso é Inés virgen, mártires.
22 Mártes Santos Vicente y Anastasio mártires.
23 Miérc. Santos Ildefonso y Raimundo de Peñafort.
24 Jueves Stos. Timoteo y Feliciano ob. y N. S. de la Paz.
25 Viernes La conversión de San Pablo
26 Sábado Stos. Policarpo ob. y Paula viuda: *Ab. los Trib.*
27 DOMINGO *La Sagrada Familia*—N.ª S.ª de Belen—Santos Juan Crisóstomo ob. y Dacio mártir.
28 Lunes San Julian obispo.
29 Mártes Stos. Francisco de Sales y Constancio obispos.
30 Miérc. Santa Martina virgen.
31 Jueves San Pedro Nolasco fundador y sta. Marcela.

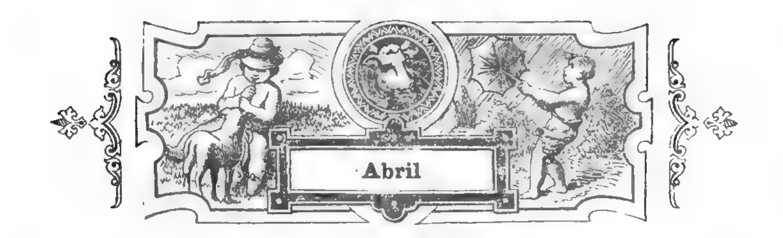


1	Viernes	Santos Severo é Ignacio obispo y mártir.
2	Sábado	* La Purificación de Nuestra Señora.
3	Domingo	*Septuagesima.*—San Blas, obispo Félix y compañeros mrs.—**Fiesta Nacional,**
4	Lunes	Santos Andrés y Gilberto.
5	Mártes	Santa Agueda vg. y mr:
6	Miérc.	Sta. Dorotea vg. y mártir y Sts. Tito y Silvano ob.
7	Jueves	Santos Romualdo abad y Ricardo.
8	Viernes	San Juan de Mata fundador.
9	Sábado	Sta. Apolonia vg. y mr. y San Sabino.
10	Domingo	*Sexagésima.*—Sta. Escolástica, Guillermo é Ireneo.
11	Lunes	Sts. Saturnino y comp. mrs. y Desiderio.
12	Martes	Santa Eulalia vírgen y mártir.
13	Miérc.	Santos Benigno y Gregorio papa.
14	Jueves	San Valentin.
15	Viernes	Santos Craton, Faustino y Jovita.
16	Sábado	Santos Gregorio, Jeremías y Julián.
17	Domingo	*Quincuagésima.*—Stos. Donato y Silvino.-**Carnaval.**
18	Lunes	☛ Sts. Simeón, Eladio y Clau.—**Carnaval.**
19	Martes	☛ San Gabino.—*Duelo Nacional.*—**Carnaval.**
20	Mierc.	Ceniza.—Santos León y Eleuterio obispo.—Comienza el ayuno de toda la Cuaresma: *y desde hoy hasta el 6 de Abril inclusive son días de ayuno, con excepción de los domingos.—Abstinencia.—Ciérranse las velaciones.*
21	Jueves	Sts. Félix y Severiano obispo.
22	Viernes	Santa Maagarita de Cortona y San Pascasio *Abs.*
23	Sábado	Sta. Marta y S. Florencio ob.
24	Domingo	1.º de Cuaresma.—S. Matías ap. y Modesto ob.
25	Lunes	Stos. Donato, Justo y compañeros mr.
26	Martes	Ntra. Sra de Guadalupe y S. Alejandro.
27	Miérc.	Santos Baldomero y Julián márts.—*Temp.*
28	Jueves	San Justo y Rufino mártires.


JOSE M.ª ESTEVE



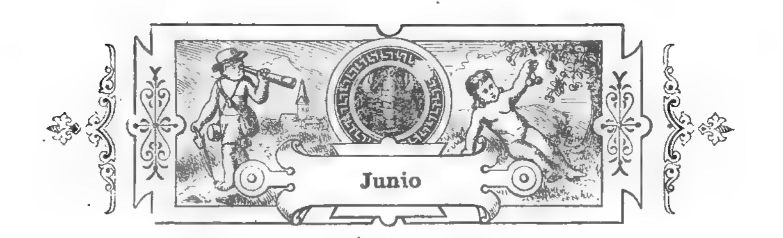
1 Viernes San Rudecindo y Eudoxia.—*Témp. Abstinencia.*
2 Sábado San Lucio.—*El santo Angel Custodio de la República, por concesión Pontificia de 1867.—Témp.*
3 DOMINGO 2.º DE CUARESMA—Stos. Emeterio y Celedonio mrs.
4 Lunes Santos Casimiro y Lucio I papa.
5 Mártes Santos Adriano, Eusebio y Teófilo.
6 Miérc. Santos Victoriano, Olegario y Basilio.
7 Jueves Santo Tomás de Aquino y Sta. Perpétua.
8 Viernes San Juan de Dios fundador.—*Abstinencia.*
9 Sábado Santa Francisca viuda y S. Cirilo obispo.
10 DOMINGO 3.º DE CUARESMA—Santos Melitón y Macario.
11 Lunes Santos Eulogio y Zacarías.
12 Mártes San Gregorio papa.
13 Miérc. Santos Leandro arzob. y Santa Amelia virgen.
14 Jueves Santas Matilde reina y Florentina virgen.
15 Viernes Santos Longino y Probo.—*Abstinencia.*
16 Sábado Santa Isabel madre del Bautista y San Julian.
17 DOMINGO 4.º DE CUARESMA – Santos Patricio y Gertrudis.
18 Lunes San Gabriel Arcangel.
19 Mártes † San José y N.ª Señora de la Piedad.—(Indulgencia plenaria en la Caridad).
20 Miérc. Santos Braulio y Eufemio.—**Otoño.**
21 Jueves San Benito abad y fundador.
22 Viernes Stos. Deogracia y Octaviano.—*Abstinencia.*
23 Sábado San Victoriano.
24 DOMINGO DE PASIÓN—San Dionisio mártir.
25 Lunes ††† **La Asunción de N. Señora.**—San Ireneo.
26 Mártes Santos Braulio y Manuel
27 Miérc. Santos Ruperto y Leopoldo.
28 Jueves Santos Sixto y Doroteo márts.
29 Viernes DE DOLORES—Stos. Eustaquio y Cirilo.—*Abstinencia.*
30 Sábado Santos Juan Clímaco y Pastor, ob.
31 DOMINGO DE RAMOS—Santos Benjamin y Balbina



1	Lunes	*Santo*—San Venancio y Walerico.
2	Mártes	*Santo*—Santo Francisco de Paula.
3	Miérc.	*Santo*—San Benito de Palermo.—*Abst.*
4	Jueves	☛ **Santo**—San Isidro arzobispo.—*Abst.*
5	Viernes	☛ **Santo**—San Vicente Ferrer—*Abstinencia.*
6	Sábado	☛ **Santo**—San Celestino papa y San Guillermo abad.—*Abstinencia.*
7	DOMINGO	**Pascua de Resurrección.**—Stos. Epifanio y Ciriaco.
8	Lunes	***Stos. Dionisio mtr. y Amancio.
9	Mártes	***San Hugo y Santa Maria Cleofe.
10	Miérc.	Santos Exequiel profeta y Ulpiano mártir.
11	Jueves	Santos. León papa é Isaac.
12	Viernes	Santos Zenon y Victor.
13	Sábado	S. Hermenejildo rey y mártir.
14	DOMINGO	*Cuasimodo*—Santos Pedro, Telmo y Valeriamo.
15	Lunes	Santos Máximo, Basilia y Anastasia.— *Abrense las velaciones.*
16	Mártes	Santos Toribio de Liebana y Engracia.
17	Miérc.	San Aniceto papa y mártir.
18	Jueves	Stos. Eleuterio papa y mártir y Apolonio.
19	Viernes	☛ Santos Vicente y Salvador de Orta. — *Fiesta Cívica.*
20	Sábado	Santa Inés mártir y San Teótimo.
21	DOMINGO	Santos Anselmo y Anastasio ob.
22	Lunes	Stos. Teodoro, Sotero y Cayo.
23	Mártes	Stos. Jorge y Gerardo mártires.
24	Miérc.	San Gregorio obispo.
25	Jueves	San Márcos evangelista—*Letanias mayores.*
26	Viernes	Santos Cleto y Marcelino papas y mártires
27	Sábado	Santos Toribio y Pedro Armengol.
28	DOMINGO	EL PATROCINIO DE S. JOSÉ.—San Prudencio y Vital.
29	Lunes	Santos Pedro mártir y Paulino.
30	Martes	Santa Catalina de Sena y S. Peregrino.



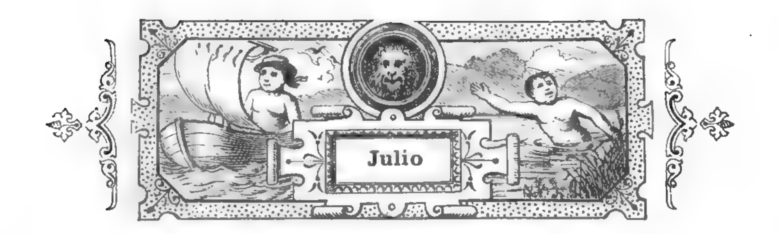
1 Miérc. ††† **Santos Felipe y Santiago,** *Patronos de esta República—40 horas en la Metropolitana.*
2 Jueves San Atanasio obispo y doctor.
3 Viernes *La Invención de la Santa Cruz.*—San Alejandro.
4 Sábado Santa Mónica viuda y San Ciriaco.
5 Domingo *Nuestra Señora de Lujan.*—San Pío V y Eulogio.
6 Lunes El martirio de San Juan Evangelista.
7 Martes San Estanislao obispo y mártir.
8 Miérc. La aparición de San Miguel Arcángel.
9 Jueves Santos Gregorio Nacienceno y Geroncio.
10 Viernes San Antonino.
11 Sábado San Mamerto obispo y confesor.
12 Domingo Santo Domingo de la Calzada.
13 Lunes Ntra. Sra. de los Desamparados y S. Pedro Regalado.
14 Martes Santos Bonifacio y Pascual.—*Letanías.*
15 Miérc. * Santos Isidro Labrador y Cecilio.—*Letanías.*
16 Jueves ††† **La Ascención del Señor.**—San Ubaldo.
17 Viernes Santos Pascual Bailon y Bruno.
18 Sábado Santos Félix Cantalicio y Venancio.
19 Domingo San Pedro Celestino papa.
20 Lunes San Bernardino de Sena.
21 Martes Santos Indalecio y Torcuato.
22 Miérc. Santa Rita de Casia.
23 Jueves La aparición de Santiago ap.
24 Viernes *Ntro. Sra. Auxilio de los Cristianos.*-S. Robustiano.
25 Sábado ☛ San Gregorio VII.—*Fiesta Cívica.—Ay. Abstinencia.*
26 Domingo de Pentecostes.—Sts. Felipe Neri fundador, y Eleu-
27 Lunes * Sta. María Magdalena. [terio,
28 Mártes * Sto. Justos y Germán.
29 Miérc. San Máximo obispo.—*Temp. Ay.*
30 Jueves Sts. Fernando rey de España y Félix papa y mártir.
31 Viernes San Pascasio y sta. Petronila *Tp. Ag.*



1 Sábado Santos Segundo mártir y Simeón — *Temp. Ay.*
2 Domingo *La Santísima Trinidad.*—Sts. Marcelino, Erasmo y comp'ros márs.

3 Lunes San Isaac m'ge. y Sta. Clotilde reina.
4 Martes Sts Francisco Caraciolo y Saturnino.
5 Miérc. Sts. Doroteo márt. y Bonifacio ob.

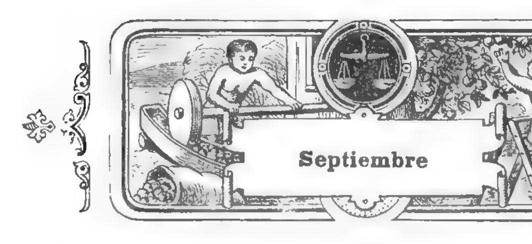
6 Jueves ††† **Corpus-Christi.** — Santos Norberto obispo y Rómulo.
7 Viernes San Pablo obispo y mártir.
8 Sábado Santos Salustiano y Medardo.
9 Domingo Santos Primo y Feliciano márt.
10 Lunes Sta. Margarita reina.
11 Martes San Bernabé apóstol.
12 Miérc. Santos Juan de Sahagun y Adolfo arzobispo.
13 Jueves S. Antonio de Pádua conf.
14 Viernes *El Sagrado Corazón de Jesús.*—San Basilio Magno [Dr. y conf.
15 Sábado Santos Vito y Modesto.
16 Domingo Santos Juan Francisco Regis y Aureliano.
17 Lunes San Manuel y Santa Teresa.
18 Martes Sts. Ciriaco y Paula mártires.
19 Miérc. Santos Gervasio, Protasio y Juliana.
20 Jueves San Silverio papa.
21 Viernes San Luis Gonzaga.—*Indulgencia plenaria visitando el altar del Santo.*—**Invierno.**
22 Sábado S. Paulino obispo y confesor.—*Ayuno.*
23 Domingo San Juan presbítero y mártir.
24 Lunes *La Natividad de San Juan Bautista.*
25 Martes Santos Próspero, Eloy obispo y Guillermo.
26 Mierc. Santos Juan y Pablo mártires.
27 Jueves Santos Zoilo mártir y Ladislao.
28 Viernes San León papa y Clotilde reina.—*Ay. y Abst.*
29 Sábado ††† **Santos Pedro y Pablo** apóstoles.
30 Domingo La Conmemoración de San Pablo.



1 Lunes — Santos Casto y Secundino obispo y mártir.
2 Martes — *La visitación de Ntra. Señora á Santa Isabel y Nuestra Sra. del Huerto.*
3 Mierc. — Santos Trifon y Jacinto.
4 Jueves — La Traslación de San Martín obispo.
5 Viernes — San Miguel de los Santos y Santa Zoa.
6 Sábado — Santos Severino, Isaías prof. y Sta. Lucía mártir.
7 DOMINGO — *La preciosa sangre de Cristo*—San Fermin ob. y mr
8 Lunes — Santa Isabel reina y Máxima vírgen.
9 Martes — San Cirilo obispo y Santa Anatolía virgen.
10 Miérc. — Stas. Felicitas y sus siete hijos márt. y Rufina.
11 Jueves — Santos Pio papa, Abondio y Amalia mártires.
12 Viernes — San Juan Gualberto.
13 Sábado — Santos Anacleto papa y Eugenio.
14 DOMINGO — Santos Buenaventura doctor y Justo.
15 Lunes — San Enrique.
16 Martes — *N. Señora del Carmen*—El Triunfo de la S. Cruz.
17 Miérc. — Stos Alejo conf. y León papa. *Visita de cárceles.*
18 Jueves — ☛ San Camilo, santa Sinforosa y siete hijos mártires.—*Fiesta Cívica.*
19 Viernes — San Vicente de Paul, Stas. Justa y Rufina mrs.
20 Sábado — S. Elias prof. y Stas. Liberata y Margarita mrs.
21 DOMINGO — Santa Práxedes vírgen.
22 Lunes — Santa María Magdalena y san Teófilo.
23 Martes — Santos Liborio confesor y Apolinario mártir.
24 Miérc. — Santos Francisco Solano y Cristina.
25 Jueves — • Santiago apóstol y Santa Valentina.
26 Viernes — Santa Ana madre de Nuestras Señora.
27 Sabado — Santos Pantaleón y Natalia.
28 DOMINGO — Santos Inocencio papa y Víctor.
29 Lunes — Santa Marta mártir.
30 Martes — Santos Abdon y Senen mártires.
31 Miérc. — San Ignacio de Loyola fundador.



1	Jueves	Stos. Pedro Advíncula y Leoncio y comp. márt.
2	Viernes	N. Señora de los Angeles y San Alfonso de Ligorio—*Indulg. plenaria de la Porciúncula.*
3	Sábado	La Invención de San Esteban y San Eufronio.
4	DOMINGO	Santo Domingo de Guzman, fundador.
5	Lunes	Nuestra Señora de las Nieves y San Casiano.
6	Martes	La Transfiguración del señor y San Sixto papa.
7	Miérc.	Santos Gayetano fundador y Alberto.
8	Jueves	San Ciriaco y compañeros mártires.
9	Viernes	Santos Roman, Justo y Pastor
10	Sábado	San Lorenzo mártir.
11	DOMINGO	Stos Tiburcio, Susana y Alejandro y Sta Filomena.
12	Lunes	Sta. Clara vg y S. Aniceto.
13	Martes	Santos Hipólito y Casiano mártir.
14	Miérc.	San Eusebio.—*Ayuno y Abstinencia.*
15	Jueves	**††† La Asunción de Nuestra Señora**
16	Viernes	Santos Jacinto, Roque y Ambrosio.
17	Sábado	Santos Pablo y Juliana mártir
18	DOMINGO	*S. Joaquin padre de N. Sra.*—Stos. Floro y Agapito.
19	Lunes	San Luis obispo.
20	Martes	San Bernardo abad y fundador.
21	Miérc.	Santa Juana Francisca viuda.
22	Jueves	Santos Timoteo é Hipólito mártires
23	Viernes	Santos Flaviano obispo y Felipe Benicio.
24	Sábado	Santos Bartolomé apostol y Roman
25	DOMINGO	*El Purísimo Corazón de María.*—S. Luis Rey y Ginés—*Fiesta Cívica.*
26	Lunes	San Ceferino papa y martir.
27	Martes	San José de Calazans fundador.
28	Miérc.	San Agustín obispo y doctor.
29	Jueves	* La degollación de san Juan Bautista.
30	Viernes	* Santa Rosa de Lima, patrona de América.
31	Sábado	San Ramón Nonato confesor.





1 DOMINGO Santos Gil abad y Gedeon.
2 Lunes Santos Antonino mártir y Estéban rey.
3 Martes Santos Sandalio mártir y Ladislao.
4 Miérc. Santas Rosa de Viterbo, Rosalía y Cándida.
5 Jueves San Lorenzo Justiniano.
6 Viernes Santos Eugenio y compañeros mártires.
7 Sábado Santa Regina vírgen y mártir.
8 DOMINGO *La Natividad de N S.* y N. S. de Aranzazú.
9 Lunes San Doroteo y Pedro Claver.
10 Martes San Nicolás de Tolentino confesor.
11 Miérc. Santos Proto y Jacinto mártir
12 Jueves Santos Leoncio y compañeros mártires
13 Viernes Santos Amado, Felipe y Eulogio obispo.
14 Sábado La Exaltación de la Santa cruz.
15 DOMINGO *El Dulce Nombre de María* — San Nicomedes mártir.
16 Lunes Santos Cornelio y Cipriano.
17 Martes Las llagas de San Francisco.
18 Miérc. San José de Cupertino.— *Temp Ay.*
19 Jueves Santos Genaro y Teodoro obispos.
20 Viernes Stos. Eustaquio y compañeros mrs.—*Temp. Ay.*
21 Sábado Stos. Mateo ap. y ev y Alejandro.—*Temp. Ay.*
22 DOMINGO *La conmemoración de los dolores de María* - Stos. Tomás de Villanueva y Mauricio.
23 Lunes San Lino papa y santa Tecla—*Duelo Nacional*— **Primavera.**
24 Martes * Nuestra Señora de la Merced.
25 Miérc. Santa María del Socorro y San Lope.
26 Jueves Santos Cipriano y Justina.
27 Viernes Santos Cosme y Damian mártires.
28 Sabado San Wenceslao mártir y el beato Simon Rojas.
29 DOMINGO La dedicación de San Miguel Arcangel.
30 Lunes San Gerónimo doctor y santa Sofía.



1	Martes	San Remigio arzobispo.
2	Miérc.	Los santos Angeles Custodios.
2	Jueves	Santos Cándido y Maximiano.
4	Viernes	San Francisco de Asis.
5	Sábado	Santos Froilan obispo, Plácido y comp. márt.
6	Domingo	*N. Señora del Rosario.*—Stos. Bruno fdor, y Magno.
7	Lunes	S. Marcos y Sta. Justiana.
8	Martes	Santa Brígida viuda.
9	Miérc.	Santos Dionisio Areopagita y Gisleno.
10	Jueves	Santos Francisco de Borja y Luis Beltrán.
11	Viernes	Santos Fermin y Nicasio obispos.
12	Sábado	Nuestra Señora del Pilar y Eustaquio obispo.
13	Domingo	*La maternidad de María St'ma.*—Stos. Fausto. Eduardo y Daniel.
14	Lunes	Santos Calisto papa y Fortunata mártir.
15	Martes	Santa Teresa de Jesus y san Severo obispo.
16	Miérc.	Santos Galo y Martiniano mártires.
17	Jueves	Santa Eduviges viuda y San Florentino obispo.
18	Viernes	San Lucas Evangelista y Santa Trifonia
19	Sábado	Santos Pedro de Alcántara y Aquilino obispo.
20	Domingo	*La Pureza de María St'ma.*—S. Feliciano é Irene.
21	Lunes	Stos Hilarión, Ursula y las once mil vírgenes mártires. *(Dedicación de la Iglesia Metropolitana).*
22	Martes	Santa María Salomé y San Marcos ob.—*Duelo Nacional.*
23	Miérc,	Santos Servando y Germán márts.
24	Jueves	Santos Rafael arcangel, Evergisto y Proclo.
25	Viernes	Stos. Gabino, Crispin mártires y Bonifacio papa.
26	Sábado	San Evaristo.
27	Domingo	Santa Sabina y San Vicente.
28	Lunes	Stos. Simón y Judas apóstoles y Honorato ob.
29	Martes	San Narciso obispo y Santa Eusebia.
30	Miérc.	Santos Claudio y Marcelo mártires.
31	Jueves	San Quintín martir.



1 Viernes †‡† **La Festividad de todos los Santos.**
2 Sábado *La Conmemoración de los fieles difuntos.*—Santa Eustaquia.
3 DOMINGO Los inumerables mártires de Zaragoza.
4 Lunes San Carlos Borromeo arzobispo.
5 Martes San Zacarías profeta y Santa Isabel.
6 Miérc. Santos Leonardo, Severo y Félix.
7 Jueves Santos Florencio ob. y confesor y Amaranto.
8 Viernes Santos Severiano mártir, Mauro y Claro.
9 Sábado Santos Teodoro, Orestes y Ursino.
10 DOMINGO *El Patrocinio de Nuestra Señora.*—Santos Andrés Avelino y Justo obispos.
11 Lunes Santos Martin y Delfino.
12 Martes San Diego de Alcalá.
13 Miérc. S. Eugenio, Estanislao de Kostka y Nicolás papa.
14 Jueves Stos Serapio mártir y Lorenzo obispo.
15 Viernes Santos Eugenio, Gertrudis y Leopoldo.
16 Sábado Sts. Rufino y compañeros mrs. y Edmundo.
17 DOMINGO San Gregorio Taumaturgo y Santa Gertrudis.
18 Lunes San Máximo obispo.
19 Martes Santa Isabel reina y San Ponciano papa.
20 Miérc. Santos Félix de Valois y Edmundo rey.
21 Jueves *La Presentación de Nuestra Señora.*—San Alberto.
22 Viernes Santa Cecilia vírgen y mártir y San Filemon.
23 Sábado San Clemente papa y mártir y Santa Lucrecia.
24 DOMINGO Sts. Juan de la Cruz y Protasio
25 Lunes Santa Catalina vírgen y mártir:
26 Martes *Los desposorios de Nuestra Señora.*—San Pedro Alejandrino y Conrado.
27 Miérc. Stos. Facundo y Primitivo.
28 Jueves Stos. Gregorio papa y Estéban y comp. mrs.
29 Viernes Santos Saturnino papa y Filomeno.
30 Sábado San Andrés apóstol y San Constancio.



1	Domingo	*1.º de Adviento*—Sta. Natalia viuda y San Casiano conf.—*(Ciérranse las Velaciones).*
2	Lunes	Santa Bibiana.
3	Martes	S. Francisco Javier confesor.
4	Miérc.	S. Pedro Crisólogo y sta. Bárbara mártir.
5	Jueves	Santos Sábas abad y Grato mártir
6	Viernes	San Nicolás ob. de Bari.—*Ayuno.*
7	Sábado	S. Ambrosio obispo y confesor.—*Ayuno.*
8	Domingo	*2.º de Adviento—La Purísima C. de Ntra. Señora.*
9	Lunes	Santa Leocadia vírgen y mr.
10	Martes	Nuestra Señora Loreto.
11	Miérc.	Santos Dámaso papa y Daniel Stilita.
12	Jueves	Santos Donato y Hermógenes
13	Viernes	Sta Lucía virgen y mr. y S. Eustasio—*Ayuno.*
14	Sábado	Santos Nicasio ob. y compañeros mártires—*Ay.*
15	Domingo	3.º *de Adviento*—Stos. Eusebio obispo é Ireneo.
16	Lunes	S. Valentin y Sta. Adelaida.
17	Martes	San Lázaro.
18	Miérc.	Nuestra Señora de la Esperanza—*Témp. Ay.*
19	Jueves	San Nemesio y Santa Fausta.
20	Viernes	Stos. Domingo y Tolomeo mrs..—*Témp. Ay.*
21	Sábado	Santo Tomás Apóstol—*Témp. Ay.*
22	Domingo	*4.º de Adviento*—San Demetrio mártir.—**Verano.**
23	Lunes	Santa Victoria.
24	Martes	San Luciano y comps. mres.—*Ayuno—Abstinencia —Visita de Cárceles—Ciérranse los Tribunales.*
25	Miérc.	††**†Nat. de Ntro. Señor Jesucristo.**
26	Jueves	* San Esteban protomártir.
27	Viernes	* San Juan Evangelista.
28	Sábado	* Los Santos Inocentes
29	Domingo	Santo Tomás Cantuariense.
30	Lunes	La trasladación de Santiago apóstol y San Sabino.
31	Martes	* San Silvestre papa y Santa Melania.

INDICE

Adalberto Soff.—Massenet 69
» » Leoncavallo 134
Aguiar (Adriano M).—Tus ojos, poesía 117
Bettega (Claudio).—Desaliento, poesia 174
Blasco (Eusebio).—Cuento, poesía 49
Cano (Carlos).—Oros son triunfos, poesía 103
» » Fábula, poesía 109
Castell de Orozco (Dorila).—Chist!, poesía 66
» *(Adela).*—Tus ojos de esmeraldas, poesía 71
» » .*., poesía 91
» » .*., poesía 144
Claramunt (Tomás).—Epigrama 129
» » Idealismo y Realismo, poesía 133
» » Testamento del Siglo XIX, poesía.. 180
De las Carreras (Roberto). - Mi Francesa, poesía. 82
De María (Aura).—En el álbum de María Islas, poesía 93
Diez de Medina (Eduardo).—Los no me olvides, poesía.. 115
Eliz (Leonardo).—Muerte, poesía 61
Fernández y Medina (B.)—La oposición 120
Fosalba (Rafael J.)—De Ultra - Tumba 153
Fray V. de Lorza.—Tableau, poesía 70
» Duda, poesía 44
García Hámilton (Germán).—Remordimiento, poesía.... 130
Gómez (Eliseo Ricardo).—Lo eterno, poesía 125
Guaglianone (Pascual).—La plebe 177
Herrera y Reissig (Julio).—Las Pascuas del Tiempo, poema. 25
» » » Rosada y Blanca, poesía 114
» » » Alfonso Daudet 149
» » » Carlos de Santiago 207
Hermenio Simel.—El pecado de Lía, poesía 150
Hugo (Víctor).—Historia de una pulga buena y un rey malo. 126
Ilustración (Carlos Saez en su estudio) 62
» (Domingo Laporte en su estudio) 116
La Dirección.—¡Uno más! 23
Martínez Marcos (Luis).—Heróica, poesía 157
» » » En un album, poesía 166
Martínez Vigil (Cárlos).—Mis celos, poesía 67
Matto de Turner (Clorinda).—Colores y Piedras 65
Méndez Reissig (Ernestina).—Crepuscular, poesía 108

Minelli González (Pablo)—La partida, poesía........... 173
Montero Bustamante (Raul).—Versos...... 151
Morales (Renato).—Gritos del combate, poesía........... 55
» » Patria ..!, poesía 176
» *(Sixto).*—Risa y llanto, poesía................ 208
Nadón (Pedro J.)—Plinto, poesía......................... 53
Nebel (F.)—El pez por la boca..., poesía............... 190
Nicolau Roig (Vicente).—Pajaritos, poesía.......... 59
Noé (Eugenio C.)—Paisaje, poesía 94
Olivos y Carrasco (Horacio).—Oleografías, poesía........ 124
» » » Presentimiento, poesía 208
Oscar Tiberio.—Las ojeras, poesía...................... 102
Otero Mendoza (Florencio).—Un cuento improvisado.... 136
Pérez Petit (Victor).—Tropicales, poesía.......... 47
Picón Olaondo (Juan).—Lilí............................ 50
» » » Entre dos luces 104
» » » Bodas de oro................. 188
» » » Emilio Zola 201
Prieto Costa (Casimiro).—Viñeta 160
Ramasso (Ambrosio L.)—Visión dantesca............... 192
Ramón Guerra (Ubaldo).—En el patio, poesía........... 64
Regules (Elías).—Sin derechos, poesía................. 89
Ribot y Fontseré (A.)—Epigrama...................... 46
Rodó (José Enrique).—De mis apuntes................. 45
Santos Chocano (José).—Flor de Hispania, poesía........ 145
Sánchez (Ricardo).—Soneto 68
Sosa (Julio María).—Estudios del Natural (Los Gomosos). 73
Sotollall (Max).—Sepia, poesía.......................... 119
Sumay (Manuel J.)—Para mi epitafio, poesía 101
Torres Abandero (L.)—Mariposas, poesía............... 135
Vailladares (A. A.)—Cuento, poesía................... 159
Vallarino (Francisco G.)—Azul-rosa, poesía............ 63
» » Feliz desenlace............... 110
» » Guy de Maupassant.......... 167
» » ¡Ven!, poesía................ 191
Varzi (Alfredo).—La frase de Don Arístides 84
Velarde, (Samuel).—Nadería........................... 199
Vidal Belo.—De mis Prosas de Taberna................. 56
Vigil (Constancio C.) En la playa..................... 97
Ximénez Pozzolo (Pedro)—El doce de Octubre, poesía.... 162
Zoppi (Arturo A.)—Hojas del árbol caídas,............. 92

¡Uno más!

Tal vez se crea que con estas dos frases admirativas queramos expresar el hecho de venir á aumentar el «Almanaque Artístico del Siglo XX» el escaso número de las publicaciones que ven la luz en América de igual índole al de la presente, la primera en su género que se ha publicado hasta la fecha en nuestro país. Pero es importante que sepa el lector que no deseamos dar á entender tal cosa!...

Nos referimos al año que se va, y que sin grandes aspavientos, de la manera más natural y sencilla, viene á embrollar la porfiada cuenta que con el viejo Tiempo tenemos empeñada.

¡Uno más!

¡Mire que tiene gracia este Señor; nosotros le damos un año de juventud y en cambio él nos obsequia con uno más de vejez. ¡Las cuentas del gran capitán!... Y pensar que con la terminación de este año se nos va también nuestro Siglo XIX, el siglo que ha festejado nuestro advenimiento á la vida con el impalpable beso de su luz, el siglo en que nos hemos fortalecido aspirando su ambiente saludable bajo el palio triunfal de nuestro cielo, el siglo en que por vez primera hemos visto diluirse la Belleza en el brillo inmortal de una sonrisa.... Este siglo, en fin, que en medio al combate abrumador de las ideas tantas conquistas ha alcanzado en el vasto campo de la ciencia. ¡Oh, qué grandioso panorama para el sabio y profundo observador que abarcase la inmensa elaboración que el trascurso de esta centuria ha germinado y que, con el esfuerzo potencial y ecuánime de su espíritu, combinase sus infinitos elementos hasta llegar á vislumbrar los soberbios fulgores del estallido, que se ha de efectuar siguiendo esa ley ineludible de todas las épocas, á la manera que se efectúa la convulsión

de la naturaleza cuando sus fluidos antagónicos llegan á encontrarse, surjiendo de esta brusca y fatal necesidad esos días bonancibles, llenos de luz y placidez!

Y si el siglo que se oculta á través de las lejanías del pasado para surjir iluminando con inusitada brillantez los serenos horizontes de la historia, provoca toda nuestra admiración entremezclada al cortejo melancólico de los recuerdos, á su vez el siglo ya próximo á los umbrales de la vida nos atrae con el irresistible encanto que despierta lo que por el hecho de nacer lleva en sí la aureola de luz de una esperanza. El nos ha sujerido la idea de fundar el presente album literario, pues hemos creído plausible festejar su comienzo dotando á nuestro país de una obra que proporcionase la ocasión de ver congregados en el torneo del pensamiento el mayor número de intelectualidades, exteriorizando, de este modo, la cultura nacional y en buena parte la del extranjero. Los brillantes trabajos que adornan las páginas de nuestro Almanaque son prueba innegable de la simpatía con que ha sido acogida nuestra iniciativa, lo que nos induce á esperar que el favor del público ha de asociarse en pró del éxito de la nueva publicación nacional, por cuyo constante mejoramiento no hemos de omitir esfuerzo alguno.

Haciendo presente nuestro efusivo reconocimiento á los colaboradores del « Almanaque Artístico del Siglo XX » por el concurso prestado así como á los distinguidos periódicos de nuestra Prensa y á las demás publicaciones nacionales y extranjeras que en elevados conceptos se han ocupado de nuestra obra, finalizaremos estas breves palabras deseándoles á ellos y á nuestros lectores se vean colmados de buenaventura y felicitaciones en el primer día del nuevo año y del nuevo siglo.

La Dirección

Las Pascuas del Tiempo

Al Hermano Superior de la Orden de los Exquisitos, Pedro J. Naón.

Su Majestad El Tiempo

I

El viejo Patriarca,
que todo lo abarca,
Se riza la barba de príncipe asirio;
Su nívea cabeza parece un gran lirio,
Parece un gran lirio la nívea cabeza del viejo Patriarca.

Su pálida frente es un mapa confuso:
La abultan montañas de hueso,
Que forman lo raro, lo inmenso, lo espeso
De todos los siglos del tiempo difuso.

Su frente de viejo ermitaño
Parece el desierto de todo lo antaño:
En ella han carpido la hora y el año,
Lo siempre empezado, lo siempre concluso,
Lo vago, lo ignoto, lo iluso, lo extraño,
Lo extraño y lo iluso.....

Su pálida frente es un mapa confuso:
La cruzan arrugas, eternas arrugas,
Que son cual los ríos del vago país de lo abstruso
Cuyas olas, los años, se escapan en rápidas fugas.

¡Oh, las viejas, eternas arrugas;
¡Oh. los surcos oscuros:
Pensamientos en forma de orugas
De donde saldrán los magníficos siglos futuros!

Fiesta Popular de Ultratumba

II

Un gran salón. Un trono. Cortinas. Graderías.
(Adonis ríe con Eros de algo que ha visto en Aspasia)
Las lunas de los espejos muestran sus pálidos días,
Y hay en el techo y la alfombra mil panoramas de Asia.

Las lámparas se consumen en amarillas lujurias,
Y las estufas se encienden en pubertades de fuego;
(Entran Sátiros, Gorgonas, Ménades, Ninfas y Furias
Mientras recita unos versos el viejo patriarca Griego)

Unos pajes á la puerta visten dorado uniforme;
Cruzan la sala doncellas ornadas con velos blancos.
(Anuncian: está Goliáth, y una señora biforme
Que tiene la mitad pez; Barba Azul y sus dos zancos)

Un buen Término se ríe de un efebo que se baña.
Todos tiemblan de repente. (Entra el Hércules nervudo)
Grita Petronio: Salerno; grita Luis Once: Champaña,
(Grita un pierrot: ¡Menelao con un cuerno y un escudo;

Todos ríen; sólo guardan seriedad Juno y Mahoma,
El gran César y Pompeyo, Belisario y otros nobles
Que no fueron muy felices en el amor) Se oyen dobles
Funerarios: es la Parca que se asoma;

(Todos tiemblan) los más viejos rezan, se esconden, murmuran.
Safo le besa la mano. Se oye de pronto un gran ruido,
Es Venus que llega: todos, se desvisten, tiemblan, juran,
Se arrojan al suelo y sólo se oye un inmenso rugido

De fiera hambrienta; los hombres se abalanzan á la diosa,
(Ya no hay nadie que esté en calma, todos perdieron el juicio)
Todos la besan, la muerden, con una furia espantosa,
Y Adonis llora de rabia.... En medio de ese desquicio,

El Papa Borgia está orando (mientras pellizca á una niña)
Tan sólo un bardo protesta: Lamartine, con voz airada;

Para restaurar el orden se llamó á Marat. La riña
Duró un minuto y la escena vino á terminar en nada.

Con el ala en un talón entra Mercurio; profundo
Silencio halló el mensajero. El gran Voltaire guiñó un ojo
Como queriendo decir: ¡cuánto pedante en el mundo
Que piensa con los talones! (Juan lo miró de reojo,
Y un periodista que había se puso serio y muy rojo.)



Entra Aladino y su lámpara. Entran Cleopatra y Filipo.
Entra la Reina de Saba. Entran Salomón y Creso.
(Con las pupilas saltadas se abalanzó un burgués rico,
Un banquero perdió el habla y otro se puso muy tieso.)

«Mademoiselle Pompadour,» anuncia un paje. Mil notas
Vibran de pronto; los hombres aparecen con peluca,
(Un calvo aplaude, y de gozo brinca una vieja caduca)
Comienza el baile: pavanas, rondas, minués y gavotas.

Bailan Nemrod y Sansón, Anteo, Quirón y Eurito;
Bailan Julieta, Eloisa, Santa Teresa y Eulalia,
Y los centauros: Caumantes, Grineo, Medón y Clito;
(Hércules no; le ha prohibido bailar la celosa Onfalia.)

Entra Baco, de repente; todos gritan: ¡Vino, Vino;
(Borgoña, Italia y Oporto, Jerez, Chipre, Cognac, Caña,
Ginebra y hasta Aguardiente), viva el pámpano divino,
Vivan Noé y Edgard Pöe, Byron, Verlaine y el Champaña!

Esto dicho, se abalanzan á un tonel. Un fraile obeso
Cayó, debido, sin duda, (más que al vino) al propio peso.
Como sintieran calor Apuleyo y Anacreonte
Se bañaron en un cubo. Entra de pronto Caronte.

(Todos corren á ocultarse). No faltó algun moralista
Español (ya se supone) que los tratará de beodos;
El escándalo tomaba una proporción no vista,
Hasta que llegó Saturno, y, gritando de mil modos,
Dijo que de buenas ganas iba á comerlos á todos.

Hubo varios incidentes; (entra Atila y se hunde el piso;
Eolo apaga unas bujías; habla Dantón: se oye un trueno)
En el vaso en que Galeno
Y Esculapio se sirvieron ninguno servirse quiso.

Un estoico de veinte años, atacado por el asma,
Se hallaba lejos de todos. « Dénle pronto este jarabe »
Dijo Hipócrates, muy serio. Byron murmuró, muy grave:
« Aplicadle una mujer en forma de cataplasma. »

Una risa estrepitosa sonó en la sala. De rojo
Vestido un dandy gallardo, dióle la mano al poeta
Que tal ocurrencia tuvo. (El gran Byron que era cojo,
Tanto como presumido, no abandonó su banqueta,
Y tuvo para Mefisto la inclinación más discreta.)

En esto hubo discusiones sobre cual de los suicidas
Era más digno de gloria. Dijo Julieta: yo he sido
Una reina del Amor; hubiera dado mil vidas
Por juntarme á mi Romeo. Dijo Werther: yo he cumplido

Con un impulso sublime de personal arrogancia.
Hablaron Safo y Petronio, y hasta Judas el ahorcado,
Por fin habló el cocinero del famoso Rey de Francia,
El bravo Vatel: yo, dijo, con valor me he suicidado
Por cosas más importantes, por no encontrar un pescado!

Todos soltaron la risa. (Grita un paje: está Morfeo)
Todos callan, de repente ... todos se quedan dormidos.
Se oyen profundos ronquidos.
(Entra en cuclillas un loco que se llama Devaneo.)

Llegada de los Meses y de las Horas. Terpsícore puede más que Morfeo

III

Saludando cortesmente á la buena Mamá Juno
(Son las XII de la noche; del mes doce á 31)
Entran: Junio, Julio, Agosto, Setiembre, Octubre y Noviembre,
Enero, Marzo y Abril, Mayo, Febrero y Diciembre.

Síguelos el Viejo Tiempo, con traje de soberano,
(El Patriarca de los Siglos á quien ninguno conoce)
Y tomadas de la mano,
Formando rueda y bailando la vieja danza del brinco:
La *seis*, la *ocho*, la *nueve*, la *diez*, la *once*, la *doce*,
La *una*, la *dos*, la *cuatro*, la *tres*, la *siete* y la *cinco*.

(Anuncian: está Terpsícore). Todos despiertan y ríen;
El gran salón se ilumina con mil resplandores blancos;
Barba Azul corre en sus zancos;

Raras macabras armónicas los instrumentos deslíen,
Y sin que haya espiritistas saltan las mesas y bancos.

Byron, Tirteo y Quevedo se olvidan de que son cojos,
Rabelais y el gran Leopardi no saben ya sus defectos;
Homero y Milton se muestran, ambos, con grandes anteojos;
Los cuerdos se vuelven locos y arlequines los provectos.
(Por bailar á misia Parca también se le van los ojos.)

Recepción instrumental del gran polígloto Orfeo.

Cuentos de Harmonía.

IV

Entra el viejo Orfeo. Mil notas auroran
El aire de ruidos, mil notas confusas:
Suspiran las Musas, las Sirenas lloran,
Las Sirenas lloran, suspiran las Musas.

Misteriosas flautas, que modulan gritos
De bacantes ebrias, de hetaíras locas,
Cantan las canciones de los tristes mitos;
De los besos muertos en las regias bocas.

Finas violas trinan los rondeles breves
Que en la danza regia dicen los encajes,
Las suaves y amables carcajadas leves
De las suaves sedas de los leves trajes.

Sistros marfilados hablan de las lidias
De los viejos reyes; de su real decoro;
De Judith y Esther cuentan las perfidias,
Los asesinatos de sus besos de oro.

Címbalos de plata cuentan las historias
De reinas de Saba; de sangrientas misas,
Y cascabelean las divinas glorias
De los viejos bardos y las pitonisas.

Suaves mandolinas desabrochan llantos
De Mignones ebrias y Lilís divinas,
Y hacen las historias, de crueles encantos
Y dulces venenos, de las Florentinas.

Cuernos y zampoñas, cobres y trompetas,
(Que tienen el triunfo dorado del Sol)
Aullan y ladran y rujen y gritan
(Los himnos más rojos en tono i bemol)
Hablando de guerras, de sangre, de atletas,
De incendios, de muertes y cosas que excitan!

Órganos tronantes murmuran canciones,
De mística, vaga, celeste harmonía,
Que hacen de las barbas de Jehová vellones
Para ornar la mesa de la eucaristía.

Discretos violines hacen historietas
De pies diminutos, escotes y talles;
De anillos traidores; de las Antonietas,
De los galanteos del regio Versalles.

Narran mil alegros de collares ricos,
De aleves conquistas, de alcobas doradas:
Las conspiraciones de los abanicos
Y las aventuras de las estocadas.

Timbales y oboes, panderos y gaitas
Son gitanas tristes, ebrias bayaderas
Que dan el almíbar de las chirigaitas,
Sangre de cicutas, celos de panteras.

Que sugieren dramas de placer y llanto,
Risas y suspiros de Selikas locas,
Sollozos de Aida, ramos de amaranto,
Orgías de vasos, puñales y bocas.

Graves clavicordios, tristes violoncelos
Susurran amores de duques suicidas,
Y hablan en la lengua de los terciopelos,
Del vino que usaban las reinas queridas.

Guitarras sensibles, en raudos alegros,
Hablan de toreros, chulos y manolas;
Fingen las tormentas de los ojos negros,
Y hablan de los celos de las reinas Lolas.

Ríen con la risa del castañeteo,
Vuelan con el vuelo de la seguidilla,
Y hablan del hechizo que en el culebreo
Ponen las sultanas de la manzanilla.

Sugieren de pronto caderas ariscas,
Gestos que provocan, y ligas que atan;
Toros de lujuria, besos de odaliscas,
Canelas, mantillas y piernas que matan!....

La gran Soirée de la Elegancia. La danza de los Meses y de las Horas. Galanterías eternas.

V

DECORACIÓN: *La sala semeja una floresta.*
Unos faunos sensuales persiguen á una driada;
Cantos de aves sinfónicas hace vibrar la orquesta.
(Pajes, Arqueros, Duendes y gente uniformada)

Los Dioses del Olympo todos se hallan presentes.
(Emblemas, geroglíficos: toisons, panoplias, cuernos)
Inmensa muchedumbre de silenciosas gentes;
Santos del Paraíso, reyes de los Infiernos.

El Viejo Tiempo se halla sentado en su gran sólio.
(Heraldos y sirenas, dragones, sagitarios)
A un lado el Laberinto y al otro el Capitolio.
La Parca está rezando sus credos funerarios.

Acteón contempla á Diana. Pan toca su bocina;
Un centauro y un sátiro se cuentan sus lujurias:

Hidras, peces biformes, (Plutón y Proserpina)
Tritones y Oceanidas y Náyades y Furias.

Lohengrin y el Cisne. Cadmo transformando una piedra;
(Pontífices, Mikados, Sultanes, Caballeros)
Margarita en su rueca. Minos hiriendo á Fedra.
(Damas de corte, brujas, nobles y mosqueteros).

Cristo y Mahoma charlan de asuntos de la tierra;
(Se alzan el Vaticano, la Alhambra, Meka y Roma)
Millones de esqueletos surgen en son de guerra,
Etcétera..... POSDATA: *la Esfinge se desploma.*

Aramís el noble, gentil, bastonero
Le pide su cetro magnífico á Ulises;
(Adornan la sala lujosas cariátides,
Regios artesones y un áureo florero
En el que hay hortensias, anémonas, lises,
Adelfas, orquídeas, lotos y clemátides)

Y ordena la danza. Las Hadas del Dia,
Que son doce, se ponen en rueda.
(Hay espejos, luces, cuadros, pedrería,
Bibelots, Cupidos, oro, mármol, seda....)

Un reloj semeja la alfombra bordada;
(Ornan los tapices régias hipsipilas;
La Venus de Ictinius se muestra enflorada:
(Lucen crisantemas, nelumbos y lilas)

Hay aves exóticas. Exóticos frescos
Muestran con sus barbas á los viejos Siglos.
(Hay fou-kousas, pieles, jaspes, arabescos,
Biscuits, kakemonos, dioses y vestiglos.)

Aramís sonríe con una señora
De ciertos remilgos de unas soberanas.
(Hay cenefas, biombos, telas de Bassora,
Consolas, estatuas, joyas, porcelanas.)

Las arañas forman chispeantes burbujas,
Burbujas inquietas de vinos dorados.

(Hay régios encajes de Chantilly y Brujas,
Paneux deslumbrantes y flordelisados.)

Las damas ostentan *aigretts* elegantes,
De plumas que fingen rizos de *flambeau*
(Los régios joyeles y polvos brillantes
Que ostentan las reinas de un bello Wateau.)

Hechiza en las faldas la seda argentada,
Y nieva la red de las finas puntillas.
(Las caladas medias de seda rosada
Brillan de celosas en las pantorrillas.)

Un *bouquet* de estrellas sus fulgores quiebra
En el encendido sol de los aceros;
Valiers recamados de ojos de culebra
Ornan la elegancia de los caballeros.

Irisados peces, raros colorines
Fingen las soberbias condecoraciones;
Y gardenias blancas son los brodequines,
Y serpientes de oro son los cinturones.

Un obispo cuenta las cuentas de espuma
Que hay en una copa de fino Bohemia.
(Hay lacas, mosáicos, jarras de Satsuma
Divanes de Persia, sillas de Academia.)

Las Horas ostentan primorosos trajes,
Grandes abanicos, mágicas pelucas.
(Hay platos chinescos, cisnes y paisajes,
Gente armada, pajes y doncellas cucas.)

(Se oyen pasos) Entran, con largos turbantes,
Emires, profetas y viejos Kalifas.
(Los pajes alcanzan: sorbetes, picantes,
Café, arroz, tabaco, pipas y alcatifas.)

Canto de las Horas

VI

Aramís ordena que los doce Meses
Formen en la rueda con las doce Horas.
Las Horas sonríen; los doce Condeses
Hacen reverencias para las señoras.

(Beaumarchais se acerca. La Vallière saluda,
La Chevreusse camina. Maintenon se sienta,
Sevigné pasea su espalda desnuda,
Mientras Guiche souriendo su pasión le cuenta.)

Luis, Rey de primores, en un grupo alterna,
Dando á sus palabras caprichosos giros;
(Las enamoradas de su linda pierna
Le brindan miradas, risas y suspiros.)

Comienza la danza. Sus divinos vuelos
Emprenden las Horas: un iris de seda
Se cierne en la nube de los terciopelos,
Y en mágica urdimbre de flores se enreda.

Avispas de raros metales parecen,
Que cercan zumbando divinos panales,
Y raudas estrellas que saltan y crecen,
Siguiendo los ritmos de mil madrigales.

Prosigue la danza. Su baile lijero
Emprenden los Meses: una cabalgata
De arqueros celestes cruza el abejero
De tacos bordados y hebillas de plata.

Parecen falenas de volar extraño,
Bellos sagitarios de la diosa Iris,
Los doce Condeses del Reino del Año
Que rigen las riendas del potro de Osiris.

El Viejo Patriarca,
que todo lo abarca,
Se riza la barba de príncipe asirio;
Su nívea cabeza parece un gran lirio,
Su nívea cabeza de viejo Patriarca.

Aramís ordena que las danzarinas
Cuenten sus historias. *La orquesta acompaña.*
(El Rey Luis escucha, tras unas cortinas,
El rondó de espuma del vino champaña)

La menor, la *Una*, canta, la primera:
«Yo he nacido en Grecia, yo he nacido en Nubia;
«Yo soy negra y blanca, triste ó hechicera;
«Mi cabeza es negra, mi cabeza es rubia.

«Los insomnios tristes son de mis imperios,
«Y mis ojos queman con mirar profundo:
«Soy la negra bruja de los cementerios,
«La querida ardiente que ilumina el Mundo.

«Soy la *Una*, una nocturnal sombría
«Hija de la noche, maga de la Luna;
«Soy la *Una*, una lampara del Día.
«Soy la negra *Una; soy la blanca *Una.*»

La *Dos:* «Soy la hermana de la buena hermana
«Que contó su historia, y una es nuestra vida;
«El sultán del Día me nombró sultana;
«El cafre nocturno me hizo su querida.»

La *Tres:* «Soy el hada que sus oros labra
«En la adamantina villa de los astros,
«Y que adora al negro, raro, abracadabra
«Que por donde pasa deja negros rastros.»

La *Cuatro:* «Yo brillo cuando en los Estíos
«El Sol llega á Piscis y en Piscis se escuda;
«Yo beso y despierto los tiernos rocíos;
«Yo brillo en Enero cuando el Sol madruga.»

La *Cinco:* « Yo luzco, toda engalanada,
« Al pie del castillo de prismas aéreos;
« Yo aclaro, yo azulo la inmensa mirada
« De los Capricornios y Acuarios etéreos.»

La *Seis:* « Soy el cisne del parque de Urano.
« Yo las Primaveras del azul enfloro;
« Yo pinto la mitra del Mago Verano,
« Y escribo en el cielo madrigales de oro.»

La *Siete:* « Yo ostento rodelas y tiaras
« De reyes del régio país Fantasía:
« Yo enseño brocados y túnicas raras;
« Yo soy la mimosa del Reino del Día.»

La *Ocho:* « Yo estrello con blancas avispas,
« De la bruja noche la oscura caverna;
« Yo soplo en la fragua de Dios, y mil chispas
« Bailan en el cielo la gavota eterna.»

La *Nueve*, la *Diez* y la *Once.* — *Coro* —
« Nosotras amamos la sombra y la lumbre;
« Reinas de azabache, codiciamos oro:
« Somos alegría; somos pesadumbre.»

Canta al fin la *Doce:* « Mi pupila ardiente
« Mira siempre fijo; mi pupila abrasa:
« Soy la más amante, soy la más vehemente,
« Soy la que atraviesa, soy la que traspasa.

« Soy la silenciaria, la de negras alas,
« La trasnochadora que las almas roe,
« La que tiene el brillo de las luces malas
« En que se inspiraron Baudelaire y Poe.

« El gato que vela y el ave nocturna
« Tienen mis siniestras vagas harmonías;
« Soy la que no duerme, soy la taciturna,
« Y en mis ojos brillan las alevosías.

« Soy la que levanta las heladas losas,
« La de los puñales, la de los secretos;

« La de las macabras dentro de las fosas,
« La que cena y baila con los esqueletos.

« Richepin y Huysmans, los ebrios divinos,
« Me eligieron Diosa de sus borracheras;
« Meterlink y Wilder y otros peregrinos
« Me llamaron Reina de sus calaveras.

« Soy la *Doce* blanca; soy la *Doce* negra;
« Soy tristeza y sombra, resplandor y goce:
« La que todo abate, la que todo alegra:
« Soy la blanca *Doce*; soy la negra *Doce*.»

Un coro de aplausos atruena el espacio.
(Richelieu sonriendo se acerca á una dama)
Pajes con bandejas llenan el palacio.
(Mollière por un beso vende un epigrama.)

Resuenan los coros: "*Amemos al Viejo Patriarca,*
que todo lo abarca;
Su frente de viejo ermitaño.
Parece el desierto de todo lo antaño;
En ella han carpido la hora y el año,
Lo siempre empezado, lo siempre concluso,
Lo vago, lo ignoto, lo iluso, lo extraño,
Lo extraño y lo iluso."

Canto de los Meses

VII

Aramís ordena que los danzarines
Cuenten sus historias. *Comienza el andante;*
Gimen los oboes, lloran los violines.
(Rabelais se ríe de un cuento picante.)

(Cien pajes anuncian: «Monsieur Sagitario,
Madame Virgo y Taurus con un unicornio;
Géminis y Cáncer, Piscis, Léo, Acuario,
Escorpión y Aries, Libra y Capricornio.)

Un pueblo de estrellas sus brillos espande;
La orquesta derrama torrentes de notas.
(Entran Quasimodo, Federico el Grande,
Y el rey Pulgarcillo con sus grandes botas.)

Canta el Rey **Enero** de Circuncisiones,
De pascuas alegres, de reyes, de heraldos.
(Llueve blancos lirios, felicitaciones,
Confites, muñecos, ramos y aguinaldos.)

Liliput envía castañas de nieve,
Gulliver regala cartuchos de enanos;
El gorro de Enero golosinas llueve.
(Se besan las bocas, se juntan las manos.)

Febrero el alegre canta y payasea
Canciones borrachas, ébrias cavatinas.
(Arlequín solloza, Clown carnavalea;
Mil pierrots se abrazan con sus Colombinas.)

Entra el rey de Kioto con un frac de aducar.
Baco está dormido y un bufón lo roba;
Cenicienta muerde sus botas de azucar;
(Napoleón es Jockey de un palo de escoba.)

Se anuncia Tom-Pouce. Montados en cebras,
Entran saludando Narciso y Pepino.
(Llueve cascabeles, diablos y culebras,
Botellas, harinas y affiches de vino.)

Marzo, Rey de Ayuno, canta la plegaria
De todas las témporas, hambres y abstinencias.
(Se ven: una ermita triste y solitaria,
Fray en la garita de las penitencias.)

Entra el Rey **Otoño**, de gris adornado,
Muy pálido y triste. (Llueve agua bendita)
El Otoño quiere llorar un pecado
Y habla con el fraile que está en la garita.

« Cortaos el verde cabello » — le dice
El fraile al oído, fingiendo congojas.

(Mueren Julia, Elena, Flora, Cleo y Bice)
Los árboles llueven su lluvia de hojas.

Los árboles lloran su calvicie blanca;
El Otoño llora; (Llueve agua bendita.)
El *Coiffeur* aéreo las hojas arranca.
(Llora la campana de la triste ermita.)

Abril, el sagrado Rey de los olivos,
Canta el Evangelio de las buenas almas.
(Lucen en el ara los corderos vivos;
Se agitan pañuelos, túnicas y palmas.)

Abril, el sagrado Rey de los Calvarios,
Canta de suplicios y llagas divinas;
(Los frailes resongan *Patres* y rosarios,
Y llueve vinagre, sudores y espinas.)

Abril, el sagrado Rey de los rituales,
Entona maitines de notas opacas;
(De pronto anochecen los claros vidriales,
Se apagan los lirios, ladran las matracas.)

El Rey Abril canta de Resurrecciones,
De la alegre danza de los incensarios;
(Las misas cantadas gritan sus canciones,
Y laten los pechos de los Campanarios.)

El Rey Abril canta su alegría suma,
Llamando á los fieles para sus convites;
(Las campanas bailan, el incienso fuma:
Llueve cera, cohetes, flores y confites.)

Mayo, el caminante de la buena ruta,
Canta los rastrillos, la sierra y el zoclo.
(San José fabrica trenzas de viruta;
San Isidro peina sus barbas de choclo.)

Junio, Rey de estufas, canta los rondeles
Que hacen, cuando bailan, los raudos patines;
(Entra el rey **Invierno**, vestido de pieles,
Con blanco paraguas y blancos botines.)

Junio, el Rey más blanco de los doce Meses,
Canta el aleluya de los reyes místicos:
(Llueven lenguas rojas los Pentecosteses;
Corpus Christi llueve panes eucarísticos.)

Junio, el Rey más blanco, blanco nectar bebe;
Bebe blanca nieve; nieva blanca harina;
Toma blancas hostias; llueve leve nieve;
Canta las nevadas de la fe divina.

El monarca **Julio** canta las concordias
De las caridades y visitaciones.
(San Vicente llora sus misericordias,
Y la Virgen llora sus revelaciones.)

Agosto, el furioso Rey de turbulencias,
Canta la sonata de los huracanes.
(Los ángeles juegan á las indulgencias;
Santa Rosa llora llanto de volcanes)

El joven **Setiembre**, trina las canciones
Que hablan de bohemias, flores y zagalas;
Que hablan de los bailes de los corazones,
Y los cuchicheos de las colegialas.

Setiembre, el mimado de las reinas rosas,
Echa en su casaca mágicos olores.
(Llora el Arco Iris flores, mariposas,
Ríe **Primavera**, ríen los amores.)

Ríen los amores, ríe Primavera;
(Llueve moriposas, flores peregrinas)
Los amores ríen en su real litera
Llevada por hadas y por golondrinas.

Octubre, el Rey dandy, canta de las blondas
Que en el aire dejan dulce de fragancia;
Del beso que ritman las formas redondas
Que atesoran opios y magias de Francia.

Noviembre se signa y hace **funerales**,
Y **responsos** mudos, de mudos misterios:

Noviembre es el mudo de los carnavales,
De los carnavales de los **cementerios.**

Noviembre, el **Rey Negro** del ceño fruncido,
Canta los lamentos de una **viuda** *alouette;*
A todos los santos les hace un cumplido,
Cuando no lo espía **Madame Squelette.**

Noviembre á quien aman las **negras Gorgonas,**
Es Rey de **cipreses** y de golondrinas.
(Las bellas floristas le labran **coronas;**
Los sepultureros le piden propinas.)

Diciembre, el Rey Fauno, canta barcarolas
Que elogian los raptos, de blancas primicias,
Que hacen en la playa las lúbricas olas
Babeadas de besos y suaves caricias.

Diciembre el ardiente canta el ritornelo
De blancas Kermesses y fiestas del río;
(Llueve brin, zaraza, sudores y hielo.
Vestido de rojo penetra el **Estío.**)

Diciembre el ardiente sus pasiones narra,
Y habla de indiscretos, suaves esperezos;
(Pulsa su bordona la inquieta cigarra,
Y el grillo armoniza collares de rezos).

Diciembre, el alegre Rey de Nacimientos,
Habla de pesebres, bueyes y cayados.
(Los abuelos cuentan sus más lindos cuentos,
Y llueve pan dulce, castañas y helados).

Alegres saludos y aplausos corteses
Vibran en los aires. (Una bella hazaña
Cuenta un duque. Ríen, amables, los Meses
Haciéndole gracias al noble Champaña.)

Resuenan los Coros: *Amemos al viejo Patriarca,*
que todo lo abarca;
Su pálida frente es un mapa confuso;
La abultan montañas de hueso
Que forman lo raro, lo inmenso, lo espeso
De todos los siglos del tiempo difuso.»

Terminación de la fiesta. Despedidas y quejas. Llueve. Desfile de la concurrencia.

VIII

Suenan galanteos y besos y adioses:
Se marchan los Papas de ceño fruncido,
Las Brujas, los Duendes de acento fingido,
Se marchan los Reyes, se marchan los Dioses,
Y todos se marchan..... ya todos se han ido...!

Pasaron volando las cuatro Estaciones,
Los bellos Ocasos, las bellas Auroras,
Endriagos, Quimeras, Esfinges, Dragones,
Hidras y Centauros y Furias traidoras,
Y Gnomos y Faunos y Meses y Horas.

Se apagan las luces. El viejo Castillo
Se esfuma, se borra. Cuatro campanadas
Da el Reloj. (Sus botas perdió Pulgarcillo
Y una bruja loca lo lleva á la grupa.
Negras Amazonas pasan á horcajadas
En palos de escoba y el negro corrillo
De sombras eternas zumbando se agrupa...!
Zumbando se agrupa...!

(Llueve.) Los Ciclones tocan en sus flautas
Su inmenso silbido.
Los viejos Ciclones tocan en sus flautas.
Las Sirenas lloran, las Ninfas se quejan.
(El viejo Patriarca se queda dormido)
Pasan Unicornios, Monstruos y Argonautas....
Ya todos se han ido, ya todos se alejan,
Ya todos se alejan, ya todos se han ido....
se quejan....
se alejan....
se han ido... !

Epílogo

Fuera: el trueno juega y corre con su inmenso monolito.
El huracán, monstruo asmático, lanza pavorosa tós;
Los relámpagos alumbran, atraviesan lo infinito,
Como el fósforo encendido del gran cerebro de Dios!

JULIO HERRERA Y REISSIG.

Montmartre, Sol en Sagitario. M. C. M.



DUDA

Escandinavos se llaman
los cuentos de Mario Orozco,
que son picantes, muy verdes
y zafadamente eróticos.
Por eso el casto Zaraza
pregunta con mucho enojo:
—¿Son cuentos escan.. dinavos
ó cuentos escan... dalosos?

FRAY V. DE LORZA.

De mis apuntes

La vida del pensamiento tiene voluptuosidades ignoradas é inimaginables para los que no han penetrado en su alcázar silencioso, ó han penetrado sin en-



tusiasmo y sin fe.—¿Qué sensación de aplauso ruidoso y glorificador podrá igualar en voluptuosidad al sentimiento exquisito con que reconocemos íntimamente, en una obra de maestro, la observación, la imagen, la emoción, que nuestro propio espíritu había concebido alguna vez frente á la misma manifestación de la vida ó al mismo rincón de la naturaleza?

—¿Qué impresión de victoria igualará á la austera satisfación con que, después de la porfía viril de nuestra mente, desvanecemos las sombras del pensamiento superior que nos parecía impenetrable y nos erguimos en la cumbre de la obra genial que nos parecía inaccesible? —¿Qué favor amistoso como el de los grandes espíritus, desvanecidos ó lejanos, en cuyo seno llegamos á penetrar tan intimamente que nos atrevemos á adivinar cuáles serían su observación y su consejo, su consigna ó su mandato, ante determinada vacilación de nuestro sentido moral ó en una solemne oportunidad de nuestra vida?—¿Qué delicado recreo del espíritu como el de asociar á cada paisaje interesante, á cada fisonomía sugestiva, á cada edificio viejo y hermoso, el recuerdo de una página, ó una frase, ó un verso, que nos devuelven, como en un reflejo idealizado y embelesador, la sensación ó el sentimiento del instante?—¿Y qué sonrisa de desprecio—puesto que también hay voluptuosidad en el desprecio,—como la que se tiene frente á la afectación, á la imitación servil, á la mentira, descubiertas, por evento feliz, en lo que tiene nota de original ó goza fama de sincero?....

José Enrique Rodó.

Montevideo, 1900.



Epigrama

Tan roñoso un marqués era
Que, sobrándole peculio
Lo mismo en Marzo que en Julio
Viajaba siempre en tercera.
Le vió, en el tren doña Marta,
Y le preguntó después:
—¿En tercera, usted, marqués?
Y él respondió:—Sino hay cuarta!

A. Ribot y Fontseré.

TROPICALES

PENSANDO EN TI

Vive en mi mente soñadora el fuego
De tu amoroso y lánguido mirar,
Como en el fondo del celeste abismo
De los astros los rayos de cristal;
Pero éstos al surgir el nuevo día
Se arrojan en su manto de zafir,
Mientras la luz de tu mirada excelsa
Nunca se oculta ni se apaga en mí.

Surge en Oriente la risueña aurora
Besando con su lumbre el cielo azul,
Como surgen en mi alma tus sonrisas
Para inundarme de celeste luz;
Pero las nubes de Occidente vienen
De las auroras las tintas á cubrir,
Mientras la luz de tus sonrisas, mi alma,
Nunca han dejado de brillar en mí.

Corre silente perfumada brisa
Cantando entre el ramaje del verjel,
Como canta en el fondo de mi pecho
El eco de tu voz, bella mujer;
Pero al tender la noche sus crespones
Aléjase la brisa hasta el confín,
Mientras que amante el eco de tu acento
Nunca se aleja ni se apaga en mí.

Graba en la arena de la playa el agua
De las Sirenas el celeste amor,
Como tu imagen de nereida amada
Grabada tengo aquí en mi corazón;
Pero otras olas tempestuosas borran
Lo que aquéllas llegaron á escribir,

Mientras tu imagen tempestuosas dudas
Nunca lograron desterrar de mí.

Y es que tu imagen, tus sonrisas bellas,
Tus miradas y el eco de tu voz,
Son la vida de mi alma solitaria,
La sangre de mi triste corazón;
Es que si tu recuerdo un sólo instante
En mi pecho dejara de latir,
El frío de la muerte por mis venas
Sólo hallarías al tornar á mí.

***

Cuando tomo la pluma y al trabajo
Consagro unas cuartillas de papel,
Sólo acierto á escribir una palabra
Que es tu nombre gentil, mi dulce bien;
Y si escucho tu voz idolatrada,
Si vivo con tu aliento de jazmín,
Si mis ojos no ven sinó tus ojos,
Es que tú, más que yo, vives en mí.

Despierto te contemplo seductora
Á mi lado, dejándote adorar,
Y en sueño te vislumbro como una hada
Que embarga el corazón con su beldad;
Y está unida á mi mente tanto, tanto,
Tu rostro encantador de serafín,
Que no puedo tener un pensamiento
Sin que haya de pensar, mi bien, en tí.

¡Oh, mi amada gentil! Si también sientes
Este fuego que vibra aquí en mi sér;
Si á mi acento despiertas y me escuchas
Soñando con las glo ias del Edén....
Óyeme: no me digas que me adoras
Ni que es mío tu excelso porvenir,
Pues tal felicidad me mataría
¡Y así no pensaría más en tí!

¡Oh! ¡No pensar en ti! ¿Oyes, mi amada?
Si la vida, negándome su luz,
Hiciera que mi mente se olvidara
De que aún existes en la tierra tú,
Llega, entonces, un día hasta mi tumba,
Y, al sentirte á mi lado discurrir,
Aunque Dios no lo quiera, ni los cielos....
Yo me alzaré para pensar en tí!

VÍCTOR PÉREZ PETIT.



CUENTO

« Don Caralampio Basanta,
duque del Despertador,
marqués de Vallemenor,
conde de la Casa Santa,
baron de las Aguaderas,
vizconde de Blancas Olas,
gran cruz de tres españolas
y de catorce extranjeras,
ex-regente de la Habana,
senador por Albacete,
ha fallecido ayer siete
á las diez de la mañana. »

Así la esquela corrió,
de tan grande hombre reflejo,
y al ver pasar el cortejo
que todo Madrid siguió,
tras dos ternos soberanos
dijo una chula en el río:
—« Qué atracón de señorío
se van á dar los gusanos! »

EUSEBIO BLASCO.

LILI

¡QUÉ linda era! Tenía los ojos azules, y los cabellos rubios, y las mejillas igualmente frescas é igualmente sonrosadas que las de Laura. Sí, la señorita Lilí tenía mucho de esta última, y tanto, que para quien tuviese ocasión de verlas siempre juntas, fácil fuera tomarlas por dos hermanas gemelas, menudas, adorables, con todos los encantos y con todas las idealidades que distinguen á las mujeres del Norte.

¡Oh, qué linda era Lilí! Laura la quería mucho, la adoraba con toda la ternura de su almita joven y buena, y para ella nunca había mayor satisfacción ni mayor alegría, que, cuando en una reunión de amigas entre las cuales veía por vez primera algún rostro extraño, hallaba la oportunidad de presentar á su Lilí: «La señorita Lilí, mi hija... » —*Mi hija!* esto último Laura lo decía siempre muy formalmente, recalcando bien la frase, con un énfasis de madre orgullosa y satisfecha de su maternidad no estéril....

Mi hija! Al oir esto, la nueva amiga miraba á Lilí, y aún cuando ella tuviese también *su hija*, una hija más ó menos crecidita y más ó menos adorable, no por eso dejaba de sentirse herida en su amor propio ante aquella madre que la deslumbrara con una tan inmensamente linda como adorable. Y esta primera impresión, siempre esperada, inconsciente y casi imposible de ocultar, nunca pasaba inadvertida para Laura, quien aparentando indiferencia, proseguía:

—¡Oh! si supiesen ustedes que coqueta se ha vuelto esta Lilí! Pues si todos los días lleva traje nuevo! Este que ahora le ven, de seda celeste y encajes de Inglaterra, acaba de estrenarlo.... El que vestirá mañana es mucho más lindo.

¡Oh, Lilí, Lilí, cuántos deseos, cuántas envidias no despertaba tu diminuta personita donde quiera te hallases, en la calle, en la tertulia, en los paseos! Aquí, en estos últimos, cien ojos femeninos, cien caritas sonrosadas y frescas se inclinaban hacia ella para mirarla, y la miraban, la miraban fijo y tenazmente, hasta perderla de vista allá, á lo lejos, á la vuelta de una esquina. Muchas veces, la sola impresión de un segundo bastaba para que dos ojos la continuasen viendo durante semanas y meses, de tal modo, parecía grabarse su imagen en las retinas!

¡Oh, qué linda era Lilí! Tenía élla todo el aire formal de una señorita bien educada; luego, siempre tan pulcra, tan limpia, desde la mañana hasta la noche, que daba gusto verla. Laura la enseñaba á leer, deletreando al efecto ella misma: **c-a... ca... s-a... sa casa**—. Lilí aún no decía nada, miraba á su nueva intitutriz como siempre, con sus grandes ojos azules, ojos tiernos de una limpidéz inmácula, pero esto no obstaba para que Laura asegurase muy formalmente á sus amigas que muy pronto Lilí leería de corrido y hasta sabría recitar versos....

Pero cierto día, con gran asombro de todas las señoritas del barrio, á la hora de tertulia Laura no se presentó allí con su Lilí. Esto era grave, sumamente grave ¿Qué acontecimiento inesperado habría podido acaecer para que madre é hija faltaran por vez primera? Laura estaría enferma?.. No; muchas voces

dijeron, á un mismo tiempo, haberla visto esa tarde, y hasta no faltó una, más atrevida y audaz, que asegurase haber hablado con ella dos horas antes: sí; al pasar, de vuelta del paseo.... ¡Oh, es que, entonces, á Lilí le habría sucedido algún percance! Sería posible esto, á Lilí, á élla, siempre tan pulcra, tan bella, tan elegante!

Y sin embargo, la presunción era admisible. Sí; algo muy grave habría acaecido á Lilí. Y esta última sospecha, ya casi aceptable é imposible de poner en duda, hizo que muchos rostros envidiositos no pudieran ocultar una sonrisa de perverso gozo, una sonrisa de madre herida en su amor propio y que se siente vengada.

Muy pronto se supo todo. Dos amigas de Laura, las más envidiosas de todas ellas, las mismas que siempre aparentaran prodigar mayor cariño y admiración hacia Lilí, fueron las que se encargaron de comunicar la fatal nueva.

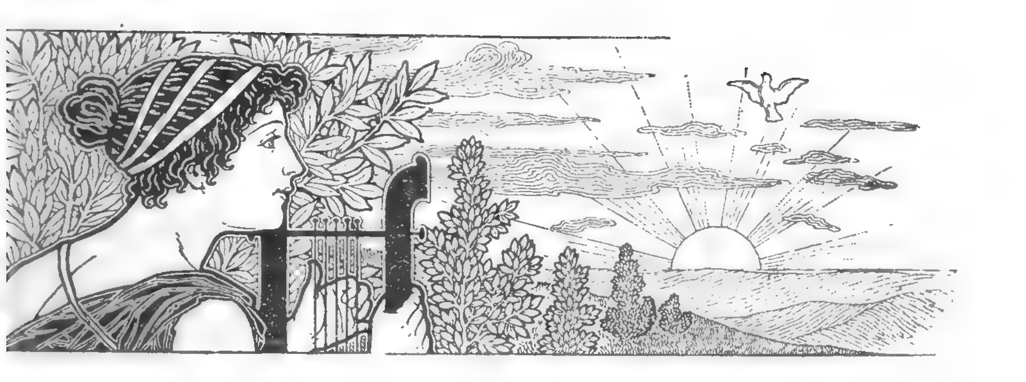
La noche antes, en medio de una rabietilla de chicuela caprichosa y terca, Laura habíase desahogado golpeando despiadadamente á Lilí contra el suelo, destrozándola, haciéndola añicos, y ahora, arrepentida, la pobre madre lloraba su delito oculta allá en el último rincón de la casa.

—Sí; yo acabo de ver á Lilí, exclamaba alegremente la más envidiosilla; la he visto con mis propios ojos. ¡Uff, está hecha una miseria!... Y para corroborar, para que ya nadie dudase de la veracidad de sus dichos, proseguía con perversa maldad, extendiéndose en detalles:

—Los labios partidos.... un ojo saltado.... el serrín saliéndole por la nuca....

¡Pobre muñeca!!

JUAN PICÓN OLAONDO.



PLINTO

I

¡Oh luz de aurora, tendida
Sobre el cristal de mis sueños,
Flor y estrella,
Nube y ala
Vívida cáuda de lumbre que flotas sobre mi cielo,
¿Que celaje te dió el manto,
Que nenúfar te dió el cetro?
Con qué tul de mariposa se tejió tu nívea frente,
Que clavel dejó en tus labios el esmalte de sus pétalos?

II

Lira de oro que desprendes
Tu fulgor sobre mi pecho,
Flor de luna,
Pensamiento,
Del marfil de cuyo cáliz prende el nácar del rocío
Su collar entrecruzado por magníficos luceros;
¿Con el peto de que orquídea, con el ámbar de que espuma,
De tus sienes de princesa pudo hacerse el camafeo?
¿Del crespón de que azucena, tomó el brillo tu garganta,
De que bruma de diamantes se hizo el sol de tus cabellos?

III

Vago efluvio de esperanza,
Niebla y onda, ritmo y beso,
Leve túnica de aromas,
Linea, llama
Fronda
Incienso,



Ráuda estela de topacios que te enciendes en las ramas,
Que te quiebras en las ondas y te hamacas en el viento,
¿Qué fulgor prestó á tu falda sus lumíneas vibraciones,
Que clemátide á tus hombros los encajes de su peplo?

IV

No lo sé; pero en el fondo de tu mágica hermosura
Se destaca la inocencia con tan límpidos destellos,
Que al llegar ante tu sombra, se recoge mi ternura,
Y en el colmo de su pasmo llega á créer mi pensamiento,
De que un astro, fué la hoguera
Que encendió tus ojos negros,
Y el palacio de la dicha, quién al verte tan hermosa
Levantó sobre tu cuna su rotonda de arabescos.

V

No te ocultes que mi mente
Con tu aureola sube al cielo!
Nieve, arista,
Sol,
Arpégio,
Pliegue azul á cuyos lampos entrevée mi fantasía,
Como el oro que disfuman los sofiamas de un incendio,
Levantarse entre las sombras la Thulé de sus quimeras
A través de las profundas lejanías del ensueño.

PEDRO J. NAÓN.

Buenos Aires, Noviembre de 1900.



GRITOS DEL COMBATE

Cuando en brumosa soledad medito,
audaz el pensamiento resplandece,
i la idea hasta el alma me estremece
porque la incuba algún dolor maldito,

La mente en vano con tezón agito,
la sangre presurosa se enardece,
el pensamiento por instante crece,
i dentro del cerebro es infinito...

Mas, cuando en esa lucha gigantea
no conquisto algún triunfo momentáneo
para que surja la doliente idea;

Tan estupendas inquietudes siento,
que me quisiera desgarrar el cráneo
y arrancarme yo mismo el pensamiento!!

RENATO MORALES.

(Perú 1900.)

De mis Prosas de Taberna

Vallarino y Picón Olaondo, mis amigos.



Habla en las almas enfermas, la voz de una lejana angustia! — Mefistófeles, el Esplin, ríe, canta, llora, baila— riman cosas divinas, los divinos lôcos — los contrabajos suenan á la sordina.

¡Y es en los espíritus y en los corazones una rara noche de honda tristeza!

¡Los sueños ideales agonizan!

—

Mi Arlequín está ébrio. Mi Arlequín ha bebido todo el vino de su viña... y su boca borracha dice versos nuevos! Colombina tirita bajo su blanco vestido y su negro antifaz—Colombina se muere de miedo y de frío.

Se apagan las pipas de los bebedores: los vasos se enrulan en la espuma rubia—y la vieja taberna rellena de humo es una tumba gris!

—

Las luces parpadean moribundas de cansancio en las sucias lámparas tristes — en las lámparas, que cuelgan, como lágrimas de luz, de unos ojos llenos de sueño.

Las mesas tan blancas parecen calaveras de Pierrots suicidas.— En las paredes, grandes chorros de sombras, bailotean como títeres alegres.

Colombina se ha llevado á mi buen Arlequín, á mi loco divino, á mi divino ébrio.

Como histéricas risas, suenan los ecos de sus cascabeles.... y yo me quedo á solas con mi maldito esplín y mis tristezas.

—

En los relojes golpean los sátiros la Media Noche! —ronca el tabernero—y una Bruja pinta en los doce barriles, doce puntos negros!

(Redoblan los tambores á la funerala; y los contrabajos y los violoncelos rezan á dúo un lento miserere)—La Hora de los enterradores!

—

¡La Media Noche! (*Caen doce monedas*)—la Hora de Oro de los ladrones celosos y de los raspas embozados!—la Hora de los avaros, de los gatos de ojos de luz, de los lechuzones y de los cuervos hambrientos!—la Hora del acecho, de la baja traición solapada!— la Hora de Judas!

—

¡La Media Noche! (*Llueven gotas de sangre*)—la Hora de las ansias pecaminosas y de los rojos rostros de los asesinos—la Hora de la baja tentación lasciva, de las almas impuras—la Hora color de acero de las armas que amenazan y de los puñales que brillan!— la Hora de los condenados, de los suicidas, de los ca-

llados remordimientos de las cárceles! — ¡ La Hora de los hospitales!

—

¡La Media Noche! (*Se oyen músicas de castañuelas y de panderetas y doce cráneos bailan un extraño compás macabro*)—La Hora de los desequilibrios y de los trastornos—la Hora loca de nuestros manicomios—la Hora Ofelia de la idea fija!

—

¡Doce campanadas! ¡La Media Noche! (*Habla la voz de una lejana angustia y los sueños ideales agonizan*)—Oh! la Hora mala, la Hora maldita de los que sufrimos el dolor de una lenta muerte de ilusiones! —Oh! la Hora negra, de las almas errantes, de las almas solas puestas en martirio—Oh! la Hora amarga de los extraños, de los raros, de los incomprendidos! ¡Hora de blasfemias y de rabias, de odios y de maldiciones!

—

—¡Eh! tabernero!.... La Media Noche! ¡despiértate viejo bandido!.... Yo te daré mis versos que son oro y mis prosas que son buen vino, si me matas por siempre mi esplín y mi horrible tristeza!....

VIDAL BELO.

MCM.



PAJARITOS

—Te parecerá quimera
lo que dije . . .
—Sí, por cierto.
¿Y á quién no le admira, Alberto?
¡El mundo una pajarera!
—Extraña es mi afirmación
y que dudes se comprende
que el más sabio se sorprende
al oír tal aserción.
—¿Hablas en serio?
—Sí tal,
y si á escuchar te dispones,
apoyaré con razones
mi tésis original.
—No es necesario, yo admito
lo que á demostrarme vienes,
pues notando estoy que tienes
la cabeza de *chorlito*.
—No me molestan tus bromas
y que me enfade no esperes.
Dime, ¿qué son las mujeres
sino cándidas *palomas?*
—Pues yo conozco una niña,
que por cierto es hechicera,
y es un *ave carnicera*,
mejor dicho, *de rapiña*.
—Así hay muchas.
—Lo imagino,
¿y qué me pruebas con eso?
—Pero espérate, camueso,
¿conoces tú á mi sobrino?
—Sí, se casó el mes pasado.
—Y el que se casa á su edad,
dime, ¿no es, en realidad,

un *palomino* atontado?
—Razón te sobra, á mi ver,
y, aunque el pobre lo desmienta,
una *pájara* de cuenta
se dice que es su mujer.
La cual, con un tal don Paco,
persona muy influyente,
tuvo, en fin....
—Sí, justamente
se trata de un *pajarraco*.
¡Pobre chico! Ya ves tú
á que conduce el amor,
al hombre razonador
le convierte en un zulú.
—¿Y cuándo uno tiene celos?
—¡Es cosa horrible! Verás,
ayer encontré á don Blás
tirándose de lo pelos.
Su idolatrada mujer
se escapó con un tenor
y él está hecho un *ruiseñor*
que *trina* á más no poder.
—¡Cuál no será su amargura
cuando así se desespera!
—Pues espera un poco, espera,
voy á hablar de tu futura
—De Aurora, mi luz, mi encanto,
mi único amor, mi delicia!
—Puedes decir, con justicia,
todo eso y otro tanto.
Comprendo perfectamente
que te inspire tal pasión
porque es, según tu opinión,
una *tórtola* inocente.
—Alto ahí Me convenciste.
Tu oratoria me ha vencido.
Hoy, de seguro, has comido
ó cañamones ó alpiste.
Nada más quiero saber,

con lo que has dicho me basta,
mas, respóndeme, ¿qué casta
de pájaro es tu mujer?
—¿Mi mujer? ¡vete á la porra!
—Que no te ofendas espero....
—¿Y no sabes, majadero,
que es una insigne *cotorra?*

VICENTE NICOLAU ROIG.

Buenos Aires, Noviembre de 1900.



Muerte

(De Giuseppe Apicella)

Muere el otoño: impera sobre el valle
Como capa de plomo el cielo gris;
Hay hojas amarillas en la tierra
¡Y el hielo del invierno va á surgir!

Muere el otoño: rápida, incesante,
Cae la lluvia en selva y arenal;
El gran torrente rompe ya sus diques
Y turbio corre y ya muy lejos va!

Muere tu fiel cantor; niña morena,
Que la pena invadió su corazón,
Sus esperanzas, flébiles cayeron
Con sus castillos de oro y dulce amor

Muere tu fiel cantor: vendrá el invierno;
Y la bella estación tambien vendrá;
Más, en perenne sueño, bajo tierra,
Nunca tu fiel cantor despertará!..

LEONARDO ELIZ.

Valparaiso, (Chile), 1900.

PINTORES NACIONALES



Carlos Sáez, en su estudio

Azul-rosa

Al ducal soñador, Pedro J. Naón.

Pálida luna en el parque desfloca
Hebras de plata de suaves fulgores;
Parque de ensueños la mente lo evoca
Al ensoñar con divinos amores.

En la penumbra de los abedules,
Leconte cincela movible silueta:
Es que va en pós de sus sueños azules
La casta novia del tierno poeta.

La luz que el parque Luis XV destella
Ebria parece en fragante ambrosía;
En derredor de la hermosa doncella
Filtra y esplende nimbal poesía.

Y en ese parque de luz soñolienta,
En que fulgura azul-plata el follaje,
La esbelta novia graciosa se ostenta
Con el candor de su blanco ropaje.

De pronto, en senda fragante y estrecha,
Ante una flor la doncella se inclina,
Y el extasiado galán que la acecha
Feliz descubre una forma divina.

Al verla hermosa, indolente, inclinada,
Su corazón en su pecho insosiego
Es de Swinburne la lira incendiada
Que habla, que tiembla, que es grito y que es ruego!

Llega á su lado, febril, el amante
Y se extasía en su tierno embeleso,
Y, Plenilunio su disco brillante,
Pende en las fiestas nupciales del beso.

Amor despierta, doquier se revela,
Agita el áura el dormido paisaje
Y vagos tonos de rósea acuarela,
Sangran la faz del desnudo ramaje

¡Surje la vida en el parque luciente,
Arrulla el ave al amor que ha triunfado,
Mientras soberbia, alla arriba, en Oriente,
Luce la Aurora su imperio rosado!

FRANCISCO G. VALLARINO.



En el patio

(Para Juan Picón Olaondo).

Tiñe, la abeja, sus antenas de oro
En la nieve estival del limonero,
Y á los besos ardientes de Febrero
Enrojecen, las parras, su tesoro.

La aroma cáe, como inflamado lloro
En lágrimas de luz, sobre el sendero;
Y gimen, en los huecos del alero
Las golondrinas, en amante coro.

Por el arco ojival de su ventana
Trepa, orgulloso, el cimbrador tejido
Que elaboró con risas la mañana,

Para que siempre, en el cristal querido,
Formen un marco á mi gentil Sultana
Las gemelas del cántico y del nido!

UBALDO RAMÓN GUERRA.



COLORES Y PIEDRAS

A Ignacia Montoro.

Amo el azul; porque es azul el espacio y el espacio me habla del cielo y el cielo me promete la inmortalidad en donde he de juntarme otra vez á ti.

Amo el rojo; porque el rojo cintila en la aurora boreal y en la bandera de mi patria, y esa bandera me habla del hogar en que te ufanabas tú.

Amo el verde; porque es verde el océano que esconde los grandes secretos, es verde la pampa argentina y verde el follaje donde trina el ruiseñor, y el ruiseñor modula tu nombre sonoro, cadencioso y suave como la nota nocturnal que vibra en el corazón al herir el cristal de una lágrima, como la caída de una perla sobre el platillo de oro, como las *rosas de raso* que cultivé en nuestro jardín.

Amo el blanco; no porque sea reunión de colores, sino porque fué blanco mi velo de primera comunión y de desposada y blancas fueron las *margaritas* á las que pregunté con la fe beatífica de los quince abriles: Me ama, no me ama, poco, mucho, nada?....

Ay! la blancura de aquel velo y de aquellas margaritas!

*
* *

Amé el diamante de aguas puras que temblequeaba coqueteando con el Iris y las margaritas, cuando él me dijo que me amaba y besó mi frente con el beso ideal de las ilusiones: y el zafiro que él puso entre mis dedos como promesa de constancia cuando besó

mi mejilla con el beso de los ojos, al decirme no me olvides, con la súplica de un niño; y el rubí que como una gota de sangre de paloma brilló sobre el anillo de oro, después que él hubo besado mis labios con el candente beso de su boca.

....

*
* *

¿Para qué traer ahora sobre el lienzo ni al papel esos ya lejanos mirajes que no han de volver, como las azules campanillas que rompió el huracán?

Los colores han huído como bandada de mariposas dejando en pos el negro de las tumbas; y de las piedras sólo queda el mármol con nombres grabados en él!!

CLORINDA MATTO DE TURNER.

Buenos Aires. 1900.



¡CHIST!

Hay rumores confusos en el bosque,
Aleteos de aves que dormitan,
Cadencias de arroyuelos que serpean
Llevando por doquier salud y vida.

Hay arrullos y sombras misteriosas,
Y perfumes de flores escondidas,
Que embalsaman el aire saturado
Con los efluvios de la flor de achira.

Hay un nido que cuelga entre las hojas
Recibiendo del aire la caricia,
La blanca luna entre el ramaje asoma
Y derrama sobre él su luz bendita.

Y más allá... en el claro donde crecen
Las azules y rojas margaritas,
Hay un rancho pajizo en que dos séres
Cantan á dúo el himno de la vida.

DORILA CASTELL DE OROZCO.

MIS CELOS

Á Delia

Sobre el asunto de que ayer me hablaste
Allá va por escrito lo que pienso,
Envuelto, candoroso, entre unas redes,
Cual prisionero pez, mi pensamiento.

Quieres saber lo que yo pienso sobre
El monstruo, como dicen, *de los celos,*
Y allá va mi opinión, que no consulta
El interés de *ellas* ni el de *ellos.*



Dicen que celan sólo los que quieren
Por vez primera; no los que, sedientos,
Del dulce amor en la dorada copa
Más de una vez solícita bebieron.

No es así, Delia, no; porque en la vida
Nos hace con frecuencia prisioneros
La belleza inmortal, perenne fuente
Del saber y el amor, como ella eternos;

Y los celos no son sino el perfume
De la flor del amor, que no hay sin ellos.
Nacen y mueren juntos, como el hombre
Y el gemido, las sombras y los cuerpos.

Quien siente celos una vez, no creas
Que llegará á querer sin tener celos:
Yo quiero y soy celoso, amada mía;
Tengo celos de ti, porque te quiero.

Sobre el asunto de que ayer me hablaste
Allá va por escrito lo que pienso,
Envuelto, candoroso, entre unas redes,
Cual prisionero pez, mi pensamiento.

CARLOS MARTÍNEZ VIGIL.



SONETO

Lleva el nombre poético, amoroso,
de la mujer que idealizó Petrarca,
y cuanto en ella la mirada abarca
es luz y juventud, consorcio hermoso.

Gentil, aérea, de exterior gracioso,
su corazón es de bondades arca,
y un señor medioeval, á una comarca
moviera guerra, para ser su esposo.

Pero más que su imagen peregrina
de cuerpo escultural, de lindo talle,
y que su voz metálica, argentina,

(cosas que mueren en el triste valle)
valoro su amistad franca, espansiva,
de mi vergel azul, la siempre-viva.

RICARDO SÁNCHEZ.

MASSENET

Cuenta 58 años de edad. Después de haber ganado varios premios en el Conservatorio de Paris, obtuvo



JULIO MASSENET

el premio de Roma con su *cantata* intitulada *David Rizzio.* Visitó Italia, Austria, Hungría y Alemania.

Si no es el más célebre compositor de la moderna escuela francesa, es uno de los más aplaudidos y fecundos. Sus principales óperas son: *Don César de Bazán, El Rey de Laore* (que es magnífica y de mucha teatralidad), *Hérodiade, Manon* (una de las más

populares), *María Magdalena* (drama sacro), *Eva* (oratorio), *La Virgen* (leyenda bíblica), *Portrait de Manón*, *Thaïs*, *Esclarmonda*, *Werther*, *Sapho y Cendrillón*.

Como sinfónica, la obra de Massenet es numerosa y entre sus composiciones de este género sobresalen las *Escenas Pintorescas*, *Pompéx* y *Las Escenas Alsacianas*. Miembro del Instituto de Francia en la sección artística, Massenet ocupa desde 1878 el puesto de profesor de composición del Conservatorio de París. Sus discípulos que son muchos, lo aman y lo admiran. Es un sentimentalista en la verdadera acepción de la palabra.

ADALBERTO SOFF.



TABLEAU

Chiste ajeno

Creyéndola una tonta
le preguntó un chistoso á doña Marta:
—¿Quién es el especial talabartero
que viste á usted con tal primor y gracia?
Y como chispa, sin pensar siquiera
le contestó la dama:
—Pues... un talabartero que está al lado
de la herrería donde usted se calza!...

FRAY V. DE LORZA.



Tus ojos de esmeraldas

No me cautivaron joyas
ni me sedujeron galas,
desde que los ví suspiro
por tus ojos de esmeraldas.



Para un collar que rodee
blandamente mi garganta,
necesito yo los broches
de tus ojos de esmeraldas.

Para que alegren mi vida
dándome luz y esperanza,
es que quisiera tus ojos,
esos ojos de esmeraldas.

Sufriría yo las penas,
las angustias más amargas,
si apartaras de los míos
esos ojos de esmeraldas.

Cuando pienso que á otras miran
cuando pienso que á otras aman....
que otras reciben los rayos
de tus ojos de esmeraldas....

El corazón se me oprime,
siento que nublan las lágrimas
esos ojos que impresionan
esos ojos de esmeraldas.

Muchas veces me hago fuerte
y desvío la mirada,
pero me atraen como imanes
esos ojos de esmeraldas.

Yo no sé si debo huirles
ó amarlos con toda el alma,
sólo sé que me cautivan
esos ojos de esmeraldas.

Dime otra vez si son míos,
pues su expresión tan velada
me hace dudar muchas veces
de tus ojos de esmeraldas.

Dime otra vez que son míos,
que es verdad que ellos me aman,
ó si han querido mentirme
esos ojos de esmeraldas.

Si me los das para siempre,
si me los das con el alma!...
no habrá para mí otros ojos
que tus ojos de esmeraldas...

ADELA CASTELL.

ESTUDIOS DEL NATURAL

Los Gomosos



El gomoso es, como el simbolismo de pacotilla en literatura, pura exterioridad.—Producto de todas las clases sociales, sintetiza y pregona sus ridiculeces y sus desvaríos, como un *affiche* ambulante, como un automovil parisiense de reclamos bombásticos, con la sola diferencia de que el *fashionable*, el *dandy*, propaga egoistamente su propia superioridad y su elegancia de figurín á la *dernier mode*.—El gomoso es un tipo característico en la vida de sociedad, como otros lo son en las distintas manifestaciones de la vida en general.—Lleva en sí mismo el sello de su verdadera importancia y de su verdadero rol: jamás se le confundirá con la multitud.—Es más feliz que muchos aspirantes al éxito y á la gloria!—Para ser gomoso es necesario ser artista, un artista que abarque simultáneamente varios ramos del conocimiento y que tenga facultades especiales para desempeñarse en su aplicación con esmeradísima pulcritud.—Ese es su gran mérito, y esa es la gran dificultad que impide muchas veces imitarlo.

¿Quién no ha visto un gomoso?—Como la yerba mala, abunda por todas partes esa especie de camaleones

sociales que cambian su exterioridad artificial con las veleidosas coqueterías de la moda.—Nadie deja de advertirlo cuando uno de ellos pasa por nuestro lado: si no dejan las huellas intangibles de sus múltiples perfumes, dejan las impresiones de un objeto raro que instintivamente despierta nuestra atención.—Ya en los democráticos recibos de la sociedad cordonera, ó en las reuniones selectas de la aristocracia del "centro"; ya en los paseos higiénicos de la calle 18 de Julio y de la Plaza Independencia, ó en las *promenades* de buen tono del Prado y de los Pocitos; ya en los teatros, ó en los conciertos, ó en cualquier otra parte, el gomoso se ha de encontrar siempre, ofreciendo su donosa apostura, sus estiramientos rectilíneos, su mímica llamativa, á las miradas curiosas de las niñas que aspiran á merecer una sonrisa, una distinción cualquiera, un saludo de última novedad, de aquellos cultores de la estética personal, pues es sabido que las mujeres, en su mayoría, se almibaran en cuanto uno de esos «elegantes», tan «bien vestidos», tan »correctos», tan «simpáticos», les demuestran ciertas predilecciones ó las miran con una expresión, reservada para los actos solemnes, que han estudiado durante largo tiempo, delante del espejo, siguiendo instrucciones de almanaques humorísticos ó de alegres croniquillas europeas.— ¡ Por esto es que tantos chascos, muchas veces irremediables, se han llevado gran número de ilusas, embaucadas por aparentes oropeles!

Los gomosos en general, tienen la monomanía de hacerse intérpretes de las últimas caprichosidades de los legisladores de la moda, exajerando siempre las mismas exajeraciones que nos importan los figurines ilustrados, en perjuicio de los más elementales prin-

cipios de estética y de sentido común.—Si se usa la ropa algo ajustada al cuerpo, ya veis á los gomosos, comprimidos como anchoas, estirados, duros en sus movimientos, con las piernas aflautadas de grado ó por fuerza, con el talle recto, con la cabeza erguida como si les faltara aire para respirar á sus anchas... — Si se usan botines de color, encontrais en ellos toda una série casi infinita de tonos intermediarios desde el café con leche claro hasta el chocolate obscuro, llevándolos estrechísimos, como los zapatos de las mujeres chinas, si se usan angostos, y si se usan anchos, los veis con una suela de dos centímetros de aditamento fuera del borde de la capellada, como los «plafones» ingleses.—Si se usan, en el *beau monde*, los sombreros chicos, el gomoso no pára hasta encontrar uno reducido á su expresión menor, pavoneándose con él por todas partes con una satisfacción de triunfo.— Si los figurines les instruyen que es *cursi* usar los cuellos bajos, se resuelven al martirio con heroica decisión, ostentando cuellos más altos de los que les permite su « físico natural » enclavando su cabeza entre estaquillas de hilo endurecido por el exceso de almidón.—Las corbatas, las pecheras,—generalmente postizas,—los bastones, las alhajas, todo demuestra en ellos un prurito ridículo de exajerar lo vistoso y de afear lo bello.—Sus peinados son á cual más extravagante.— El *fierro* enrula su cabello si la naturaleza no les ha concedido bucles de moda; el *cosmético* lo endurece hasta convertirlo en cerda, porque no es de buen tono despeinarse en la calle; la *brillantina* —muy en boga hoy—les sirve para dar á su pelo reflejos plateados de nitidez perfecta.... —Los bigotes reclaman del gomoso que los tiene, un cuidado prolijo delante del

espejo, su amigo predilecto.—Hacen mil ensayos diarios para darles una forma atrayente, efectista, y para usarlos como hoy se presentan en los figurines, emplean la *Tintura de Hungría* que mantiene en alto sus retorcidas extremidades, en la misma posición de los cuernos de los caracoles ... —Ni las cejas se escapan á ese afán de «reformas», y algunos las hacen más pronunciadas y obscuras con misturajes apropiados ó con corchos ennegrecidos en el fuego, como las mujeres que enlutan la expresión alegre de sus pupilas... —Y hasta conocemos varios de esos arlequines de la moda que usan finísimos polvos para cubrir ciertas asperezas del cútis y ciertas tonalidades indiscretas de colores etnológicos

....

Podemos dividir la clase de los gomosos en dos especies distintas: unos *permanentes* y otros *de circunstancias*.—Los primeros son los hijos de *familia bien*, los que alternan por derecho de nacimiento con la *élite* de la sociedad: son los gomosos de las altas esferas, que si se han dignado alguna vez llegar hasta el Cordón ó las Tres Cruces, ha sido en busca de alguna aventura de trasnocheo.....—Los otros, son los que, aspirando á sentar plaza de elegantes, no tienen para conquistársela otro capital que el de su modesto sueldo de empleaducho de oficina, ó lo que, bien pesado y bien contado, les da un papá caritativo ó una mamá tolerante, reduciéndose la vida de estos gomosos «de pega», á las tertulias de «media caña», á los exhibicionismos gratuítos de los paseos vespertinos y nocturnos de las calles centrales, á fáciles aventuras amorosas, y á unos cuantos papelones «fin de siglo» en las esquinas de barrios apartados ó en las rejas de

un balcón ó de una ventana, mudos testigos de idilios peripatéticos que si no expresan sinceridades afectivas, producen al menos dulces derretimientos de almas. ...

El gomoso *permanente*, el *demi savant* de los sálones, se rige por un horario determinado en todos sus actos. - Se levanta á las 12 del dia, á la hora misma en que el sol nos ilumina con toda la plenitud de su luz.—Almuerza generalmente fuera de su casa, en alguna rotisserie de moda.—Si no duerme una pequeña siesta, de tarde se pone á hojear figurines, revistas, novelas de aventuras ó diccionarios. . —A las 4, sale de su casa en dirección á la peluquería, donde se empapa con perfumes ú otros ingredientes por el estilo, y si la estación no permite ir á los Pocitos, ni es dia de moda para visitar el Prado, se coloca despues estratégicamente en las puertas del Almacén Inglés, de la Sombrerería Iriart, del Bazar Maveroff, de la Rotisserie Lanata, del Club Nacional, de la Botica Inglesa, de la Giralda ó del Jockey Club, incomodando á todo el mundo, principalmente á los dueños de casa, que tantas veces han de exclamar en presencia de esos gomosos, como el criollo del cuento: el mangangá zumba y se va, pero estos zumban y se dejan estar!.. . ¡Cómo seria la cosa, que, hace poco, Basso tuvo que poner un letrero en el escarapate de su casa de plantas, prohibiendo adoptarlo como palco público!....—A las 7 y 1/2 de la noche, esos sujetos se retiran á cenar, unas veces en sus domicilios, otras en los de familias conocidas, ó en las rotisseries, si eventuales intereses así lo exijen. —A las 9, salen otra vez á la calle para ir á los paseos ó á las diversiones de moda, ó, mas generalmente, al teatro, donde entran mediante unos pocos reales, por

que gozan de los beneficios de los palcos de la prensa ó de familias distinguidas.—No concluye aún aqui la jornada diaria.—Despues del teatro, se dirigen en grupos, comentando pintorescamente lo que han visto, hasta alguna confitería ó algún café, donde, en rueda, cada uno dá su opinión sobre los sucesos del dia y todos combinan planes de conducta futura.

La charla de los gomosos típicos es en absoluto insustancial, hueca, feminista, enfática, llena de hipérboles, salvo algunas excepciones que no hacen mas que confirmar la regla.—Las *tijeras* en sus manos, es un instrumento verdaderamente indispensable: tienen la vanidad de creer que nadie vale mas que ellos, y que, como prototipos de la elegancia y de la distinción, se llevan el mundo por delante.—Como característica de los gomosas en general, puede agregarse el prurito de demostrar erudición en todo: arte, literatura, ciencias, de todo conocen, sobre todo opinan con ínfulas de *magister*.... y en resúmen de nada entienden!—Poseen la facultad de asimilarse todo lo que oyen, aunque á veces «trocando los frenos»; se aprenden de memoria algunos términos de efecto que el decadentismo literario ha preconizado, y los usan en todas partes, á propósito de cualquier cosa, como tuvimos ocasión de comprobarlo nosotros en una reciente exposición artística con uno de esos elegantes que nos preguntó si la palabra *estética* podría aplicarse á los objetos expuestos; se esmeran cuidadosamente en pronunciar con afectado *retintin* los vocablos castellanos, alternando con alguno de esos términos franceses que ya casi han tomado carta de ciudadania en nuestro idioma, y auxiliados con los recursos de sus amabilidades y contorciones cortesanas,

halagan á las mujeres entretegiendo en sus sueños poemas de azahares con ritmos de promesas platónicas....

....

El gomoso de *circunstancias*, es el *bien mis* de origen obscuro y de posición pecuniaria poco desahogada.—Estos sujetos son más ridiculos aún que los otros, y forman la *aurea mediocritas* de los latinos, es decir, la mediania dorada.—No pueden cambiar de traje nada mas que dos veces al dia: el de trabajo, si en algo se ocupan, y el de paseo; pero, sin embargo, tienen la chifladura de querer mostrar siempre novedades en su indumentaria.—¿Y sabéis lo que hacen para conseguirlo?—Pues bien; han inventado varios métodos trasformistas.—Sin contar las reformas, las planchadas, las «conversiones» de tintoreria, etc., pueden reducirse á dos los sistemas fundamentales.—Uno dé ellos se concreta á lo siguiente: al mandarse hacer un traje, aprovechan cierta moda actual para pedir al sastre que no les haga bolsillos superiores, y cuando han usado un tiempo este traje lo hacen dar vuelta del revés, y por pocos reales tienen un hábito nuevo!—El otro método cuesta más caro, pero es de más efecto: compran trajes hechos muy baratos, los usan un mes y los venden á cierto cambalachero de la calle Reconquista, casi nuevos todavía, y con el importe de la venta, agregando algo de sus bolsillos, obtienen otro traje flamante.

A estos gomosos lo que les dura mas es el calzado y el sombrero.—Como todo, en ellos, es apariencia, llevan botines de última novedad, con los clavos invisibles, para que parezcan cosidos.—Los sombreros, sufren varias metamórfosis durante el tiempo en que

pueden usarlos, haciéndoles dar diversas formas, según la moda que establezcan los gomosos aristocráticos, y para que las alas de dichos sombreros reformados no se bajen con el uso, ahora que se estilan pegadas á la copa, las levantan hacia arriba, atándolas con un pañuelo ó con una cinta, al acostarse.

En cuanto á su vida íntima, lo único que, por decoro, podemos decir, es que casi todos sufren frecuentes dolores de estómago, máxime los que, sin ser ricos, consideran desdoroso el trabajo.—¡Cuántas mortificaciones pasan sus infelices familias!—Nosotros conocimos uno de esos elegantes á la violeta, que no teniendo recursos de ninguna clase y queriendo aparentar mucho, llegaba hasta el extremo de planchar sus pañuelos de algodón, fijándolos mojados todavía en los vidrios de su cuarto! — Una familia muy numerosa de esta misma especie de gomosos, compuesta de indivíduos prácticos en las cosas de la vida, se prevalen de su elegante exterioridad para vivir á expensas de todo el mundo, siguiendo á las mil maravillas aquel adagio francés: *savoir bien son monde, avoir du monde!*—Y estos mismos son los que tienen escarmentados á los cocheros de plaza, á fuerza de «calotes», y los que se suelen ver á altas horas de la noche en los bodegones del Mercado Central comiendo costillas asadas ó pescado frito.....

Los gomosos *de circunstancias*, son unos azotacalles sempiternos: todo lo que tienen los *permanentes* de estirados y flemáticos, lo tienen aquellos de caminadores y nerviosos.—Ninguna muchacha buena moza escapa à sus persecuciones, ni á sus requiebros mal estudiados, ni á los piropos incendiarios que forman su jerga amorosa.—Como los otros gomosos, ellos tam-

bien se conceptúan unos sabiondos, y en el arte del amor se creen personificaciones reales de Cupido.—Hablan fuerte y con mucha nerviosidad, si nadie les habla; pero si se les pregunta algo adoptan posturas solemnes, se ponen muy estirados y contestan con quijotesco énfasis.—Van al teatro «de arriba» cuando pueden, volviendo locos á los cronistas de diarios para que les faciliten entradas.—Ahorran algunos reales en toda la semana, para ir, muy orondos, en carruaje descubierto á los paseos de moda.—Prefieren sufrir hambre en sus casas, antes de que se les tache de pobres: su gran chifladura consiste en engañarse á si mismos, soñando jaujas á granel todas las noches.....—¡Cuántos al despertar, por un extraño contraste, han palpado la dura realidad de la vida, encontrándose sentados en un banco de la plaza!—¡Y cuántos, después de una existencia ficticia de ostentación, han tenido que avasallar todos los convencionalismos sociales, para ir á ganarse el pan en los trabajos mas rudos é ingratos! —¡Cuán verdadera es aquella antigua máxixima: el orgullo almuerza con la abundancia, come con la indigencia y cena con la vergüenza....

....

JULIO MARÍA SOSA.

Noviembre de 1900.



Mi Francesa [1]

Estoy perdidamente enamorado
De una mujer bellísima, increíble;
Y soy terriblemente desgraciado,
Mi infinita pasión es imposible.

La mujer que yo sueño, mi quimera,
Nada tiene que ver con mi país,
Con mi aldea prosaica: es extrangera,
En sus ojos hay vistas de Paris.

Su rostro es de un encanto incomparable,
Hecho de gracia alegre y colorido;
Un rostro *chic*, un rostro insuperable
Que no puede mirarse distraído.

Tiene un sello especial esta belleza,
Belleza sin igual, ya se comprende:
Hay en todos sus rasgos la extrañeza
De una cosa casual que nos sorprende,

No es la belleza olímpica y correcta,
Venus escultural de los museos,
Belleza fría, y á lo más, perfecta,
Que admiramos tal vez, mas sin deseos.

El rostro de mi amada es más del día.
Su rebelde, su artística hermosura
Se burla de la exacta geometría.
Su boca es una ingénua travesura.

(1) **Hacemos constar que todo el material del Almanaque es inédito. Sólo hemos hecho excepción con esta inspirada y original poesía de Roberto de las Carreras publicada hace ya algunos años.**

Ella tiene en sus gestos elegantes
Una malicia fina y delicada.
Tiene, llena de tibios excitantes,
Una cara feliz, condimentada!

No hay nada más sensual, más expresivo,
Que su gracia poética y ligera.
La ilumina, la envuelve, un atractivo
Que no se halla al alcance de cualquiera.

Guarda en su corazón una alborada,
Algo alegre que siempre está cantando:
Espiritual, risueña, descuidada,
Parece que el azar la hizo jugando.

Y sin embargo, su mirada piensa.
Y en el fondo de su alma hay sensitivas.
Brilla una dulce claridad suspensa
En su rostro sensual de líneas vivas.

Todo su sér, toda ella es un halago,
Que hace soñar, cantar, enamorarse;
Tiene en sus ojos un deseo vago
De querer, de besar, de acurrucarse...

Y la adoro, la adoro inutilmente
Con una gran pasión... ¡Es de las mías!
Por su parte: le soy indifetente,
No conoce tal vez mis poesías!....

ROBERTO DE LAS CARRERAS.



La frase de don Arístides



Hacia un buen rato que las vecinas y comadres del conventillo esperaban la terminación de sus dudas. ¿Varón ó mujer? Y se cruzaban apuestas en ese raro *sport* femenino que inventó doña Superstición, la protectora de los tontos, que derrocha títulos para quitar sus derechos á la Santa Madre Naturaleza.

Predominaba, sin embargo, la opinión de que el primer vástago de los dueños de la Carbonería iba á ser una mujercita, porque *Misia* Felicidad Segura, anciana con horrible figura de bruja, que explotaba la ignorancia de esas pobres gentes, lo había pronosticado, diciendo que «no podía ser varón desde que ella había descubierto en los ojos de doña Martina, la carbonera, una cara de virgen; si lo fuera, tendría que haber visto la cara de un dios barbudo.» Y lo habían creído, con esa fe inquebrantable que es prima hermana de la estupidéz.

¡Rudo golpe para la fama de la bruja, cuando una de las mujeres del conventillo paseó con fuerte voz la noticia de que era *un machito* el recién nacido! Todas, en pocos segundos, rodearon á la mensajera, y aunque

ésta se afanó por darles la completa seguridad de que había «un hombre nuevo» en la Carbonería de la Sorpresa, ninguna le dió crédito, reservándose para cuando lo vieran...

Tenía que ser mujercita. Era imposible que se equivocara Misia Felicidad, que nunca dejó de adivinar la buena ó la mala ventura! ¿Cómo no hubiera visto la cara barbuda en los ojos de doña Martina?

Pero se equivocó. Fué un varoncito, una verdadera promesa de atleta, por lo rollizo y grandote, que no desmintió las bondades de su sangre. Hijo de criollo puro y de alemana, vino al mundo como un cartel anunciador, como un *affiche*—ahora están de moda—de tan buen mestizage, y que con el tiempo sería muy lindo lo aseguraron algunas conocedoras en materia de fisonomías, encontrándolo *igualito* á la madre, una hermosa y elegantona muchacha de veintitres años, con ojos claros de cielo y unos cabellos de oro que brillaban más, aún, en las perennes negruras de la Carbonería.

Los amigos de Agustín, el flamante padre, estaban congregados en un estrecho comedorcito y celebraban la llegada del primer hijo con una sugestiva francachela y una alegría digna de optimistas, para quienes son palabras huecas aquellas de «valle de lágrimas» ó «infierno perpétuo», que han colgado á la vida los llorones de todas las épocas. La amenidad era de ordenanza, y en medio á un verdadero tiroteo de galanterías, y felicitaciones, Agustín estaba emocionado, con esa justa emoción del artista á quien alaban su obra.

Entre los tertulianos, y por aquello de que «en tierra de ciegos es rey el tuerto», sumaba una buena

porción de famas el entonces cincuentón don Arístides, persona muy estimada en el barrio y que, de maestro de escuela *de campanillas*—como el mismo aseguraba—se había visto reducido á simple profesor de primeras letras allí donde le abrían las puertas para mostrarle el pan del día. Aunque sus largos sermones oficiaban de narcóticos entre los que algo entienden, y á pesar de que sus innumerables citas históricas se llevaban como perro y gato con la verdad, justo es decir que, en la Carbonería de la Sorpresa, á la reunión de cuyos dueños era infaltable, pisaba muy fuerte, como señor de peso y consejo. Por esta razón, cuando dió principio á su discurso sobre el porvenir del *iniciado*, hizo abrir tamañas bocazas con aquello de que.... «el jardinero es, en buena parte, responsable del éxito de sus flores; como lo fué Dios, del mundo; como fué Napoleón de las batallas de las Termópilas!...» Si hubiera continuado en el mismo tren de oratoria, á no ser por unas fuertísimas exclamaciones que, para bien del sentido común, se la cortaron. Como los gritos salieran del cuarto de la paciente, corrió Agustín en busca de la causa. Nada de particular: ocho ó diez vecinas partidarias de Misia Felicidad, que habían ido á cerciorarse de la cosa, y ofrecían, á voz de trueno, una manifestación hostil á la bruja, por haberles hecho perder sus vintenes y su fama de *clarovidentes*.

Mientras duró la ausencia de Agustín, don Arístides se ocupó en demostrar á los amigos, que el muchacho podría llegar muy arriba si sus padres le confiaban su educación. El origen, por *oscuro* que fuese, era lo de menos, porque.... Y resuelto, ya, é reforzar sus afirmaciones en ejemplos sacados de la historia,

un súbito pensamiento que brotó expontáneo de su viejo caletre al ver á Agustín que se acercaba otra vez contento como unas Pascuas hízole cambiar de rumbo. Tosió estudiadamente; echó el cuerpo hacia atrás; y accionando con durezas de autómata, como podría hacerlo cualquiera de los héroes de Vaucamson, continuó: «Porque debeis de saber, señores, que de lo más escondido del carbón surge el diamante, ignorado para muchos!» Y satisfecho de la frase y de su doble intención, inclinó la cabeza calva, agradeciendo la explosión de aplausos con que fué recibida.

Cuando Agustín se quedó solo, abismóse en una torturante duda por el porvenir de su primogénito .. Era padre y la frase del viejo don Arístides le había abierto los ojos más de lo que creyera el maestro!... Pero se calmó pronto; pudo más en su ánimo la casi verdad de que el diamante más hermoso sale del oscuro carbón.

Y corrió á su cuarto para besar al chiquitín.

II

Han pasado veintiocho años.

Permíteme, lector, la transcripción de un suelto que he leído en *La Democracia* de ayer. Dice así: «*Más laureles*—El joven y ya famoso doctor don Emiliano Martínez acaba de ganar en concurso, una de las cátedras más importantes de la Facultad de Medicina. Era de esperarse. Su celebridad como cirujano, ha traspuesto los límites de la patria, y en más de una revista extranjera su nombre de glorias se asocia al elogio de curas que fueron verdaderos milagros. En

nuestro pequeño mundo médico, el doctor Martinez es lumbrera, es genio y es apóstol: lumbrera que disipa muchas oscuridades científicas; genio que crea indicando nuevos rumbos á seguirse; apóstol que ejerce su ruda profesión con sentimientos en extremo humanitarios. Bondadoso y sencillo, como una criatura, nunca ha tratado de ocultar su modesto origen, dando ejemplo á muchos. En una de sus conversaciones con el director de esta hoja, le decía que hasta los diez años ayudó á sus padres, hoy fallecidos, en su negocio de carbonería.... ¡Del carbón surgió el riquísimo diamante engarzado en la joya valiosa de nuestra falanje médica!»

Con esta figura retórica termina el cronista su pequeño suelto.

El anciano don Arístides, agobiado por el peso de sus ochenta años, vive en la casa de Emiliano y es una reliquia para el doctor, que continúa en él, el cariño que tuvo á sus malogrados padres. Cuando Emiliano le llevó el diario y empezó á leerle en voz alta el elogioso suelto, gruesas lágrimas rodaron por las mejillas descarnadas del pobre viejo. Su emoción crecía poco á poco, y al llegar á la frase final, á la repetición de lo que él dijera en otro tiempo, una sensación de infinita alegría electrizó su cuerpo lleno de achaques y diciendo con dulce ternura: «¡Yo te lo pronostiqué, muchacho!» levantó los ojos al cielo, como queriendo preguntar á Dios si era verdad que lo había dicho!

ALFREDO VARZI.

Octubre de 1900.



Sin derechos

Como gladiador cansado
pierde las fuerzas el día,
perfumando su agonía
el fresco soplo del prado.
Queda el oriente pintado
por penumbras, con derroche;
y en actitud de reproche,
cuadrado el sol, de soslayo
recoje su último rayo
al presentarse la noche.

Con nuevo impulso verdea
la flora de la campaña,
quebrando con faz huraña
despojos de luz pigmea.
El pastizal parpadea
sobre la inculta colina;
y mientras todo declina
en las regiones campestres,
sueltan las aves silvestres
su plegaria vespertina.

Por apretado sendero
sale del monte un ginete
rompiendo el tupido brete
del pajonal majadero.
Mira, recela ... y ligero,
casi en pleno desvarío.
le tira al campo y al río.
por izquierda y por derecha,
una mirada de flecha
que va á sondar el vacío.

Es desertor. Su delito
le impone firme misterio
y huyendo del cautiverio
anda sin rumbo y solito.

Por las penurias marchito
busca saludable riego;
y en brutal desasosiego
cuando el sentimiento brama,
oye un rancho que lo llama
con clamoreos de fuego.

Allá va. Sabe seguro
que el sable lo pastorea,
que es desigual la pelea,
que es muy amargo el apuro.
Pero, gaucho fuerte y duro,
tiene un propósito fijo,
guarda un tierno regocijo
que lo arrastra desde lejos,
hay en el rancho dos viejos
que no los olvida el hijo.

Entre dudas y temores
pisa la choza querida
donde sembró su partida
desalientos y dolores.
Toca á sus progenitores
con sobresalto sincero;
y en el silencio campero
como indudable noticia,
salta una franca caricia
que se le escapa al matrero.

Es muy corta la visita
porque lo quiere la suerte,
pues un pampero de muerte
sobre su cuerpo palpita.
De la pareja bendita
se despide sin rudeza
y consumiendo entereza
para tornar al retiro,
monta bordando un suspiro
con hebras de su tristeza.

Así vuelve á la guarida,
conquista de independencia,
preparado á la violencia
y á vender cara su vida.
Nadie lo ampara ni cuida,
nadie le ofrece perdón;
que la carne de cañón
y el siervo de mil señores,
no tiene más defensores
que su astucia y su facón.

ELÍAS REGULES.



*
* *

Dicen que existe como en otros cultos
también en el amor
ídolo y sacerdote, que entre novios
cada cual será uno de los dos.

—¿Qué prefieres tú ser, el sacerdote
que adora con pasión,
ó ídolo que recibe indiferente
la constante, la eterna admiración...?

Ah! yo quisiera ser al mismo tiempo
el esclavo, el señor,
El sacerdote, el ídolo constante...
y si fuera posible .. el mismo Dios!

ADELA CASTELL.



Hojas del arbol caídas,

que descienden en el aire lenta y dolorosamente cual si imploraran la piedad del destino, como si no se resolvieran á abandonar una esperanza postrera; infelices hojas marchitas que fueran otrora verdes y lozanas; brillantes y numerosas ayer, mústias y sombrías ahora.

Juguete del viento son.

Del viento que ha provocado quizás su caída y que se complace en escarnecerlas, ora amontonándolas como si quisiera refundir sus tristezas, ora diseminándolas cual si se propusiera hacerlas padecer aún más de la nostalgia multiplicándola por la soledad; aproximándolas ya al árbol cuya sávia las nutriera, poniendo en contraste su bien pasado con su mal presente; arrastrándolas ya sobre la verde alfombra del prado que antes contemplaran tiernamente unidas á la rama, ó deslizándolas sobre la superficie del agua que ya no absorverán. ¡ Pobres hojas que han vivido !

Las ilusiones perdidas,

que se convierten en otras tantas penas, tanto más dolorosas éstas cuanto mas bellas y queridas aquellas fueran; dulces ideas que danzaban alegremente en nuestro espíritu y que se mueven ahora triste y pausadamente como al compás de una marcha funeraria; que aumentan el dolor de lo que es con la imágen de lo que pudo ser; coloridas mariposas revoloteantes que se han transformado en negros gusanos roedores,

Hojas son ¡ ay ! desprendidas;

arrancadas por un soplo del génio del mal, que las ha arrebatado y arrojado al azar. Ilusiones qué—cual las

hojas en otoño—vemos volar durante un momento en el espacio y bajan después tétrica y silenciosamente hacia la tierra, y que seguimos con los ojos empañados de lágrimas y el alma angustiada, viendo como esas tristes cosas que yacen muertas en el suelo donde el acaso las ha hecho tocar, fueron los acariciados ensueños, las dulces visiones, las rozagantes hojas del árbol del corazón.

ARTURO A. ZOPPI.

Buenos Aires, 1900.



EN EL ALBUM DE MARIA ISLAS

Si sufres, sufre callando
que en el mundo hay que saber
lo que es dolor é infortunio
para conocer el bien;
y si la negra desgracia
te acosara alguna vez,
con paciencia y con dulzura
sépala tu alma vencer,
que Dios recompensa al bueno
cuando lo alienta la fe;
y que en tu pecho inocente
no haya envidia ni desden;
quiere mucho al que te quiera
sin recelos ni doblez,
y habrás hecho lo que casi,
no hace ninguna mujer

AURA DE MARIA.



PAISAJE

La tarde va á morir: el sol poniente
Derrama sus más vivos resplandores,
Y hay un algo que flota en el ambiente,
Sutíl, como el perfume de las flores.



Hay un algo, preludio de tristeza,
De profunda y tenáz melancolía,
Que en lo más íntimo del alma pesa
Con toda su grandiosa poesía.

El viejo morador de las riberas,
Bajo el dosel de sus tupidas hojas,
Va á desplegar sus flores altaneras
Como un turbión de campanillas rojas.

Va á poblarse de sombras la floresta,
Va á perfumar la selva su atavío,

Como en las tibias horas de la siesta
Se aromatiza el *irupé* del río.

Van á surgir del seno de las hondas
Plateados peces de brillante escama,
Juncales de oro y encantadas frondas
Mucho más verdes que la misma grama.

¡Es gusto ver la nítida corriente
Con sus festones de nevada espuma,
Y allá lejos, flotando dulcemente,
Velos de sombras que la luz esfuma!

Es gusto ver la débil barquichuela
De blanca lona y enarcada quilla,
Como en los riachos presurosa vuela
Besando los palmares de la orilla;

Y como del remanso en los espejos
Combinan perspectivas hechiceras
La tarde, con sus cárdenos reflejos,
Los sauces, con sus largas cabelleras!

¡Es imponente arrobadora y triste
La indecible grandeza de esas horas
Que luchando, el espíritu resiste,
Con sus propios crepúsculos y auroras!

¡Un instante no más! y aquel celaje
Que fué un esbelto camarón de grana,
Va á sucumbir con su vistoso traje
Para volverse á engalanar mañana,

Lo mismo que de blancas ilusiones
Los insondables mundos de la mente,
Cuando huyen en tropel las decepciones
Y queda en calma el corazón doliente!

¡Mundo del Paraná, de excelsa vida
Y fecundante luz, con cuanto anhelo
Busco tu exuberancia no extinguida,
Tu noble paz y tu cerúleo cielo!

¡Con qué inmenso placer, con qué cariño
Tu esplendorosa magnitud contemplo,
Como la ciega admiración del niño
Las atrevidas cúpulas del templo!

¡Con qué gozo columbro en tu presencia
Todo lo ideal de mi pasada historia,
Cuando llena, de gracia, la existencia
Me brindaba sus cánticos de gloria.

Y bajo el techo de la patria mía,
Solio triunfal que engalanó mi cuna,
Venturosa la suerte transcurría
Con luz de sol ó claridad de luna!

Lampos del cielo azul, aves de paso,
Reminiscencias del edén querido,
Que tras breve existir, en el ocaso
De un reino que nacía se han perdido!

Inefable niñez, brisas serenas,
Costumbres puras, libertad buscada,
¿Dónde, decid, consolaré mis penas?
¿Dónde hallaré la juventud pasada?

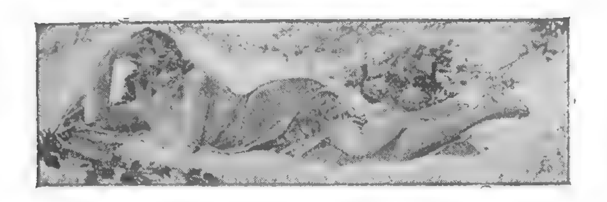
¿Dónde, la tierna idealidad del alma?
¿Dónde, la fe acrisolada y viva,
Si hasta mis noches de placer y calma
Pasaron, como el agua fugitiva?

Lo mismo tú, facinadora tarde,
Que irradiaste perfumes y colores,
Vas á ocultarte ya, donde no arde
Ni la luz en los últimos alcores.

Anhelas resistir ¡pero, es en vano!
Ya no hay cantos, ni besos, ni armonías...
Que tú también, como el cerebro humano,
Tienes tus horas de quietud, sombrias!

Eugenio C. Noé.

Buenos Aires, Noviembre de 1900.



En la Playa

En su opulento río, en el cual cifra su orgullo, báñase nuestra ciudad sin ningún recato, para conservarse lozana y juvenil como mujer sensual que roba al agua el secreto de su frescura voluptuosa é incitante. Las playas, que son blancas como el cabello en que cuarenta años ha nevado, movibles, undosas, parecen enormes crenchas empolvadas que se extienden por los flancos de la coqueta mujer, á las que á menudo el sol reviste de polvos de oro.

La de Ramírez es una playa victoriosa. En ella es más vivo el cabrilleo de la luz y son mas lentos los desperezos del río.

En esta linda tarde de Diciembre, como nunca pesados, entre el retumbo marcial de cascos y el alegre tintinar de cascabeles, circulan los tranvías en un vaivén incesante.

El mar, murmurador como las damas, fuerte como las pasiones, indomable como la carne, solloza bajo el gran muelle cargado de mujeres de pintoresco ropaje: muerde febril los soportes, quiere despedazarlos, para poder, en el tumulto del desplome, abrazar á todas juntas.

«El mar!... —me dice una rubiecita, mirándolo con reproches,—se parece á mi novio.» Y seguiría pensando que cada ola ha envuelto su cuerpo, hace un instante, como una gran caricia, que cada ampo de espuma



estallaba cual beso lujurioso al tocar su piel rosada.

La brisa ensancha las almas. Al oleaje del río, acompaña otro oleaje de bienestar y placidez arriba.

Observo que al pasar los tranvías junto al baño de los hombres, las niñas vuelven el rostro hacia el lado de la tierra. «¡Dios mío! ¡Dios mío!» suelen decirse, con

desmayada vocecita... Los carros blanqui-azules, los de las tres mulitas casi acuáticas aguardan en fila dentro del agua. De las casillas bajan y suben tiritando los bañistas... Verdad que no es muy poético el radio hombruno: todo es huesos salientes, brazos peludos, caídos de hastío; espaldas que parecen hechas de lata; vientres sumidos, chatos como un plato llano; vientres inflados, enormes, que semejan tambores sobre un par de palillos retorcidos con ira por un cabo de banda lisa.... «¡Dios mío! ¡Dios mío!» continúan exclamando las mujercitas....

Indiscretos cuchicheos, visuales rectas y finas como un rayo de sol, forman inoficioso broquel al baño de las señoras. Con las blusas de mar, aprisionada la cabellera por gorritas de hule, bailando en las pantuflas los piececitos, descienden una á una los sugestivas bañistas. En el último peldaño se detienen, y observan con fijeza al encrespado amante, mientras la brisa atrevida infla y ciñe á su albedrío los pantalones azul marino. Luego, levantan un pie, hunden su extremo en el agua, y lo retiran con viveza dando un gritito agudo. Así, poquito á poco, sumergen la primera pantorrilla. Después, de pronto, se entregan en un salto impresionante. De este modo hacen su inmersión todas: las de cuello grueso y torneado, la regordeta que baja lentamente, las esbelta y ágil que salva los peldaños de dos en dos. Las señoras jóvenes, cuya pereza singular cautiva, suelen también mostrarse esquivas y caprichosas con el agua. Pero algunas, de blandura de pan, graves como una foca, siguen la marcha impasibles y se sumergen con movimientos regulares y firmes.

En el último grupo que invadió las casillas, reco-

nozco á Aída. Viste un precioso traje color rosa, adornado de tules; lindísima capota de sutil pajilla con flores que parecen recien cortadas, cintas de raso y una gran pluma blanca, airosa, que se riza con garbo y brilla como seda.

Cuando reaparece su cuerpo oscila y avanza con embelesadora nerviosidad, al sentirse dentro de la holgada vestidura azul. Coqueta siempre, desdeña la insinuación de las olas, las quiebra con sus pies, que bruscamente eleva; chapotea, golpeándolas de plano; quiere arañarlas con los pequeños dedos tan cuidadosamente desarmados. Por fin, se azota, estallando toda ella en una carcajada, con salto de jaguar.

Surge tras breve instante, contraídas las facciones, indignados los labios contra el líquido salobre; tiende bizarra el busto, mueve los brazos como si los desenredara de la cabellera, y comienza á nadar con soltura y aplomo. Se aleja de las dèmás compañeras, que en sinfonía infernal se mantienen asidas á las cuerdas, temorosas de las traiciones. Se aleja más. El botero rema despacio mar afuera, de pie ante tanta osadía, endurecida su vieja cara de zorro. Aída se detiene un momento, *en plancha*, en la soledad deliciosa adonde la condujeron sus brazos, y emprende majestuosamente el retorno. Las compañeras, quietas, calmando el propio bullicio, la contemplan con sacudidas de miedo. De rato en rato, sobre curvo lecho, su cuerpo esbelto se perfila, con vaivén de canoa, y evoca algún ligero esquife azul pintado sobre el mar, con fondo de un bello cielo iluminado suavemente por el sol que muere en punto opuesto.

Cuando llega ya el cuadro de bañistas, halla, muy sorprendida, una joven alta, gruesa, de simpática pre-

sencia, que salía de su casilla y la observa con curiosidad impertinente.

Aída se resuelve á subir, acude á ver sus prendas; reaparece enseguída, chorreando agua, y todas las bañistas se enderezan con espanto siguiendo su ademán desesperado, inacabable, que señala la joven alta, marchando muy de prisa hacia el tranvía, ondulante el vestido color rosa bajo los tules blancos, coqueteando con los reflejos del sol y con los besos de la brisa la gran pluma rizada...

Constancio C. Vigil.



Para mi epitafio

Tuvo un mundo de ensueños en la mente,
i no lo comprendieron... Con la Gloria
probó la ingrata hiel, i su victoria
fué la explosión de un sol sobre una frente.

Amó,—¡pobre poeta!—y la creyente
deidad de sus amores fué ilusoria:
soñó la cumbre ¡i se arrastró en la escoria!
triunfó ¡i la Envidia lo azotó inclemente!

Perdió á sus padres, i la pena amarga
le deparó una cruz! Bajo la carga
del Dolor, bamboleó como un estambre,

pero siguió de pie.. —¡loco invencible!—
i soñando con todo lo imposible
nació poeta i se murió de hambre!

Manuel J. Sumay.

En Buenos Aires 1900—Primaveral.



LAS OJERAS

Amo los ojos tristes que nadan en ojeras.
teñidas de un profundo violáceo episcopal;
amo esos ojos tristes que baten como eras
los repetidos pasos del delirio sensual.



Ojeras son adelfas que por la noche crecen
y al beso de la aurora se despliegan en flor;
y ojeras son las manchas que en los ojos florecen
después de una gran noche de inagotable amor.

Por eso amo las tristes pupilas dilatadas
por cercos voluptuosos de tintes de abedul:

son bellas y deseables las ojeras moradas,
y son aristocráticas las de color azul.

Mas no las dolorosas ojeras espectrales
que imprimen las caricias del llanto y del dolor;
tampoco esas ojeras sin brillo, artificiales,
que se hacen las coquetas para implorar amor.

Sino las que amanecen bajo los ojos cálidos,
de las niñas que leen los cuentos de Mendés;
sino las que dan vida á los semblantes pálidos
de las que el novio besa por primera vez.

Las ojeras que adoro son las que Amor ha hecho;
son las que ungen los párpados de un esmalte lilial;
son esas manchas tristes que al tirarse del lecho
se encuentran las sonámbulas del Príncipe Ideal.

Y son, también, querida, los círculos que anegan
tus ojos cuando muerdo tu grácil seno en flor;
son las maravillosas ojeras que te ciegan
después de estar conmigo una noche de amor...

OSCAR TIBERIO.

La Plata, 1900.



OROS SON TRIUNFOS

Tras de ponerme en un potro
amándola á troche-moche,
me dejó Celia por otro
sujeto que arrastra coche.

Tal premio á mi amante fé
me hace que viva trinando;
¡ dejarme á mi por lo qué
va por las calles rodando !

CÁRLOS CANO.



ENTRE DOS LUCES



Dió un traspiés y, bruscamente, como cuerpo muerto á quien falta apoyo, volvió á caer sobre la silla, donde quedóse de nuevo inmóvil. Luego, después de apurar con mano torpe y temblorosa el líquido que aún quedaba en la copa, miró unos instantes á su alrededor, con sus ojillos pequeños, ojos vidriosos y centelleantes de borracho que curiosea.

Frente á él, sobre la mesa de pino sucia en que se veian diseminadas algunas copas y dos ó tres botellas vacías, últimos restos del pasado festín, la vela continuaba ardiendo con su parpadeo contínuo y tembloroso, que hacía danzar, continuamente, disformes sombras á lo largo de la pared desnuda. Una cargante somnolencia flotaba allí dentro, y en medio de la penumbra, bajo la humareda azul del tabaco, dos ó tres siluetas de borracho negreaban medio borrosas en sus actitudes ridículas, como grandes sombras chinescas trazadas sobre un lienzo ligeramente esfumado.

Entonces, Pedro, con su voz pastosa de borracho á quien el alcohol hace hablar, interrumpió aquel silencio, volviendo otra vez á su monólogo.

—Digo y repito... hip... que esta situación, ya es insostenible. ¿A donde vamos á parar?... Acaso el mundo está hoy... hip... patas arriba, ó es que los hombres somos unos... hip .. bestias? ¿Hasta cuándo los pobres dependerán de los ricos ..? ¿Hasta cuándo el obrero dependerá de los... hip .. burgueses ..? ¿Hasta cuándo los pueblos, las naciones, los países civilizados, continuarán bajo el yugo opresor de los reyes, de las monarquías, de los caprichos de cualquier gandúl que se crea todo un Dios porque hip... se le antoje llamarse fulano *I*, fulano *II*, fulano... hip... Sí, hay que hacer lo que yo digo; es necesario: la venganza, la terrible *vendetta*, se impone. Los reyes, ¡abajo!... las monarquías, ¡abajo!... las dinastías, ¡abajo!... los ricos, ¡abajo!... los burgueses, ¡abajo! Todo el mundo muerto, aplastado, acuchillado, guillotinado, descuartizado, achicharrado....

Tuvo que interrumpirse y tomar alientos. Tenia la nariz dilatada, los ojos salidos de las órbitas, las duras venas de la frente, enormemente bidrópicas. Un gran silencio hízose en la sala. De codos sobre la mesa, rígidos é inmóviles, los otros borrachos dormian profundamente, y frente á ellos, con la naríz pegada al mostrador, el tabernero también dormía. Entonces, tras breve pausa, Pedro, con la voz siempre entrecortada por el hipo de la embriaguéz, prosiguió:

—¿Acaso todos no somos iguales?... Acaso á todos y á cada uno de nosotros no nos asisten los mismos derechos?... Sí, hay que hacer un escarmiento... hip... un castigo... hip... ejemplar. Las circunstan-

cias así lo imponen. Verdaderamente, francamente... hip... hace falta otra Comuna, una gran revolución que transforme completamente la faz del... hip... mundo. Sangre, mucha sangre... hip... arroyos de sangre... hip... porque, de no ser así...

Hablaba, hablaba siempre, con esa obstinación propia del borracho que siente la necesidad de hacerse oír, de desahogar su corazón contando las penas, las necesidades, las ambiciones, todos los sufrimientos hasta ese entonces tan pacientemente callados. Y, en la taberna dormida, llena de humo, de sombras y de sueño, la voz aguardentosa de Pedro se escuchaba siempre.

—¡Oh! el gran día, el día de las reivindicaciones del pueblo, el día de la verdad, de la justicia, del libre goce de los derechos del... hip... hombre, llegará, sí, llega—hip... rá. Y que felices seremos entonces nosotros, los pobres, los que hasta ahora no hemos sido sino víctimas de los... hip... burgueses... ¡Oh! pensar que yo también he de tener dinero, riquezas, oro á puñados.. ¡Que tendré casa propia, y mis carruajes y mis... hip... queridas...! Y las tendré, sí señor; vaya si las tendré! Morenas, de ojos negros, de... hip... sí, así es como me gustan, como las deseo, como siempre las he deseado, como las... hip... las... hip... laaas...

Calló de nuevo, vencido, extenuado esta vez por aquella oratoria repentina, por toda aquella hemorragia de frases incoherentes, de ideas revolucionarias y de ambiciones ocultas, que desde hacia largo tiempo, él sentía bullir allá en las obscuridades de su cerebro embrutecido, y que sólo esa noche, gracias al alcohol, había logrado exteriorizar. Y entonces, enardecido,

jadeante, ya sin fuerzas para proseguir, paseando una última mirada por la sala silenciosa, mirando por última vez á los compañeros inmóviles, dormidos en sus grotescas posturas allá en los bancos, Pedro probó á levantarse. Al principio le fué imposible mantenerse de pie; sintió que el suelo le faltaba y que cuanto á su alrededor había entregado á frenético baile envolvíale en estrecho círculo; pero pasada esta primera impresión, logrando dominar aquel contínuo extremecimiento que le agitaba las piernas, de repente, dando uno ó dos traspiés, sin saber como se encontró en la calle.

Amanecía. Una claridad temblona caía del cielo pálido, emblanqueciendo con suaves tintes las mudas fachadas de los edificios, el blancuzco empedrado de la calle, que recta, íbase á perder allá á lo lejos.

Y bruscamente, allí fuera, ante la difusa claridad del alba, Pedro, en medio de su embriaguéz, de las bocanadas de locura que aún le subían al cerebro, pareció tener un momento lúcido.

—Cómo, ¿es día ya? —exclamó mirando asombrado y con la boca abierta la roja franja que teñía de púrpura el horizonte lejano. Se detuvo aún un momento, y erguido, agigantado todo su sér por un esfuerzo último, amenazó con el crispado puño á algo que no se veía, á algún enemigo invisible y oculto.

Allí fuera, en medio de la ciudad dormida y ya próxima á despertar, Pedro acababa de tener la brusca visión del taller, las doce horas de labor ruda que le aguardaban junto á un hornillo, cuyas rojas fauces, nunca saciadas, siempre le pedían carbón, carbón, siempre carbón.......

JUAN PICÓN OLAONDO.

Crepuscular

Enviando el risueño Febo
Su último beso al paisaje,
Ocultóse lentamente
Tras los añosos pinares



Los azahares se deshojan,
Las rosas blancas se besan,
Y el ambiente se perfuma
Con jazmines y violetas.

Y van cruzando ligeras
Empañando el azul cielo,
En grupo, las blancas nubes
Impulsadas por el viento.

Aparece entre las nubes
Alguna pálida estrella,
Mientras lanza entre el follaje
El zorzal dulces endechas.

Ya la voluptuosa reina
De la noche se levanta,
Y acaricia con sus flecos
Mi frente ¡ay! tan mústia y pálida!...

Cuánta belleza en el cielo!
Cuánta poesía en la tierra!
Aquí perfumes y trinos,
Allá nubes, luna, estrellas.

Y ante el sublime paisaje
Mi corazón ¡pobre enfermo!
Deleitado se extremece
Y hacia la cumbre alza el vuelo.

Ernestina Méndez Reissig.

Montevideo 1900



Fabula

Por hablar una noche con Engracia,
Que estaba en un balcón de su jardin,
Á las débiles ramas de una acacia,
Se subió Valentin;
Y cuando vislumbraba un paraíso,
Su amante corazón,
Quebrándose las ramas de improviso,
Se rompió Valentin el esternón.
Tratándose de damas,
No es conveniente andarse por las ramas.

Cárlos Cano.



FELIZ DESENLAGE



La oración de los trinos desgranaba sus perlas invisibles, y ténues celajes sonrosados pendian de la azulada limpidez del firmamento, cuando escuchó la cándida rosa, ruborizada y estremecida, el lenguage del jazmín, blando como un suspiro.

—No puedo ocultar á usted por mas tiempo, el amor que me ha inspirado, susurró con vehemencia.—Dígame que acepta usted mi amor si no quiere hacerme el más desventurado de los séres.

Emocionada, iba á contestar la rosa á su enamorado galán, cuando observó que un presuntuoso mirasol, que se erguía á corta distancia, la miraba con desdeñoso gesto, lo que aumentó su natural timidez.

—Qué feliz me siento, repuso el lilial enamorado, sin reparar en la desairada actitud del mirasol—pues, creo adivinar á través del pudor de su faz que corresponde usted á esta pasión que me consume.

Si es asi, que el beso selle nuestro cariño.

—¡Me parece muy pronto!—se apresuró á contestar la rosa llena de pudor.

—¡Aprovechemos estos preciosos instantes!.... ¡Es

tan efímera nuestra existencia! ¿Vé usted aquellos jóvenes que se encaminan por este sendero?.... Pues bien, mire cuanta felicidad irradia en ellos, entregados á las sublimes caricias que les brinda el amor. ¿Y porqué no hemos de imitarles tambien nosotros?... ¡Oh, como esplende la tierna sonrisa de la novia!.... ¡Y no es poco linda que digamos!....

—Parece usted un poco enamorado—interrumpió un tanto picada la rosa.

No, es cuestión de estética—contestó el jazmin, satisfecho, al ver despuntar el estímulo de los celos.

Después, con el más tierno de los susurros, prosiguió:

—Acércate, mi gentil amada; mece al soplo de la brisa tu esbelto talle que quiero apagar la sed devoradora de mi amor en la frescura sonrosada de tus pétalos, besándolos enagenado. Cuánto te amo, ¡oh, rosa mia!

Vencida ésta, por fin, antes las tiernas súplicas de su pálido galán, acercábase á él, meciendo su flexible tallo en las blandas alas de un cefirillo que acudió á su llamado; iba el dichoso jazmin á posar el anhelado beso en la vívida faz de la rosa cuando se sintió arrancado, de pronto, del gajo en que florecía.

¡La novia que pocos momentos antes admirara, era quien lo alejaba de allí para ostentarlo en el pecho!

Dos lágrimas de rocío desprendidas de los pétalos de la rosa expresaron lo profundo de su mudo pesar. El mirasol, que hasta entonces, había permanecido en la arrogante actitud de su desdén, exclamó con enfática entonación:

—Veo que le ha afectado á usted la inesperada ausencia de ese amartelado jazmín.... Me parece que hace usted muy mal en llorarle, pues, he creído

adivinar, que jamás ha tenido buenas intenciones para con usted....

Un movimiento de desprecio de la rosa, justamente ofendida, obtuvo por repuesta el mirasol.

—Qué mal carácter tiene usted, prosiguió éste, con ironía. Lo siento por la rósea frescura de su rostro que veré marchitar prematuramente. ¡Bah, no la creía á usted tan tonta!

—¡Respétese á esa dama!—gritó rojo de ira un malvón abrogándose la defensa de la infeliz rosa.

—¡Hola!—dijo el pedante mirasol, mirando siempre hácia las alturas, ¿qué se le ofrece á ese pigmeo?

—¡Pigmeo yo!—gritó, por segunda vez el malvón, herido en su amor propio. ¿Pigmeo porque florezco á menos altura que usted? Pues sépase que nada tengo que envidiarle, mal caballero, y que me reiría de usted si no provocaran mi compasión sus ridículas pretenciones, con sus eternos visajes hácia el firmamento.

—¡Soy como las águilas que clavan sus pupilas en el sol sin pestañear! ...

—Ja, ja, es lástima que le falten á usted las alas para volar de aqui, haciendo asi gracia de su presencia á esta tímida rosa.

—¿Y usted que sabe!, exclamó furioso el mirasol —¿Acaso se cree usted el preferido de su amor?

Esta vez, confundido el malvón, no supo al pronto que contestar. Luego, algo mas repuesto, iba á hacerlo, cuando el tierno lenguaje de la rosa le impuso silencio.

—¡Ah, suspiró ésta, lamentando su desdicha—pensar que cuando, mezclando mis besos con los efluvios de mi tierno jazmin, iba á vivir una eternidad en un segundo, lo alejan de mi lado! ¿Ignoran, acaso,

esos enamorados que nosotras tambien tenemos corazón? ¿No comprenden que suspiramos de amor, tambien nosotras, al exhalar nuestros perfumes?.... ¡Ah, Dios mio, qué desgraciada soy! ..

— Deje esos remilgos, que le aseguro le sientan á usted muy mal, díjola el despiadado mirasol en su despecho insano.

Después, con increible pedantería agregó:

—Haría usted muy bien en olvidar sus pasados amores y aceptar el afecto que le brinda éste preferido del sol....

— ¡Jamás!, respondió la rosa con la más rotunda de las negativas.—¿Ignora usted que las rosas amamos una sola vez en la vida?

— Pues, ha de ser usted mía de grado ó por fuerza, exclamó fuera de si, el porfiado mirasol. Y en prueba de lo que digo ahora mismo voy á besarla.

¿No le bastaba á la desdichada rosa el inmenso pesar de su infortunio? ¿Tendría aún que soportar la vergüenza de verse vejada por aquel ridículo personaje?

¡Qué infeliz era, ni aún su dolor se respetaba!

Y viendo ya próxima á ella la faz cetrina del mirasol que se mecía aprovechando lijera brisa, considerábase la mas desventuradas de las rosas, cuando, de pronto, al ver regresar por el sendero vecino á la pareja de enamorados que poco antes le habían robado su felicidad, sus pétalos recobraron nueva vida y animación, como si un soplo de vital frescura hubiese removido la sávia de todo su sér.

¿Era la presencia del jazmin entrevisto en el ajustado corpiño de la novia? ¿Había adivinado la feliz in-

tención del apuesto doncel al posar sobre ella su cariñosa mirada?

¡Misterio!

Un instante después la enamorada rosa pasaba de las manos del jóven al seno de la doncella, junto á su pálido jazmín, en medio del asombro del mirasol y de la alegría del malvón.

¡Por fin podían mezclar confundidas las suaves fragancias de sus nectarios. La Providencia siempre generosa, recompensaba la pureza de aquellos amores, dándoles por lecho nupcial el casto seno de la novia!

Y mientras en aquel postrer momento crepuscular se esfumaban los últimos reflejos del dia, hondas arrugas contraían el ancho rostro del mirasol, como si el peso de un gran desengaño lo aniquilase, en tanto que el malvón en su inmóvil actitud, parecía meditar...

FRANCISCO G. VALLARINO.

Rosada y Blanca

Rosa rosada y divina como una rósea ilusión.
Yo te he soñado un ensueño con forma de flor hermosa;
¡Ama y sueña flor de ensueño, rosada y divina rosa,
Rosa rosada y divina como una rósea ilusion!

Blanca como una nevada de niveas flores de nieve,
Las Primaveras más blancas te dan su amor halagüeño;
Te dan los cisnes más blancos, lirios y espumas de ensueño,
Y los ensueños más níveos te dan espumas de nieve.

Rosada y divina rosa, ¡ríe, perfuma embalsama;
Sé cisne, lirio y ensueño, rosa y éter, nieve y bruma,
Una rosa que perfuma y un ensueño que embalsama!

Divina rosada rosa, ¡suspira, perfuma y ama;
Sé un ensueño que embalsama y una rosa que perfuma;
Sé cisne, lirio y ensueño, rosa y éter, nieve y bruma!

JULIO HERRERA Y REISSIG.

Sol en Sagitario M. C. M.

Los no me olvides

(DEVOLVIENDO UNAS FLORES)

Y ya todo pasó.....Mis ilusiones
y tus frases de amor que ahogara el llanto,
se fueron arrastradas por el cierzo,
por un cierzo que mata: el desencanto.

Te devuelvo esas flores. Están muertas,
cual muerto está el cariño que tuviste;
el mismo Invierno que agostó las flores
heló también tu amor, que ya no existe!

Ya fui feliz. Te quiso mi alma tanto!...
Tan grande fué el Placer cuando me amaste,
tan bella la ilusión de poseerte,
que hoy es justo el dolor ¡si me olvidaste!

Porque mi alma se encuentre destrozada
no me quejo de tí, ni te acrimino;
no puede ser culpable la que adoro!
Si existe algún culpable es el Destino.

Pasaron los instantes de ventura,
pasaron sin dejar ni fe ni calma;
¡cuánto fuego quemó tu ardiente pecho!
¡Cuánta ceniza quedará hoy en tu alma!

Me basta tu recuerdo. No te exijo
que conserves la fé que me juraste
yo no puedo desear cariño esclavo,
ni pedirte un amor que profanaste.

Más, conserva esas flores. Están muertas,
cual muerto está el cariño que tuviste;
el mismo Invierno que agostó las flores
heló también tu amor ¡que ya no existe!

EDUARDO DIEZ DE MEDINA.

Bolivia, de 1900.



Domingo Laporte en su estudio

TUS OJOS

Los he visto en la noche del «Fausto»
Con su centelleo
De un íris cobalto, que irrádia
Fulgor de lucero.

Con el ópalo real, de que viste
Azul firmamento,
Ha rodeado tu obscura pupila
Preciado fragmento.

Que en el mundo no hay piedra preciosa
Que iguale en destellos,
A tus ojos, brillantes y azules,
De azul de los cielos.

En mi pecho, sediento de goces,
No vierten contento
Si no expresan deliquio de amores
Tus ojos, tan bellos.

Esos ojos que, zarcos, esmaltan
Tu rostro hechicero,
Y que encierran en marco de oro
Tus rúbios cabellos.

Esos ojos brillantes que lanzan
Miradas de fuego;
Esos ojos que al alma que llora
Le mandan un beso.

Esos ojos serenos que callan
Lo que hay en tu pecho,
Es seguro que sueñan y viven
Amando en silencio.

De sus largas, pobladas pestañas
Tupido es el velo,
Más no oculta que guardan tus ojos
De amor un misterio.



Con su azul aureola, tú dices:
« Insomne no duermo! »
Como el bardo, que cruza el lejano
País del ensueño.

Ojerosos, delatan una ánsia,
Amores ó celos?
¿ Tendrás tú compasión del que vive
Por ellos enfermo?

Ah! dichoso, mil veces, quien pueda
Saber el secreto
De esos ojos, rasgados y azules,
De azul de los cielos.

Los he visto en la noche del «Fausto»,
Margarita de rubios cabellos:
Ellos son la esperanza del bardo
Vagaroso del país del ensueño!

ADRIANO M. AGUIAR.



SEPIA

A Manuel J. Sumay, en Buenos Aires.

A la luz difusa que despide un astro
Y entre los perfumes de áuras tropicales,
Una linda barca de oro y alabastro
Corre de un arroyo sobre los cristales·

Fulgor opalino de trémulos cirios
Semeja la estrella con la luz que fragua;
Son hostias temblantes los nevados lirios
Que copia el espejo movible del agua.

Un gallardo joven de amores requiere
A una bella niña de flotante traje;
De un divino Apolo, el de Velvedere
Parece tomado su rostro de paje.

Ella es blanca y pura como una camelia;
De pasión su pecho nevado palpita.
Tiene los cabellos rubios como Ofelia
Y á Fausto se rinde como Margarita.

Encanta, seduce su forma divina,
Que la humana forma ni eclipsa, ni empaña;
Tiene el pié pequeño como hija de China
Y grandes los ojos como hija de España.

Dejan en su espíritu imborrable rastro
Las frases del joven, tiernas, pasionales,
Y en tanto la barca de oro y alabastro
Corre de un arroyo sobre los cristales.

MAX SOTOLTALL.

San José de Costa Rica, 1900.

La Oposicion

(Apuntes)

En nuestro país se piensa respecto de la oposición asi:

Que si el Gobierno es bueno para la opinión de la mayoría, ó de la que parece serlo, es un deber tener oposición; y si la hay ella es forzosamente injusta y mala.

Y vice-versa: si el gobierno es malo para esa mayoría, la oposición que se le haga es toda buena y lícita.

Esto prueba que estamos en política mas ó menos á la altura de los súbditos de S. M. Rannaralo, ó de cualquier otro monarca africano sin protectorado europeo.

Y, á cuántos extraños lleva esa ridícula y empecatada opinión que nació con la independencia de éstos países, si es que antes no existía! (1)

La oposición, la crítica, es saludable y conveniente; es el contrapeso necesario para mantener el equilibrio en las fases difíciles que abundan en el camino de todos los gobiernos humanos, como tales expuestos á error.

—

La oposición representa en ciertas cosas á Sancho Panza, es decir al sentido práctico, bajo, material, pero no despreciable ni mucho menos; y en otros re-

(1) Véase Alberdi en sus referencias al régimen de la prensa, durante la época revolucionaria.

presenta á don Quijote, todo idealismo, ilusión, arrojo impremeditado.

Pocas veces se encuentra en los gobiernos á Sancho y á don Quijote departiendo de acuerdo y con in-



fluencias mutuamente aceptadas para dirigir los negocios de la ínsula barataria.

—

Lo difícil para la oposición es comprender su papel en cada situación. No ser una perpétua contradicción ni una alabanza indeclinable para los gobiernos ó para los individuos.

Más peligroso puede ser el elogio inmoderado é inconciente que la crítica apasionada é injusta.

Y asi como un Padre de la Iglesia dijo que eran oportunos los herejes (*oport heresses esse*), puede decirse que conviene la oposición y conviene la crítica, á los gobiernos ó á los individuos mejor intencionados ó mas llenos de sabiduría y experiencia.

Rechazar la oposición sin considerarla, negar el derecho de criticar, es una soberbia faltal, que anda cerca del engreimiento de los que se creen infalibles, omniscentes y todo poderosos, y marchan sin oir ni mirar á estrellarse contra un obstáculo que hubieran podido apartar con un esfuerzo insignificante.

—

Digna de recordarse es una declaración de Juan Cárlos Gómez en uno de sus mejores artículos: «Jamás dije á la discusión no me cruce el camino.»

Ella revela el amor de la verdad y de la justicia que en el espíritu del ilustre escritor se sobreponia á la confianza en su razón y en su inteligencia.

La discusión que se cruza en el camino, puede ser muchas veces un obstáculo puesto con mala intención, pero tambien suele ser como una de las señales que indican peligro ò dirección segura.

—

Tambien es oportuno citar á los que no aceptan oposiciones ni críticas, este pensamiento de sabiduría profunda y más expresivos que el semejante que trae Spenser en sus *Primeros Principios*:

« La verdad y el error no se pueden separar nunca

con un corte tan preciso que á una parte corresponda solamente la una y á la otra el otro.»

—

En muchas ocasiones, un idiota, que ageno á las agitaciones de la vida común, presencia un desfile con mirada vaga, ve más que los que van envueltos en el tumulto.

—

Y sobretodo, debe tenerse en cuenta que, cuando no se permite acusar ni señalar públicamente y con responsabilidad los defectos ó errores, esa invencible tendencia de las gentes á la crítica, se desahoga en forma de calumnia, más peligrosa y más inmoral, como lo indicó muy bien Macchiavelli en sus comentarios sobre la Primera Decada de Tito Livio.

B. Fernández y Medina.

Octubre de 1900.



Epigrama

Al confesarse contrito
Un banquero muy obeso,
Con mucha prudencia y seso
Le preguntó Fray Benito:
—Dime, infeliz, ¿por qué robas?
Y él respondió sin ganas:
—Padre, flaquezas humanas
¡Y pesaba doce arrobas!


X.



OLEOGRAFIAS

I

DE AIBA

Pára Julio Herrera y Reissig.

Flota un blandó perfume. Junto al lecho
mi novia calza su escarpín de seda;
y, como Venus de la espuma leda,
surge sonriente del nidal deshecho.

Sus bronces y sus lakas en acecho
la astiban desde el piano. Ella se enreda
los cabellos dispersos, y se queda
contemplando las formas de su pecho.

Una sonrisa espléndida ilumina
su virgíneo semblante de alabastro
con arreboles de carmín de China.

Y atraviesa el boudoir, dejando un rastro
de claridad exótica y divina,
cual si pàsase entre la sombra un astro!

II

BAJO - RELIEVE

Para Gonzalo Jiménez.

Gravita un sol de fuego. En el boscaje
se enlazan con las sombras sus albores,
y entona el aura una canción de amores,
y deciñe Afrodita su albo encaje.

Hondas palpitaciones la salvaje
naturaleza contaminan. Flores

de lúbricos espasmos gemidores
agitan el cerámico paisaje.

Bajo un dosel de mirthos, la tribada,
de espaldas sobre el musgo somnolienta,
desnuda exhibe su combés rosada.

Y en un recodo del jardín festivo
la acecha, con su máscara sangrienta,
lleno de envidia, un sátiro lascivo!

HORACIO OLIVOS Y CARRASCO.

Valparaiso, (Chile) 1900.



LO ETERNO

A mi distinguido é inteligente amigo, Francisco G. Vallarino

Estoy en el parque. Medita la luna.
Su polvo de plata sacuden las fólias.
La luna, la novia del hijo de Etíolo
Simula un gran disco de níveas magnolias.

Descansa en un plinto de mármol, la estátua
De Hebe, la eterna magnífica diosa.
Un Hércules blanco, parece que mira,
El pliegue de pétalos de púdica rosa.

La puerta secreta del viejo palacio,
Se abrió de repente, dos formas cruzaron
Debajo las copas color de topacio. . .

La luna en el cielo miré deslizarse;
Y al pie de la estatua marmórea de Hebe,
La púdica rosa miré deshojarse.

ELISEO RICARDO GOMEZ.

En Montevideo, 1.00.



Historia

De una pulga buena y un rey malo

Erase una vez un rey malo que hacía muy desgraciado á su pueblo. Todo el mundo lo detestaba; y las personas que él enviaba ó que mandaba matar, de buena gana le hubieran zurrado la badana. Pero, ¿cómo hacerlo? El era más fuerte, era dueño, no tenía que dar cuenta de sus acciones á nadie, y cuando le decían que sus súbditos no estaban contentos, respondia: « A mí, ¿qué se me da? ¡Poco me importa!» Lo cual es una respuesta muy fea.

Como continuaba desempeñando su oficio de rey, y de día en día se volvía más malvado,, una pulga, que no valía gran cosa, se puso á reflexionar sobre el asunto; pues eso si, tenía un buen corazón. Las pulgas, por lo regular, no son así, pero ésta había sido muy bien educada y no picaba á las personas sino con moderación, y solamente cuando tenía mucha hambre.

—¡Si yo pudiera corregir al rey y hacerle entrar en razón, se decía la pulga: ello es peligroso, pero no importa. Probemos.

Llegada la noche el perverso rey, después de haber hecho toda clase de cosas malas durante el día, se fué á dormir tranquilamente, cuando sintió una picada semejante á un alfilerazo.

—¡Pica! refunfuñó y se volvió del otro lado.

—¡Pica, pica, pica!

—¿Quién me pica así? preguntó el rey con voz terrible.

—Yo, respondió una vocesita casi imperceptible.

—¡Tú! ¿Quién eres tú?
—Una pulgita que te quiere corregir.
—¡Una pulga!... Espérate, ahora verás.
Y el rey saltó de su cama, levantó el cubertor, sacudió las sábanas, todo lo cual fué inútil, porque la buena de la pulga se había ocultado entre la espesa barba real.
—¡Ah! ya se ha ido, dijo el rey; ahora podré dormir bien.
Pero apenas hubo reclinado la cabeza en el almohadón ...
¡Pica!
—¡Cómo! ¡Qué! ¿Otra vez?
Pica que pica.
—¿Te atreves á volver, abominable bicho? Reflexiona lo que estás haciendo. No eres mayor que un grano de arena, y te atreves á picar á uno de los reyes más poderosos de la tierra.
Y á mí ¿qué se me da? ¡Poco me importa!, replicó la pulga remedando al rey.
—¡Ah, si te llego á coger!
—Lo creo; pero aún no lo has logrado.
El rey malo no pudo dormir aquella noche y se levantó al día siguiente de mal humor, dispuesto á matar á cualquiera
Irritado resolvió acabar con su enemiga.
Dió orden para que se limpiara el palacio de arriba abajo, y especialmente su alcoba; su cama fué hecha y deshecha y vuelta á hacer por diez viejas muy hábiles en el arte de cazar pulgas.
Pero no hallaron nada, porque la buena de la pulga se había ocultado bajo el cuello de la casaca del rey.
Por la noche, el tirano que no podía tenerse en pie,

de sueño, se acostó dispuesto á dormir como un lirón.

Apenas había apagado la bujía, cuando sintió la pulga en el cuello.

—¡Pica! ¡Pica!

—Por vida de .. ¿Qué es esto?

—Soy la pulga de ayer.

—¿Pero qué quieres, bribona, insoportable pulga?

—Quiero que me obedezcas y que hagas feliz á tu pueblo.

—¡Aquí! ¡Vengan mis soldados, Capitán de mis guardias, mis Ministros, mis Generales! ¡Todo el mundo! ¡Todos ustedes!

Todo el mundo llegó. El rey estaba tan furioso que todos temblaban. Reprendió severamente á toda la servidumbre de palacio: dijo que iba á hacer azotar á las viejas que no habían dado con la pulga. Reinaba la mayor consternación. Durante todo aquel tiempo la pulga, bien tranquila, se mantenía escondida en el gorro de dormir del rey

Todo fué inútil. El infortunado monarca no podía acostarse ni aún sobre la yerba, sin que le picase su obstinada enemiga; la pulga buena no le dejaba dormir un minuto, pica que pica.

Por la noche, el tirano que no podía tenerse en pie, de sueño, se acostó dispuesto á dormir como un lirón.

Apenas había apagado la bujía cuando sintió la pulga en el cuello.

¡Pica! ¡Pica!

—Por vida de ... ¿Qué es esto?

—Soy la pulga de ayer.

Sería largo de contar los golpes y porrazos que el rey se dió para matar á la pulga: baste decir que estaba lleno de contusiones y cardenales. No podía dor-

mir, iba de un lugar á otro como alma en pena, enflaquecía diariamente, y habría muerto con seguridad, si no hubiese resuelto obedecer á la pulga.

—Me rindo, la dijo en una ocasión en que la pulga volvía á p'carle de nuevo. Imploro tu clemencia; haré lo que quieras.

—Bueno, sólo á esa condición podrás dormir.

—Gracias. ¿Qué debo hacer?

—Haz feliz á tu pueblo.

—No he aprendido eso; no se como hacerlo.

—Nada más facil: lo único que para ello tienes que hacer es marcharte de una vez para siempre.

—¿Llevándome mis tesoros?

—Sin llevarte nada.

—¿Pero cómo viviré si no tengo un ochavo?

—¿Y á mí qué se me da? ¡Poco me importa eso!

Pero la pulga, que no era mala, dejò al fin que el rey se llenara los bolsillos de dinero antes de partir.

Y el pueblo halló el modo de ser muy feliz

Víctor Hugo.



Epigrama

Díz que en cierta reunión
Estaba Pedro Furcades,
Que es un insigne guasón,
Contando excentricidades
De los hijos de la Albión.

Y al ver, que como otras veces
Mentía tan á las claras,
Exclamó Julia Meneses:
—¡Jesús que cosas tan raras
Les cuelgan á los ingleses!

T. Claramunt.

REMORDIMIENTO

¡Conciencia nunca dormida,
mudo y pertinaz testigo
que no dejas sin castigo
ningún crimen en la vida!

G. NUÑEZ DE ARCE.

(De amarillenta carta al dorso escrita,
esta doliente página se alló.
Cuentan que un bardo en su amorosa cuíta,
recordando á una amante Margarita,
con temblorosa mano la escribió):

Entre el fragor de la mundana lucha,
mientras ruge en mi sien la tempestad,
una vaga canción el alma escucha,
como el eco distante de otra edad.

Una vaga canción en que palpita
el recuerdo inmortal de una mujer,
bella como la dulce Sulamita,
pura y gentil como el amor primer.

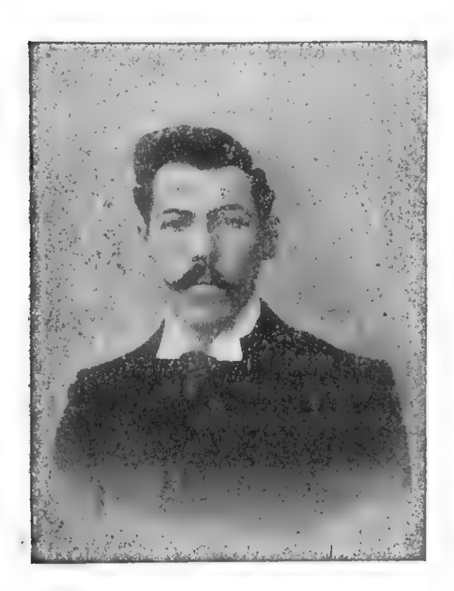
Aún la contemplo, vaporosa y leve,
como esfumada en el azul confín,
cuando á mi encnentro, con su planta breve,
íba cruzando el lóbrego jardín!

¡Cuántas veces, dormido en su regazo,
con sus ardientes besos me arrulló!
¡Cuántas unidos, en un extrecho abrazo,
la matutina lumbre nos halló!

Sobre mi labio su quemante beso,
en su regazo mi abrasada sien,
enloquecióme el férvido embeleso
de las ardientes noches del Edén

Ni de la sierpe bíblica el silbido,
ni de la *lonza* el tétrico rugir,
temblar me hicieron entre el blando nido
donde, en sus brazos, me dejé adormir!...

¿Por qué rodó por mi fatal pendiente?
¿por qué rindióse á mi falaz pasión?
¡Yo el viajero sediento, ella la fuente;
ella flor de los campos, yo el aquilón.



Como el insecto que rasando el suelo
de jardin en jardin va de tropel,
libé su esencia y continué mi vuelo,
de otras flores en pos y otro verjel.

¡Me abrió la gloria y la arrastré al Averno!
Todas sus galas de mujer me dió...
Primavera gentil, amó el invierno.
y el invierno en sus nieves la envolvió!...

¡Destruir una virtud! ¡Manchar de cieno
un nombre inmaculado, un corazón!
¡Dar en un beso el pérfido veneno
de una menguada y criminal pasión!

Privar para siempre de sus regias galas
de la inocencias al místico jardin!
¡Cortar de un golpe las lucientes alas
y desterrar del cielo á un serafin!

Hundir en llanto y deshonor y duelo
á una brillante y casta juventud!...
¡Ah! ¡vil! ¡muy vil! el corazón de hielo
que á la inocencia insulta y á la virtud!

¡Y yo lo fuí, gran Dios! En mi locura,
en mi pasión irreflexiva y cruel,
manché el armiño de una fama pura;
pude ser Dios y me mostré Luzbel!

¡Torpe de mí! La linfa transparente
de su pureza y su candor sequé,
y con mano sacrílega, en su frente,
su guirnalda de virgen deshojé.

¿A qué insondable y tenebroso abismo
esa diádema de su sien rodó?
Ah! de Caribdis hasta el antro mismo
por conquistarla descendiera yo!

Por disipar de esa alma la penumbra
diera mi dicha, mi perdido bien;
toda la luz que mi cerebro alumbra,
tada la lumbre que mis ojos ven!...

Cual el griego orador entre las olas
que huyen y avanzan en azul convoy,
con mi dolor y su recuerdo á solas,
el mar de mi conciencia hablando estoy.

Como el recuerdo de la madre santa
en el desierto y desolado hogar,
la imágen de esa niña se levanta
de mis venturas en el yerto lar,

Las ruínas de ese amor guardo y contemplo.
de mis memorias en la cripta azul,
cual los viejos escombros de su templo
los colosos de piedra de Ipsambul.

¡Imbécil corazón que en tu delirio
sólo corriste del placer en pos,
arrastra por el mundo tu martirio!...
¡Ay del que ofende en la mujer á Dios!

GERMÁN GARCÍA HAMILTON.

Buenos Aires, Octubre de 1900.



Idealismo y Realismo

Pura como la lumbre matutina
Que sobre el lago azul nitida riela,
De faz blanca y mirada de gacela
Fué la bella y romántica Adelina.

Eterna soñadora, la fascina
La vida de los héroes de novela,
Y de Carlos su amante sólo anhela
Que la convierta pronto en heroina.

Por eso le amó tanto, tan sin freno
Que al poco tiempo su salud se altera
De cierta gravedad—llega un galeno,

La toma el pulso, saca la cartera,
Receta y dice:—me parece bueno
Que llamen en el acto á la partera.

T. CLARAMUNT.

LEONCAVALLO

Pertenece este joven compositor á la moderna escuela italiana. La verdadera trinidad artística que en la patria de Verdi representa la actualidad musical está formada por Mascagni, Puccini y Leoncavallo.



LEONCAVALLO

Poeta y músico, escribe los libretos y la música de sus óperas, de las cuales las más conocidas son *Pagliacci*, *I Medici* y *Boheme*. Indudablemente, no siempre sus melodías sobresalen por la expontaneidad de su concepción, pero aún mismo denunciándose la falte de originalidad en algunos trozos de sus partituras,

se encuentra en ellos el *savoir faire* artístico de un técnico de primer orden. En nuestro concepto la obra que mejor ha hecho popular en Italia y en el extranjero el nombre de Leoncavallo ha sido *Pagliacci*, llena de sinceridad, de vigor, de sentimentalidad y de situaciones verdaderamente dramáticas. El aria de Canio *Ride pagliaccio* es una página que por sí solo bastaría para inmortalizar el nombre del aplaudido compositor.

Se dice que actualmente escribe una ópera cuyo tema ha sido indicado por el emperador de Alemania. Este monarca de espíritu artístico ha dado prueba de admiración por el talento de Leoncavallo. Se le admira por su arte musical á este moderno autor y al mismo tiempo por la inspiración poética que palpita en todos sus libretos.

ADALBERTO SOFF.



MARIPOSAS

Cortas el mar hacia la opuesta orilla !....
Mi espíritu desmaya,
y, así que tu nave hunde la quilla,
rompo á llorar en mi desierta playa!....

Torna á mi puerto, que tu mal presagio,
y sírveme de abrigo....
Mas si es inevitable tu naufragio,
dame la mano.... y moriré contigo!

L. TORRES ABANDERO.

Caracas, 1900.



UN CUENTO IMPROVISADO



El jóven matrimonio, que había llegado ya al *cuarto menguante* de la «luna de miel» —si se permite suponer que esa luna que nada tiene de pálida comienza en el matrimonio y concluye en el primer hijo, cuando éste se digna presentarse antes del segundo año, para monopolizar la atención de los esposos —se hallaba esa noche en la pequeña salita, donde se había refugiado, en cuanto terminó la alegre comida.

Beatriz y Alejandro, se habían dicho ya todo lo que tenían que decirse ese día, se habían besado todo lo que tenían que besarse, se habían reido todo lo que tenían que reirse. . . . , y se sentaron el uno frente al otro dispuestos á no ocuparse de otra cosa que el de contemplarse como si se vieran por primera vez.

Pero, la nerviosa Beatriz, antes de dos minutos se dió una palmada en la frente y:

—¿Te juego á quien improvise un cuento más pronto?, prorrumpió.

—¡Ya está!

—¿Qué apostamos?

—No apostamos nada, porque los dos vamos á salir

cobrando; ó yo voy á salir pagando, en cualquier caso.

—Bueno, bueno: Si yo gano, tu pagas lo que á mi me ocurra pedir, hoy ó mañana ó pasado, y que será algo razonable, y si pierdo.... tu no cobras.... y te evitas asi ese gasto.

– Y siempre salgo perdiendo.

— No, ó pierdes y pagas, ó ganas y no cobras, y por lo tanto no pagas.

—Indudablemente: mi amor propio de autor (no seré buen autor del cuento, sinó tengo amor propio) me obliga á aceptar.

— Si, el amor propio y la galanteria.

— Perdona, pero, aqui nada tiene que hacer la galanteria.

Y ambos se sumergieron en profunda meditación.

—¡Bravo! - exclamó Alejandro al poco rato. Ya tengo mi cuento.

—¿A ver, á ver?

Entonces, él, comenzó con la mayor seriedad

Aquella noche había reunión de amigos en el salón de Fornerio. Concepción se hallaba en su alcoba, recostada en un *chaise-long*, verdaderamente, anonadada, con una gran opresión al corazón, con el espíritu acongojado: experimentaba una excitación nerviosa, que la mantenía en un estado de pavor insoportable. Sentía miedo *de algo*, sin saber de que, precisamente, y el ruido más insignificante, que llegaba hasta sus oidos le producía una violenta sacudida ..

—¡Oh!.... Los nervios.... Contrariedades, graves disgustos.

— Justo. Esa excitación nerviosa, tenía su explicación en que, desde hacía bastante tiempo, sus relacio-

nes con Diego Formerio — su marido — eran muy originales.

Formerio, que se había casado con élla amándola hasta la locura y que se había portado como modelo de marido enamorado, durante los primeros años de matrimonio, se tornó, un mal día, el hombre más áspero é intratable. Había sido tan bueno, que nadie podía haber supuesto que dejaría de serlo, por mucha razón que tuviera; durante el tiempo de aquellas, que casi podríamos llamar, tenaces alegrías, tenaces caricias y tenaces bondades, nadie hubiera imaginado — ni remotamente — que él se volvería triste, indiferente á las expansiones del amor, áspero, rudo.... Sin embargo, todo ese cambio, completo, se operó en él como obedeciendo maquinalmente al movimiento de un resorte. Nunca pronunciaron sus labios la menor palabra que explicara la causa de aquel cambio, nunca el reproche más insignificante para culpar á nadie, nunca una alusión remota ... Concepción sabía que el alma de Diego sangraba, sabía que padecía una tortura

— Luego, había una causa poderosa ...

— ¡No me interrumpas!.... A Concepción le constaba ciertamente ó lo adivinaba: no hace al caso. Se observaba que la actitud de Formerio era el fruto de un plan premeditado y llevado á la práctica con una voluntad de hierro. Ella había intentado hacer cesar aquella situación, provocando escenas de todas clases, tratando de romper aquel mutismo abrumador para sondear aquella alma antes tan sin dobleces, mirando de frente aquella infinita amargura, aunque fuera para recibir el choque de la ira acumulada en el corazón de Diego; pero se había encontrado detenida por

la frialdad de Formerio, por su dureza inconmovible. Lágrimas, súplicas, amenazas.... ¡todo en vano. Diego no contestaba nunca una palabra. Si ella lloraba, él huía; á las amenazas contestaba con la rudeza de la acción, haciéndola retirar de su presencia, tomándola de un brazo y sacándola — aunque con muchos miramientos — del aposento donde él luego se encerraba.

Estas vejaciones, sufridas con una paciencia increíble, éstas derrotas del orgullo femenino, la habían aniquilado por completo.

Allí estaba, pues, en ese momento, en el *chaise-long*, pensando exasperada si sería posible que todo continuara asi hasta la muerte, en un eterno tormento, sin reir nunca, ni oir ya más dulces palabras de amor, sin sentir esa fiebre, esa embriaguez, esa lluvia de luz en pleno corazón, cuando abrasados leyéndose en los ojos, la clave de un poema misterioso, quedaban mudos, extasiados, ausentes de todo.... Pensaba que aquella implacable dureza de Diego, no era de corazón noble, de corazón rico de amor.... pensaba que la magnanimidad es rarísima; pero, por eso mismo codiciada, por eso mismo tesoro inapreciable.... pensaba ¡ay!, tristemente, que Diego lejos de ella era que encontraba la paz y el entretenimiento. Con aquellos amigos que le acompañaban en ese momento en el salón y que alegremente tocaban el piano, ignorando que profanaban asi á un acerbo dolor, Diego reía.... sus carcajadas azotaban el rostro de Concepción, como insultos desdeñosos.

¡Sin embargo en el corazón de Concepción manteníase siempre alta, siempre erguida la figura de Formerio!

De pronto, Concepción, se incorporó en el *chaise-long*, como obedeciendo á un contacto eléctrico y con una expresión de sorpresa en el rostro que sería imposible explicar, comenzó á oir ansiosamente lo que se tocaba entonces en el piano del salón:

—¡Oh, sí,—exclamó de pronto radiante de felicidad —si, no me equivoco, Dios bendito! ¡Es él, es él, es Diego! . ¿Quién, que no sea él; puede conocer esa rara melodía?.... Y Concepción quedó como extasiada, inmóvil, como temiendo que pudiera deshacerse el cuadro que tenía en ese momento delante de sus ojos. Lo veía muy bien: Una mañana expléndida en Suiza. Ella y su marido sentados en la *terrasse* del hotelito que este último había alquilado, cuando recién casados estuvieron en Europa: Un nido de amor;—él fingía estar dormido en ese momento, y ella, á su lado reía á carcajadas, reía de felicidad, como una criatura, no dejándole tranquilo, con una pluma que le pasaba suavemente por el pescuezo, hasta que él se levantaba queriendo agarrarla, pero, ella echaba à correr por el jardín, perseguida por él, yendo á caer sobre la hierba, donde riendo ambos como dos locos, se ponían á jugar como unos chiquillos. ¡Lo recordaba tan claramente! ¡Pueriles escenas, cuyo recuerdo evocaban todo un sublime idilio! Fué entonces que llegó hasta ellos desde el hotelito del vecino, donde vivían un matrimonio y una joven, esa rara melodía que oían por primera vez, y de la que entonces no hicieron caso alguno. ¡Ahora esa música la conmovía hasta la última fibra!... Era Diego, si, era él, seguramente, quien arrancaba al piano esas notas queridas, nunca más oídas desde entonces; era él, que rompía el silencio maldito, haciendo á aquella músi-

ca intérprete de sus pensamientos ocultos durante tanto tiempo por implacable mutismo; tocaba aquello exclusivamente para ella, estaba segurísima; quería decirla:

—«¿Te acuerdas de esto Concepción? ¿Te acuerdas de nuestra felicidad en Suiza?... ¿Te acuerdas de aquella mañana en que lo oímos?... ¿Te acuerdas de nuestro amor, de nuestros juegos, de nuestras risas?... ¿Te acuerdas como te amaba yo, que atendía á tus menores caprichos, que te llenaba de mimos, que sembraba de flores tu camino, que bebía en tus labios las alabras, que buscaba en tus ojos tus deseos, qu te adoraba como á cosa divina?... ¿Te acuerdas Concepciòn?...» ¡Oh!... Si Diego estuviera solo, correría al salón y arrojándose á sus pies le diría:—«¡Por fin!, me has hablado, después de tantos años ¡te amo!—como entonces—¡te quiero más aún, Diego, más todavía!... Te perdono tu rigor criminal, porque ya no lo recuerdo porque no quiero recordarlo, porque solo quiero mucho amor....

Concepción se levantó del *chaise-long*, y, paso á paso, como si tuviera miedo de despertar á alguien, se dirigió silenciosa al salón, latiéndole el corazón fuertemente, y muy quedo, acercó su oído á la puerta cerrada. Un momento después, el piano enmudecía, y en el silencio se oyó la voz temblorosa de Diego, que exclamaba después de una carcajada:

—¡Qué infeliz! ¿Nada les dice á ustedes esta música? ¿No? Pues, á mi si; mucho: Me recuerda la fragilidad de una mujer y la falsía de un amigo. Lo que acabo de tocar, lo oí por primera vez una mañana, cuando era yo jóven, mientras estaba con ella,

á quién yo amaba hasta la locura. Al poco tiempo y viviendo aún bajo mi techo, se entregó á un mal hombre que se llamaba mi amigo ... Estoy convencido, sin embargo, que ella no había dejado de quererme.... y que yo era el único hombre á quien amaba ..

—Tu la abandonaste ¡por supuesto!—dijo alguien.

—¿Qué duda cabe? Corté con ella para siempre todo trato, porque quería, aún cuando mucho me costara, demostrarle que se puede ser fuerte, y que su debilidad, no era digna de inspirarme.... sinó.... profundo desprecio.... hácia su persona; terminó diciendo, no sin esfuerzo y bajando la voz hasta hablar casi entre dientes.

Un aplauso general saludó á las palabras de Formerio. Y mientras álguien comenzaba á tocar en el piano el *prólogo* de *Mefistófeles*, en la oscuridad de la antesala, al lado de la puerta indiscreta, Concepción caía al suelo como un vestido que se descuelga de una percha.

....

—¿Qué tal? preguntó Alejandro despues de una pausa.

—Continúa.

—No, si ya concluyó.

—¡Cómo!, que concluyó ...

—Sí, es claro, ¿para qué más? Una mujer débil, que ha caído, que sufre mucho y que no puede tener una explicación con su marido, y un hombre de una tenacidad increíble, que se concreta á castigar la falta de su mujer con la indiferencia y el silencio. No ha cesado de amarla, la ha perdonado, talvez, mentalmente, aunque no puede olvidar....; la desea ardien-

temente, con hambre y con sed, pero, voces imperiosas le alejan de ella .. le alejan cruelmente, cada vez que está por ceder como un desdichado á quien el estómago le tienta á robar un pan que tiene delante de sus ojos.

—Nó, nó, tiene otro final: Dos años despues, Formerio se convencía de que hay, dentro del hombre, sentimientos muy perversos, sentimientos rebeldes que se imponen, apoderándose del alma; que todo lo manchan, que todo lo oscurecen .. Sentimientos que corrompen y que matan la felicidad....

Formério había vivido, hasta entonces, engañado. Cuando, dos años despues de aquella escena, llegó á sus manos la prueba absoluta de que Concepción nunca había caído, el mal era ya irreparable. Concepción había muerto.

Alejandro, con un pañuelo de manos, hacía, comimicamente como que se enjugaba las lágrimas. Beatriz echando á reir, terminó diciendo:

—¿Cómo es posibie inventar cuentos tan tristes en medio de tanta felicidad?

—Es muy explicable. ¿No has leído, acaso, cinco mil historias de payasos que mientras tienen el alma enferma, hacen reír al público con sus ocurrencias grotescas? A nosotros nos pasa lo contrario, y es creencia en mi, que asi sucede generalmente; por eso desconfío yo de la sinceridad de los pesimistas, que arrojan fuera de si á toda la caterva de diablos negros: luego quedan con el alma tan risueña como una mañana de primavera.

¿No crees tu lo mismo?

—Talvez tengas razón. Pero yo he quedado triste; uno de tus diablos negros ha tomado posesión de mi.

—¿Y que dice el diablo negro?— preguntó Alejandro riéndose y haciendo una cruz en el aire.

—Que no te quiera.

—¡Te desafío á que lo intentes!

FLORENCIO OTERO MENDOZA.

Montevideo, Octubre de 1900.



*
* *

(Véase «Tus ojos de esmeraldas» paj. 71.)

Ah! cuanta gracia me hace que esos versos
me pongan en conflicto,
hay tres que por tener verdes los ojos
se dan por aludidos.

Deveras que el humano es presuntuoso,
pues sin tener motivo,
le ocurre el dedicarse el verso ajeno
y queda envanecido.

Porque al fin esos versos fueron hechos
por simple compromiso,
por contentar á una mi buena amiga
que así lo hubo querido.

Los pidió para el novio, esto es muy cierto,
para un caballerito
que no soñó que yo le hiciera versos
ni siquiera á pedido.

Más no niego que existen ojos verdes
que yo encuentro muy lindos.
Que curiosa la gente!... y yo que tonta
haberla complacido!....

ADELA CASTELL.



Flor de Hispania

Á D. Juan Valera.

¿Qué cantará la musa enloquecida
por la morfina y el absintio? En vano,
llena de amor, la copa de la vida,
brindándole salud, llega á su mano.
Ella prefiere, en locas saturnales,
apurar el licor de turbias dudas,
que en copas de embriaguez bullen traviesas:
ella goza con verse en los cristales
que corren, no debajo de las frondas,
sino en lauto festín sobre amplias mesas....
Cuando á la alcoba, que entibió el perfume
de arábigas pastillas, corre luego,
y al blando lecho, como el mar, se arroja,
lejos de que su espíritu se abrume
siente arder de los ósculos el fuego
en sus mejillas de camelia roja.
Y entonces, busca el sueño en la morfina,
que, divagando en sus azules venas,
de paz le colma el corazon ardiente
y la arrastra á su corte cristalina,
donde hipnóticos cantos de sirenas
la ahogan entre nudos de serpientes ...
¡Cuántos besos volaron de su boca!
¡Cuántas flores pasaron por su frente!
¿Qué es lo que canta la divina loca?
El dulce nombre del Amor invoca;
pero de un Amor falso y decadente! ...

Halla en Paris inspiración de un día,
arrastrando tal vez el triunfal carro
del Vicio, entre la falsa pedrería,
que al esparcirse en el revuelto barro
cubre de ascuas la senda de la orgía ...
Halla tal vez inspiración, que el broche

abre y cierra fugaz al són de orquesta
que de lúbrica danza hace derroche,
mientras que finge relumbrante fiesta
con su millón de lámparas la Noche...
El vicioso Nerón soñó el primero
en las nocturnas fiestas: Paris arde
como un rubí de fúlgido brasero,
Cuando lo sopla el viento de la tarde;
y corriendo en la hora vespertina,
por sus alegres calles, va la musa,
como sombra que apenas se adivina
y que semeja, al resbalar confusa,
alada, aparición de Mesalina ...

¡Oh musa! rompe los traidores lazos
de esa sirena, que cantando mata;
y busca amor en los robustos brazos
del hispano león, que en mil pedazos
los castillos de naipes desbarata
No el licor excitante que te enferma,
apures más, para poblar de flores
tu alma, llanura solitaria y yerma
que se muere de sed: busca vigores
que escanciar en tu vaso cristalino;
y, huyendo del festín, gózate á solas
en paladear el generoso vino
de las clásicas tierras españolas!

De otra suerte, tal vez debe el poeta
condenar de la musa la falsía
en los dantescos círculos, á modo
de castigo ejemplar Tal la coqueta,
que en juegos de voluble fantasía
burló las almas y rió de todo,
alardeando de mágica hermosura
y nunca de virtud, con justa suerte,
trocada al fin en sórdida figura,
extinto al fin el postrimer reflejo,
está acaso en el seno de la muerte
condenada á mirarse en un espejo!...

Justo será que la acordadada lira
al plectro marfíl dulce responda,
y envuelva amor en mieles de mentira;
justo será que el musical lenguaje,
que usar supieran los antiguos, onda
sea desvanecida en el cordaje
de la lira sensual; justo que el Eco,
al nombre de los clásicos, se esconda
y no conteste desde el sordo hueco,
con los aplausos de sonante fama
que los vientos lloraron por do quiera;
justo, por fin, que de la extinta llama
no se vea volar humo siquiera....
¿Pero dónde la voz que alcance luego
á llenar el vacío? ¿Dónde el lampo
que desgarre la sombra, y luche, y venza?
¿Dónde siquiera el refrescante riego,
ya que el torrente no, para este campo,
cubierto con cenizas de vergüenza!...

Vibre otra vez la reposada lira
de Fray Luis de Leon: florezcan rosas
á su paso, qne huyendo á la mentira,
busca las soledades silenciosas,
donde solo habla el viento que suspira....
Suene otra vez el pífano sonoro
de Garcilazo pastoril: la espuma
de la leche, que colma el hondo seno
del cántaro, en sus églogas de oro,
apagará la sed del que se abruma
bajo el peso del sol, que tuesta el heno....
truene otra vez el tamboril sonoro
que redobla Cervantes: á sus sones,
para la Humanidad danzando á prisa
en desenvueltos círculos de histriones....
Marque el compás el clavicordio grave
de Lope y Calderón: sendas de flores
recorre así la procesión serena,
que, entre brillos de acero y trinos de ave,

cantando sueños y mintiendo amores,
pasa como un gran Himno, por la escena....
Dé á los aires la flauta de Argensola
su arrullo columbino: regio porte
tiene, ceñido de írisada aureola,
el soneto triunfal, como una ola
que se tiende á las plantas de la corte.
Brame la apocalíptica trompeta
de Herrera sin rival: así al olvido
rodará el arte vil que lo sujeta;
y batirá sus alas el poeta.

¡Oh musa, vuelve en tí! Deja que el alma
repudie al falso amor! Tiene el halago
del absintio falaz! Da luego calma
de tus morfimanías al estrago!
Porque quizás si joven poderoso,
á modo de Jehová, viendo tu ejemplo,
prefiera de las tumbas el reposo
á tus profanaciones en su templo;
y herido en su poder, desde la altura,
cual en la noche de Pompeya, hastiado
de mirar revolverse tu hermosura
en el candente lecho del pecado,
al *¡Hágase la luz!* reemplace luego
con voz que diga, en la asombrada anchura,
como trueno de horror:—¡Hágase el fuego! ..

José S. Chocano.


Lima, 1900.



Alfonso Daudet

Un buen físico y un poderoso talento. Pocas personalidades más simpáticas que la del autor de «*El Nabad.*» Si el edificio literario de Emilio Zola es una im-



ALFONSO DAUDET

ponente rotonda en que resuenan los gritos de admiración de toda una época de la humanidad, el alcázar de cristal, ornado de arabescos y artesones de oro, de Alfonso Daudet es el templo de todas las almas exquisitas,

donde rezan su rosario de perlas los devotos del estilo fino y delicado, los sensitivos que admiran la orfebrería y la malla oriental de quien supo hacer de «*Safo*» un monumento de la literatura.

Zola es un hércules y Daudet es un mago. En este último resplandecen las irisaciones casi románticas de Teófilo Gautier, así como en el primero chispean los diamantes casi sin pulir del gran Lucrecio. La mirada de Daudet revela la dulzura y la limpidéz de su estilo.

Hay en ese rostro de Cristo hermoso la pureza y corrección plásticas de sus obras y su alma misma, era como la de Cristo, evangélica y buena.

Julio Herrera y Reissig.



El pecado de Lía

Á Rubén Darío.

Sonoros bronces—daban la víspera.—Ecos lejanos
De alegres fiestas—llegaban ténues—como suspiros
De ruiseñores—que trinan músicas—de enamorados.
Llenos los ámbitos—por los perfumes—(raros olíbanos)
Que los favonios,—en ritmos suaves,—desparramaron
De sus volutas—melancoliosas—á infiel capricho.

Lía del brazo—de Hedgal, orfebre—de la caricia,
Vuelve. La fiesta,—llena de encantos—para otros ojos,
Sobre los suyos—puso dos perlas—de tibia linfa;
Y entre sollozos—(Oh! maravilla—de sus sollozos!),
Con voz dolienta—y entrecortada,—cual de María
La Magdalena,— rehusa al beso—sus labios rojos.

Los mismos lirios—tuvieran celos:—la inmaculada,
Bajo la clámide—de su fuerza,—respecto invoca,
Negando el ósculo—que á Hedgal amado—dar anhelara.

. . . .

¡Felices lágrimas —las de la amada— que, amando llora!

. . . .

Pero el Pecado,—ritual de vida,—venció las lágrimas
Y el rojo beso—gimió candente—en las bocas rojas.

Hermenio Simel.

Buenos Aires, 1900.

VERSOS

Triste como la última esperanza
La vi alejarse del hogar paterno,
En vano la llamé, todo fué inútil;
Mis súplicas, mis lágrimas, mis ruegos.
Yo la miré perderse para siempre
En la noche glacial de mis recuerdos
Como un meteoro
Que cruza el cielo.
Yo sentí sobre el frío de mi frente,
El último, el más triste de sus besos,
Yo sentí sobre el frío de mi alma
El frío amargo de su adios postrero,
Yo miré en su semblante iluminado
Una risa de amargo desaliento.
Como la luz cansada
De un crepúsculo enfermo.
Posó su mano en mi cansada frente,
Acarició mis sienes en silencio,
Me dirijió su última sonrisa,
Me miró y miró al cielo,
Batió sus alas
Y se perdió en la noche de los tiempos.
Desfiló ante mis ojos
Su extraño y melancólico cortejo:
Ansias, aspiraciones, imposibles,
Palabras balbuceadas entre sueños,
Toda la procesión de mis fuerzas,
Toda la procesión de mis recuerdos,
Los besos de mi madre,
Mis juveniles juegos,
Mis primeras plegarias,
Los cánticos maternos.

. . . .
. . . .

Tu me dejaste! El frío de la duda
Heló mi corazón y mi cerebro,
Huyeron las rosadas ilusiones,
Mi lábio mudo se quedó sin rezos,

Se marchitó mi pálido semblante,
Se apagaron mis cantos y mis juegos,
Se quedó solo,
Solo, y enfermo!
Yo te mandé oficiar mis funerales,
Yo te elevé un santuario aquí en mi pecho,
Y en el lugar vacío que ocupaste
Enterré mi alegría y tu recuerdo,
Yo adornè con las flores de mi alma
Tu lúgubre y sombrío mausoleo,
Y me senté sobre la fría losa
A esperar tu regreso.
Yo te busqué en mis noches de amargura,
En mis horas de insomnio y desconsuelo,
Yo te busqué en mis horas de nostalgia
Y en los días sin luz del desaliento,
Yo te busqué en los besos de mi madre,
Yo te busqué en la calma de los templos,
Yo te busqué incesante
En la tierra y él cielo,
Todo fué en vano
Tu estabas léjos!
Tu nunca volvías! Aún mi pobre espíritu
Te busca en el silencio,
Aún vaga trás tu sombra
De la medrosa noche en el misterio,
Aún sin cesar te busca entre las brumas
De los viejos recuerdos,
Todo es en vano
Tu estás muy léjos!
Donde te escondes? Que ignorado mundo
Has ido á iluminar con tus reflejos?
Donde has ido á elevar tu dulce himno,
El canto de ayer, el canto eterno!
Porqué no acudes á mi voz cansada
Que sin cesar te llama desde léjos?
Infancia, infancia,
Luz de mis sueños!

RAUL MONTERO BUSTAMANTE.

Montevideo, de 1900.

De Ultra-Tumba



Después de haber libado en la crista'ina copa el espumoso vino, no es grato el apurar las amargas heces, sinó arrojar la copa, para que, deshecha en mil pedazos, desaparezca la forma que ya no guardaba alegrías, sino solamente tristezas y dolores....

¡Qué dulce es morir!

Los recuerdos desfilaban en confuso tropel, como un ejército de sombras fantásticas, y se alejaban por senderos de melancolía, hasta desaparecer en las venturosas regiones del olvido.

Vagaban al azar en mi cerebro ideas de todo género, palabras de todos los idiomas, nombres de todos los países, cantos de la patria, estrofas de Anacreón y versículos de Job.

En el naufragio de mi sér, flotaban y se sumergían alternativamente los restos de todo lo que había querido y pensado.

Sonaban débilmente en mis oidos todos los rumores del mundo, y el corazón iba deteniéndose, para hacerse el eco cada vez más ténue de aquella armonía sublime de cantos y de gemidos, de gritos y de oraciones.

El sol poniente enviaba sus últimos rayos, que te-

ñían los vidrios de mi ventana de matices tan brillantes y tan hermosos como se ven en los calados rosetones de gótica capilla.

Era el último adiós del sol á una vida.

Un río de nieblas penetró en la habitación y comenzó á inundarlo todo; los objetos perdían su color; las formas y los perfiles se iban borrando; blanco fantasma con formas de mujer estaba al lado de mi lecho, y con sus grandes ojos azules y brillantes como la superficie de los lagos, me miraba tristemente, en tanto que yo, á la luz de aquellos cielos, soñaba en lo eterno, en lo infinito.

Las nieblas siguieron entrando, y todo se cubrió de sombras, y todo, todo fué envuelto en negros crespones, brillantes colores de luz, objetos queridos, y también la blanca hermosa forma, de la que ya no percibía sino el brillar de los ojos azules como el lago, el brillar de las tristes lágrimas.

Y luego, nada, nada: cayeron sobre el cristal de mis ojos los párpados y los cubrieron ...

*
* *

El cuerpo frío, rígido, inmóvil, yacía en el ataúd. La cara lívida; el cútis seco y áspero; la frente surcada de arrugas apenas perceptibles; los ojos hundidos; los pómulos descarnados; la nariz afilada, y la barba prominente. Todo formaba ese conjunto indefinible, esa suprema síntesis de todas las amarguras de la vida.

La brisa de la mañana rozaba mi frente, y sustituyó las miasmas con los átomos perfumados que en sus redes de tul cogiera á las flores de los campos.

Las rosadas puertas del oriente comenzaban á en-

treabrirse, la aurora doraba la cima de las lomas, las flores sacudían sus corolas cuajadas de rocío, y la rizada superficie de las aguas brillaba con los ambarinos colores del alba.

El sol naciente enviaba á todas partes sus tibios rayos, y la naturaleza, sintiéndose fecundada, aparecía agradable y risueña.

También besaba el sol el rostro del muerto; pero ¡ay! el oleaje de luminoso éter en vano salpicó aquellos tristes restos de un naufragio.

A la caída de la tarde había muerto, y ni la luz, ni los aromas, ni los cantos de las aves, podían volver á ser percibidos por mí: y sin embargo mi frente se dilató al contacto de una boca, y en mis labios cayeron gotas de un líquido amargo y que abrasaba....

¡Oh! ¡Qué dulce es morir! ¡Qué dulces son las amargas lágrimas de la mujer que hemos amado!

*
* *

Un día sentí estremecerse la tierra; surcos inmensos se abrieron, y se rompió mi sepultura, y salí á la superficie lentamente por una ancha grieta.

Las tinieblas reinaban, y sólo al resplandor fosforecente de mi esqueleto podía mi espíritu ver la tierra por los agujeros del cráneo.

Y vagué por aquella superficie donde ya no existía la luz y la vida, donde todo era frío, áspero, solitario y tenebroso, donde no se escuchaba otro ruído que el chocar de mis huesos al moverme.

Y pasaron los años y los años, y yo siempre vagando, siempre en vela, siempre desesperado: ¡maldición que mora en un esqueleto!

Y una vez vi brillar algo qué no era yo, estrella en el firmamento, faro de esperanza, y la luz pasaba y se perdía cual rápido meteoro, y así aconteció otras veces en la sucesión de los tiempos.

Y tuve la inquietud de la esperanza.

Y otra vez divisé clara y distintamente la luz brillante, y luego vi que era el faro de una gran barca que navegaba en el espacio aproximándose á la tierra, y yo hice chocar mi esqueleto con las piedras para dar aviso de mi naufragio, y subí á las elevadas cumbres, hasta que al fin la barca atracó en la tierra.

Y quise saltar á ella; pero el barquero me lo impidió, pidiéndome el precio del pasaje.

Y le ofrecí montones de oro.

Y me dijo que ningún peso material puede trasportarse en su barca, ni aún el de mi esqueleto, que tendría que abandonar en la tierra.

Y le ofrecí todas las preciosidades que había en mi reino de sombras.

Y me dijo que el precio del pasaje era un buen acto de la vida, un sacrificio, un rasgo de abnegación, un óbolo de virtud.

Y no pude satisfacerle.

Y airado me rechazó, tendiendo la vela de su barca hacia otros mundos.



RAFAEL J. FOSALBA.



Heróica

Al señor Francisco Motoverria.

En la cumbre de los Andes
pregonaron las borrascas,
entre rimos vibradores,
la leyenda de una patria,
que un pendón azul y blanco
le sirviera de oriflama.



Era el mes de ténues nieblas,
era el mes de noches largas,
y esforzados extranjeros
defendían atalayas,
que formaron hace siglos
en la tierra americana.

¿Extranjeros? No!! Los padres
de una nueva viril raza,

que disputa el predominio
de sus ríos de ondas claras,
de sus selvas tropicales,
de sus vírgenes comarcas.

Y allá van, cruzando montes
y las cumbres escarpadas,
desafiando los rigores
de invernales horas malas,
y del tiempo la inclemencia
las legiones de la patria.

Van en aras de la gloria
á buscar guerreras palmas:
formidables son sus brazos,
é invencibles son sus armas;
los alienta el heroísmo,
el honor y la esperanza.

Los ejércitos realistas
al combate se preparan;
que ellos son de sangre roja
y de raza noble y brava:
que su timbre de grandeza
es el lauro de la fama.

Se encontraron. Y fué recia
y grandiosa la batalla!
¡Fueron héroes espartanos
los nativos de las pampas!
¡Fueron dioses del Olimpo
los de altiva sangre hispana!

El vibrar de los aceros,
el silbido de las balas,
el rugir de los cañones
y el tronar de las metrallas;
fueron notas de aquel himno
de victoria americana!

Como surge de la grieta
manantial de linfa clara
y se extiende y fecundiza
la pradera solitaria,
tras el triunfo, cundió el verbo
de la fé republicana.

Y el futuro se vislumbra
de una hermosa y viril patria,
que en el yunque del trabajo
se engrandece, se agiganta;
y al progreso rinde culto,
y es su ley la democracia.

LUIS MARTÍNEZ MARCOS.

Santa Fé, 1900.



CUENTO

Diez gitanos una vez
iban de feria á Mairena
y en medio á Sierra Morena
robó un ladrón á los diez.
Hubo causa y protocolo
y el juez preguntó asombrado:
—Y cómo os habeis dejado
robar diez por uno sólo?
El más viejo dijo al juez
entre confuso y contrito:
—Es que tambien, señorito,
íbamos solos los diez.

A. A. VAILLADARES.



VIÑETA

En aquel nido de amores, ya no había arrullos ni aleteos, la dicha había fugado, dejando tras sí, una estela de tristezas y amarguras.

Blanca, la muñequita de guedejas negras y sedosas, la que había inspirado al poeta sus más tiernos madrigales, yacía sola, abandonada en su dormitario estilo *renaissance*, de joven desposada, donde aún se aspiraban fragancias de azahares no marchitos, donde aún se percibían rumores de besos tibios.

Una débil luz iluminaba la alcoba; sus rayos ténues y rosados se difundían como buscando el lugar donde se escondiera la dicha, y sobre una camita coqueta, dormía Blanca, destacándose su cuerpo regio entre el ampuloso desórden de las sábanas y acolchados de seda color malva, con pabellones de *peluche* cereza.

En su frente se retorcía un dolor, una duda; el verse despreciada por su marido cuando apenas hacía dos meses de casados—desatendida para ir en busca de aventuras galantes ó para ir á reblandecerse en una orgía, la hacía derramar lágrimas de dolor, de despechos, de supremas impotencias.

Un hálito de amores castos ascendía en el dormitorio *rose-vieux*, en aquel nido donde ella habia sido tan feliz días antes, donde aún recordaba las primeras caricias de su esposo que hincado de rodillas á los pies de ella, y rodeándole la cintura con sus manos, la recitaba versos cálidos, versos que volcaban en su alma de gacela enamorada, alegrías y promesas infinitas; y luego, después, ella lo premiaba constelando

su cabeza de cabellos rubios, con los besos más puros, más apasionados.

Y él ya no estaba; sola se pasaba las noches, sin un brazo que circundara su cintura como antes, sin un beso que amortiguara la fiebre de sus ansias amorosas.

Aquella noche se durmió como siempre, solita, creyendo aspirar brisas de azahares ya marchitos, con los ojos polvoreados de lágrimas.

A las cuatro de la madrugada, la puerta de su habitación se abría sigilosamente, y Gerardo, su marido, entraba borracho con su sombrero de felpa abollado, la camisa de su frac salpicada de manchas violáceas de vino y ostentando en el ojal un ramo de fragantes clavellinas.

Dejó su abrigo sobre una silla y acercándose cautelosamente á Blanca, que dormía y sollozaba, contemplóla con mirada entre lúbrica y cariñosa; de su cerebro lleno de nebulosas brotó una luz y un secreto arrepentimiento surgió de su alma—tuvo ganas de llorar, deseos de despertar á Blanca y pedirla perdón por sus desvíos y consagrarse exclusivamente á ella, á hacerla feliz, á volverla á sentar sobre sus rodillas y mientras ella recostaba su cabecita de *poupée*, sobre su hombro, desgranarle en el oído, romances suaves como frotar de espumas.

Acercóse con temor; vióla tan linda, tan provocadora, que posando sus labios gruesos le dejó un beso tímido, suplicante, y entonces vió que en la frente aterciopelada de Blanca se dibujaba un reproche.

CASIMIRO PIETRO COSTA.

Buenos Aires, Noviembre de 1900.

El doce de Octubre

FRAGMENTO

. . . .

III

¡Con qué negros crespones
La noche misteriosa se atavía!
¿Qué pretende ocultar entre la sombra
De sus gigantes alas



Cuando en pos de ella se aproxima el día
Brillante y puro con sus régias galas?
¿Por qué brama con furia el oceano,
Y azota con sus olas,
Coronadas de encajes,
Los cascos de tres naves españolas
que cortan los tumultos del oleaje?....
¿De qué le servirá la sombra al cielo,
Y al mar traidor su fuerte movimiento,

Si á través de las olas y las sombras
Irá Colón siguiendo al pensamiento?....
Al cruzar por el piélago ignorado
La trinidad de audaces carabelas,
Con asombro el nublado se dispersa,
Cual humo por el éter difundido,
Y al resonar el toque de bocina
El mar, antes dormido,
Queriéndolas mirar, crece y se empina....
Con el viento del Este los bajeles
Volando se deslizan,
Persiguiendo el confín del Occidente,
Parecen negros, gigantescos cisnes
Que las olas rabiosas tiranizan
Y empuja el aquilón ráudo y potente.
No se ve ni una luz en la cubierta
De las oscuras naves,
Solo interrumpen la quietud desierta
Agrios chirridos de marinas aves;
Pero allá, en el ángulo de proa
De la que va delante,
Se ve un hombre que mira
Al destello primer de la mañana,
La inmensidad gigante de los mares,
Inmensidad que aterra,
La vista descuidado en torno gira,
Cansado ya de anhelos y pesares:
Es Rodrigo de Triana,
El que cayendo incado, grita: ¡Tierra!

IV

Y la tierra está allí! No son visiones
Que forja la excitada fantasía
En el yunque de fuego de la mente,
Pues la noche se pierde y viste el día
Su túnica de luz resplandeciente,
Y todas las miradas,
Del gentío que puebla las cubiertas

De las audaces naves triunfadoras,
Ya descubren allá en el occidente,
Una línea de tierra en lontananza,
Una línea indecisa,
En la que cifran todos su esperanza!
Colón, ébrio de dicha,
La mira entusiasmado y delirante,
Y al brillar la alegría,
En su gentil semblante,
Produce en los demás las emociones
Grandes é inexplicables
Que producen los nobles corazones
Que destellan virtudes inefables!
Ahora, ¿que dirán los que se rieron
De su plan atrevido?
¡Qué dirán, desconfiados, los monarcas
Que por guardar improductivo el oro,
Que agobiaba sus arcas,
Tuvieron ignorado y escondido
De un mundo deslumbrante el gran tesoro?

. . . .

Anclan las naves ya, cerca muy cerca
De la soñada orilla....
Desembarcan y pisan una playa
Que les causa sorpresa y maravilla.
Dán las gracias al cielo soberano;
Y enarbola Colón el estandarte
Glorioso de Castilla,
Que hace ondular el aire del Oceano.
Y clavan, en la tierra descubierta,
Del Gólgota la enseña redentora,
Que al primer beso de la luz brillante
Se esmalta y se colora.
Los pájaros cantores sorprendidos,
Por escena tan nueva,
Abandonando sus ocultos nidos
Se pierden revolando en la distancia.
La selva guarda virginal secreto,
La brisa es dulce y llena de fragancia:

Vistosas y gallardas son las flores;
El cielo azul; el astro de diamantes
Vierte, en el mar inquieto,
Un pródigo derroche de colores;
Y aparecen poblando la llanura
Los indios, sus sencillos habitantes
Dando muestras de asombro y de ventura.
Todo es luz en el cielo y en el aire;
Todo es vida y perfumes en la tierra,
Todo se imanta con sin par hechizo;
Todo late y suspira:
Ahora Milton, el bardo de Inglaterra,
Puede pulsar su prodigiosa lira
Y hacer resucitar el Paraíso!

V

Pasaron, como un sueño, cuatro siglos!
La Civilización en aquel mundo
Soñado por Colón y descubierto,
Se dilató, cual manantial fecundo,
Cual llama voladora,
Invadiendo las cumbres y el desierto.
Diez y nueve Repúblicas brotaron,
De las semillas que esparció la Europa
En el rico plantel americano,
Regado por expléndidas corrientes
Que se lanzan rugiéndo al Oceano.
Hoy la América libre y poderosa
Presenta en su vastísimo escenario
Sus atributos, como antigua diosa,
Y festeja su cuarto centenario.
Sobre su cielo de brillante raso,
Que alumbra el sol de oro de los Incas,
Se alzan el Aconcagua y Chimborazo,
Espléndidos y grandes,
Formando majestuosos monumento,
Y contrasta la llama
Del vivo Cotopaxi

Con las eternas nieves de los Andes
Que quieren escalar el firmamento.
América es la excelsa maravilla:
Tiene un mar deslumbrante á cuya cuenca
Rodeada por magníficas orillas
Bajaron una noche
Al verse retratadas las estrellas
Que forman la reunión de las Antillas.
Tiene aves de vuelo gigantesco
En la región andina:
El ombú majestuoso y corpulento,
En la pampa Argentina.
Y en el Brasil criaderos de diamante.
Su comercio creciente y poderoso,
Vive sin desconfianza y sin recelo,
La industria desarrolla sus potencias,
Y van tomando prodigioso vuelo
Las letras y las artes y las ciencias.
América destella libertades,
Que aumentan su poder almo y fecundo
Y rinden siempre al depotismo adverso:
América es la gloria de este Mundo
La esperanza feliz del Universo!

Pedro Ximénez Pozzolo.



En un album

Van las aves presurosas
hácia el bosque, por sus nidos,
y mis versos, rumurosos,
á perturbar tu recinto,
en ofrenda á tu hermosura,
tu donaire y tus hechizos,
y á pedir á Dios te colme
de placeres infinitos.

Luis Martínez Marcos.

Santa Fé, 1900.

GUY DE MAUPASSANT

Enrique Renato Alberto Guy de Maupassant nació en 1850.

Debido á su temperamento esencialmente artístico dedicóse á las letras con todo el ardor entusiasta de quien ama la belleza en sí, de quien obra obedeciendo el imperioso mandato que vive compenetrado en todas las fibras del corazón, en la íntima afectividad del sér.

Su sano criterio hízole comprender, no obstante, que no era suficiente su gran vocación literaria, para llegar á sobrevivir en la posteridad, sin haber tenido una seria preparación antes de iniciarse en el arte que tantas atracciones tenía para él. Así lo vemos cultivar aquellas amistades que podíanle demarcar seguros rumbos en el amplio panorama de la Literatura.

Por espacio de siete años, según el mismo Maupassant refiere en una de sus obras, escribió versos, cuentos, novelas y hasta un drama que sometió sucesivamente á la censura de Gustavo Flaubert. Este después de cada lectura trataba de inculcarle algunos principios, hijos de larga experiencia y que tanto aprovecharon al futuro autor de *Bel Ami*. Recordábale Flaubert, á menudo, aquellas frases de Buffon. «El talento no es más que una larga paciencia» alentándolo, de este modo, á que prosiguiera escribiendo.

Con su natural clarovidencia de espíritu, bien pronto dióse cuenta Maupassant de la dificultad del arte que abrazaba y posponiendo la satisfacción de fáciles triunfos, prometióse conquistar por medio de un pa-

ciente trabajo estas tres cualidades que forman, por decirlo asi, el caudal literario de cada escritor: crear-



GUY DE MAUPASSANT

se un estilo propio; luchar infatigablemente hasta vencer la dificultad, no resignarse á dar forma á nues

tro pensamiento hasta no haber conseguido encontrar la frase que mejor lo defina, pues: «cualquiera que sea la cosa que se quiera decir no hay más que una palabra para expresarla, un verbo para animarla y un adjetivo para calificarla.» Aprender á observar de una manera particularmente individual: ejercitar, desarrollar nuestras facultades perceptivas hasta descubrir en el objeto observado una particularidad, un detalle desconocido para el vulgo, acostumbrándo á servirse del juicio ya establecido para pronunciarse sobre él; teniendo en cuenta que nada hay en el mundo que no encierre en si una novedad, una faz oculta para el fino y paciente observador. Por fin adquirir esta otra cualidad que no parece sinó una consecuencia de la precedente: crearse una originalidad.

Se comprende que quien bajo tan auspiciosas disposiciones esperase merecer la consagración pública á su talento de escritor, lo consiguiera andando el tiempo.

La ocupación prusiana en Normandía inspiró á Guy de Maupassant su primera obra, que publicó en 1880 con el título de *Boule de Suif.* En este original é interesante episodio dióse á conocer como un estilista de primer orden, como un descriptor ameno y poseedor de una riqueza de colorido sorprendente.

Alentado por este primer triunfo publicó en el mismo año una recopilación de sus poesías con el título *Des vers.*

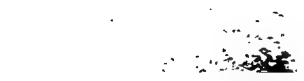
Sus demás obras que han visto la luz con éxito siempre creciente, son por orden de fecha: *Maison Tellier* (1881); *Une Vie* (1883); *Au Soleil* (1884); *Bel Ami* (1885); *Mont Oriol* (1887); *Pierre et Jean* (1888); *Sur l'eau* (1888); *La Main Gauche* (1889); *Fort comme la mort* (1889); *Notre coœr* (1891), y por último dió al teatro

con la colaboración de Mr. Norman, *Mussotte*, drama realmente tocante y conmovedor.

Del valor intrínseco de las obras del ilustre novelista miradas á través del arte, de sus tendencias doctrinarias y de sus fines moralizadores ó sociales, sólo diremos en esta ligera semblanza, que Maupassant, ardiente enamorado de la forma, trabajó con pujanza de cíclope hasta dominarla por completo, llegando á encerrar en un lenguaje breve y sencillo la robustez del período que subyuga y encanta, para los que gustan de asimilar la bondad de las ideas con el festejo triunfante de la frase musical.

Debido tal vez á su espíritu concentrativo no abusó jamás de la descripción larga ni del epíteto, entendiendo que generalmente debilitan la trama del asunto tratado. Decir mucho con pocas palabras, he ahí, lo que siempre se propuso Maupassant. Eliminar lo supérfluo, concretar, sintetizar, extraer de una frase todo el partido posible, poniendo de relieve lo que se quiere expresar con la sobriedad posible, he ahí, en lo que él cifraba su mérito de verdadero artista.

Afiliado al naturalismo por temperamento, consiguió, sin embargo, mantenerse siempre en un término equidistante de las exageraciones doctrinarias. Jamás cayó en la trivialidad del inventario banal ni recurrió á la bajeza del lenguaje para perfilar á alguno de sus personajes degenerados ó embrutecidos, comprendiendo que el arte de novelar no consiste en describir la realidad de las cosas tal como se nos presentan en su descarnada exterioridad. La verdad científica que suele mantenerse á través de los siglos inmutable y eterna en literatura tiene menos valor positivo del que se



le atribuye con frecuencia. «Verdad aquende el Pirineo error allende», exclamaba el religioso Pascal.

La verdad la percibe cada individuo según su natural idiosincracia. Ante de que ella llegue á hacerse carne en nuestra mente, es fiscalizada por la intervención inmediata de nuestros sentidos, y sin abundar en otras consideraciones, claramente se deduce que la verdad es unipersonal, pues, siendo tan contrarias las tendencias, los gustos, las inclinaciones de los hombres entre sí, imposible sería hallar siquiera dos seres que coincidieran en un juicio idéntico en diversas circunstancias de la vida.

Aplicando esta apreciación de la verdad en la novela diremos que el escritor que trata de la vida de sus personajes, ya sea describiéndonos las tiernas emociones de enamorado adolescente ya sea la sobreexcitación del criminal en siniestro acecho la personalidad del autor es la única que se pone de relieve, la que predomina siempre, pues el escritor que se propone hacernos conocer el estado psicológico de un individuo en cualquier circunstancia dada, trasmigra su alma en el cuerpo de ese individuo, y aquél, siempre aquél, es quien piensa, quien se determina bajo esa transfiguración de su *yo interno*.

Bajo este concepto de procedimiento en la novela, escribió Maupassant sus obras, cuidándose muy poco de aquel lema que la exigencia escolástica inscribió en su pórtico: «La verdad y toda la verdad», y más bien que abrogarse facultades conmunmente erróneas al verdadero rol de la novela, al pretender corregir ó legislar, propendió siempre á dejar estampada en el alma del lector una impresión estética, un estado superior de perspectiva moral al presentarnos con la

flexible modalidad de su poderoso talento la *ilusión de lo verdadero*, destacándose de este modo con propios é imperecederos rasgos su personalidad literaria, llegando á provocar la admiración de un Goncourt ó de un Flaubert cuando observa y cincela, y de un Sthendal cuando desenvuelve la urdimbre sutil y oculta del sér que piensa.

En otro género de la literatura en que nuestro ilustre biografiado alcanzó justa celebridad fué en el cuento. En este género tan difícil de agradar por su índole concisa supo sacar él un gran partido, debido en mucha parte, sin duda, á su talento concentrativo, hasta conseguir destacarse en primer término entre los *conteurs* más festejados en Francia.

Como en sus novelas, su estilo trasparente y sencillo manifiéstase en el cuento, resaltando sobre todo aquella cualidad, que Anatole France, refiriéndose al propio Maupassant le atribuye en esta forma: «Posee las tres grandes cualidades del escritor francés: en primer lugar, la claridad; luego la claridad, y, por último, la claridad».

Infatigable trabajador ha cultivado mucho ese género exhibiéndonos la vida en sus diversas é infinitas faces al describirnos la existencia de sus personajes, los cuales sin él juzgarlos, contentándose solo con darles forma y animación comunican al lector la alegría francamente ingénua y contagiosa, la placidez, la emoción, la tristeza, el dolor acerbo que resquebraja las fibras afectivas admirándose á través de todo al escritor siempre humano.

Por fin, en 1891, cuando su vigoroso talento prometía aún muchos días de gloria para el Arte sufrió una perturbación en sus facultades mentales, causada por

el abuso de la morfina, de cuya consecuencias falleció dos años más tarde.

Tronchada la existencia del querido novelista, nuestra mente nos sujiere la columna trunca de la fábula griega como el símbolo más elocuente ante pérdida tan prematura como irreparable.

FRANCISCO G. VALLARINO.



LA PARTIDA

Allí estaba la infiel, contenta .. loca
abrazando á otro amante con anhelo,
él alegre besándola en la boca
yo bramando en mis furias como Otelo.

Aún su recuerdo mi dolor provoca
pues ni una sola frase de consuelo
tuvo en su duro corazón de roca
y yo ahogué mi dolor mirando al cielo.

Ay! la miré con furia concentrada
llevándome mi alma desgarrada,
y al verle en mi partir tanta alegría,

Yo maldije iracundo aquel ultraje.. .
la noche se estendía en el paisaje
ella y él se besaban.... yo partía!....

PABLO MINELLI GONZÁLEZ.

Octubre de 1900.



Desaliento

¡Ha caido la tarde en el alma!
¡Es de noche... ya no hay mariposas!

M. Gutiérrez Nájera.

Así como esas plantas
Crecidas á la sombra,
Pálidas, enclenques,
Nostálgicas del sol;
Que un día el desconsuelo
De su existencia obscura
Ornaron, casualmente,
Con una humilde flor;

Así mi pobre vida
Se ornara una mañana
Con tímido capullo
Del arte celestial:
Un dia, casualmente,
Pulsando el arpa santa,
Algún lijero acorde
Feliz llegué á arrancar.

Más fué sólo una hebra
De luz encantadora,
Y trás brillar un punto
Volvió la lobreguez
Volvieron las tinieblas
A circundar mi vida,
Y en un silencio estéril
De nuevo me abismé.

También vi yo la senda
De flores alfombrada
Y de inpaciencia ardía
Por deslizarle el pie:
Brillantes horizontes

También me deslumbraron....
Más todo ha sido un sueño
Del cual ya desperté.

Donde otros miran rosas
Yo, sangre derramada;
La boca de una herida
Donde otro ve un clavél;
En vez del blanco lirio,
Un pálido cadáver;
Y lágrimas, no aljófar
Diviso por doquier.

En tanto que otro escucha
El trino de las aves,
El canto de la brisa,
La voz del manantial;
A mi tan sólo llegan
Quejidos y lamentos,
Imprecaciones duras,
Horrendo blasfemar.

Por tanto, canten otros
La dicha de que gozan
O el cielo que vislumbran
En medio á su dolor:
Sus notas serán siempre,
Melódicas y plácidas,
El bálsamo seguro
De un triste corazón.

Los que del alma tienen
Las fibras desgarradas,
Y sienten en sus ojos
Las lágrimas arder;
Los que el vivir contemplan
Por su costado serio,
Y penas y trabajos
Y angustias sólo vén:

¡Ay! Esos, como aquellos
Que á orillas del gran rio
La ausencia de la pátria
Lloraban sin pesar;
Colgaron de los sauces
Los dulces instrumentos:
No le pidais que canten;
¡Dejadlos sollozar!

CLAUDIO BETTEGA.

Buenos Aires, 1900



PATRIA....!

Sentiste que la cólera enemiga
triunfos hallaba en su mezquino intento
i al escalar la cumbre del tormento
caíste al peso de mortal fatiga.

Alza!.... ya el ángel de la paz te abriga;
abre hoi tus labios i con dulce acento
á tus campeones de fecundo aliento
una vez más tu gratitud bendiga.

Si es una realidad que te han vencido
los que tu suelo i la justicia hollaron,
ya se tendrán que arrepentir de su obra.

Avanza!... No te abrume haber caído;
¡si fuerzas en la lucha te faltaron,
para vengarte porvenir te sobra!

RENATO MORALES.

Arequipa, (Perú) 1900.



La Plebe



Descalza y hambrienta, cruza todos los valles, traspasa todas las montañas, atraviesa todos los mares, sin ninguna meta, sin ningún reposo, sin ningún apoyo y sin ningún consuelo.... Sus espaldas enseñan, del latigazo la sangrienta huella; sus piés muestran, de los espinos las heridas recibidas; sus callos ostentan, del trabajo la enseña; sus rostros, por el infortunio y la miseria, revelan la palidez y la tristeza de sus almas. . .

Es una inmensa legión de oprimidos; es una caravana que atraviesa la vida, cual un árido desierto que tostase el rostro, que motivase la sed, que despertara el hambre . . . Es la legión de los sin pan, de los sin patria, sin familia, sin amor. . . . Es la legión de los sin sol! . .

« Trabaja, plebe, trabaja » — Es el grito en que el látigo del Señor prorrumpe, cuando éste le empuña. Y la plebe trabaja, produce y muere. « Mi jardín está desnudo de flores; cultívalas » Y la plebe, arranca de la tierra sus « estrellas », para que el señor las contemple y goce, mientras ella, no tendrá derechos en medio de la negra noche, de contemplar á un astro....

Trabaja plebe, trabaja—yo lo mando! — Y la plebe trabaja siempre, produce siempre y muere también siempre, sin haber tenido un minuto para gozar del Amor, un minuto para gozar de la Libertad, un minuto para contemplar el Sol....

Y la plebe trabaja y produce; y cruza los valles, las montañas y los mares, cual una inmensa falange de siluetas humanas, si pan, sin patria, sin amor ..

Ha sufrido y sufre: el tormento es su única recompensa: el Calvario la única cumbre que le está obligado ascender: el latigazo el único beso que conmueve sus carnes, desgarradas y sangrando

La resignación acompaña al martirio, y el silencio responde al chasquido de la fusta.... Pero la Esperanza envía á su mente, una ténue y verde luz, que le anuncia una Era Nueva. La aspiración le da energías, y la venturosa Era Nueva, le impulsa á odiar la esclavizadora Era que se asemeja á una noche en agonía. Y el ódio, mueve á la plebe, y el gesto airado contra los tiranos, estremece á éstos.... Más la rebeldía es venc da y castigada; y las férreas cadenas nuevamente son remachadas por los cicarios y lacayos ..—La luz de la esperanza cambia de color y se vuelve roja. No es más la voz insegura del acaso la que anuncia una Era Nueva; son de ésta, los colores de la Aurora que se contemplan reales. La plebe nuevamente se estremece y el crujido de las cadenas que intenta despedazar se oye, cada día más fuertemente. Los tiranos tiemblan; los oprimidos cantan; los primeros levantan como pendones de combate, las banderas de Ayer, las banderas de la Muerte: los segundos las banderas de Mañana, las banderas de la Vida. Y lloran de rabia los tiranos; y cantan de gozo los oprimi-

dos. El poeta pulsa la lira y canta á la Revolución; el pintor transporta á la tela, la proclama del Trabajo que se agita en su mente; el escultor cincela el bloque, á cuyo pié se han de agrupar los gladiadores de la Libertad, para oir la voz del Derecho, que ha de resonar cual el trueno, haciendo estremecer à la Tiranía y la Ignorancia: á la Miseria y la Injusticia....

Estamos en la víspera de la gran jornada. La plebe estudia y canta.—La Ciencia y el arte han de redimir al Trabajo.—Pero las cadenas para ser cortadas, necesitan de las hachas y de las espadas templadas en el fuego del entusiasmo que arde en nuestros corazones de revolucionarios. Y después de templadas las hachas, las espadas y las piquetas, la Bastilla moderna será derrumbada, y sobre ella ha de ondear victoriosa mi bandera, la bandera de la plebe: una blusa encarnada, por la sangre de todos los mártires del Trabajo y de la Libertad!

.... Estamos en la Aurora de la Era Nueva.... el Sol comienza á despuntar magestuoso por sobre la elevada cumbre.... La jornada ha llegado.... ¡Ruja el León-Pueblo! ...

PASCUAL GUAGLIANONE.



Testamento del siglo XIX

LEÍDO EN LA FIESTA DE LOS ESTUDIANTES DE LA SECCIÓN DE NOTARIADO, EN NOVIEMBRE DE 1900

Viéndose el Siglo coloso,
Que es el siglo en que vivimos,
Por su edad y sus achaques
Próximo á clavar el pico,
Y queriendo sus asuntos
Dejar claros y precisos
Para evitar divergencias
Y pleitos entre sus hijos,
Apesar de los preclaros
Blasones é ilustres titulos
Que por sus hechos gloriosos
La fama le ha discernido,
Quiso en sus postrimerías
Como hombre avisado y listo
Otorgar su testamento
Cual pudiere cualquier *guiso.*

Buscó pues un escribano
Recto, probo, honrado y digno,
De esos que son de la Fé
Pública seguro archivo,
Aunque haya quienes sospechen
Que hallarlo es dificilillo,
Y fijándose en el docto
Don Sinforoso Pepino
Avecindado en la esquina
De Estanzuela y Mal-Abrigo,
Le consagró una visita
Con el fin de apercibirlo
Para que en cualquier momento
Pasara á su domicilio,
Armado del protocolo,
Las gafas y unos testigos,
Y prévias las diligencias
Y las fórmulas de estilo
Procediera al desempeño
De su noble cometido.

D. Sinforoso que es hombre
Con justa fama de vivo
A quien nunca un buen negocio
suele pillar distraído
y en el natural deseo
De glorificar su oficio
Guardando en su protocolo
Un documento tan típico,
Se arribó sin mas apremio
En la noche del Domingo
Al alcázar donde mora
Con sus dolencias D. Siglo
Radicado á quince cuadras
Mas ó menos del Olimpo;
Y tras un cortés saludo,
Presentación de testigos,
Que lo eran D. Juan Rapiña
D Andrés del Escondrijo
El Coronel Mata-Ojo
Y el General Pintachirlos
(Como se vé un par de yuntas
Aunque son tres los prescritos)

Pasaron al breve rato
Al gabinete contiguo,
Donde sin más ceremonia
Al acto se dió principio
Tal como dira en sustancia
Este relato suscrito.

Tomó asiento el escribano,
Le imitaron los testigos,
Acomodóse el cliente
Seguidamente en el sitio
Que más propio parecióle
Para ser mejor oído,
Y empuñando aquel la péñola
Con gravedad de Ministro,
Sorbiose una fuerte dosis
Del rapé más exquisito,
Calose las antiparras,
Y empezó á trazar su escrito
Con rasgos que parecían
Verdaderos geroglíficos,
En el tenor y la forma
Que á la letra les trascribo.

En la ciudad de Bullanga
A tal día y en cual sitio
Del mes tantos y años cuantos
Del Señor Don Jesucristo,
Declaro, afirmo, doy fe
Y juro con su permiso,
Que compareció ante mí
El notario supradicho
Un sujeto de buen porte
Hace cien años nacido
Sin saber como ni donde,
De padres desconocidos.
Hombre un tanto avejentado,
Con el pelo blanco albino,
Nariz corba, desdentado,
Algo enjutos los carrillos,
Luenga barba desgreñada,
Ojos redondos y hundidos
Que dijo llamarse Don
Décimo Nono el lumínico,
Acompañado de cuatro
Caballeros muy conspicuos,
Todos mayores de edad
Campechanos buenos chicos,
Corredores de verbenas,
Solteros, con muchos hijos,
Naturales en gran parte,
Algunos adulterinos,
Y *ad magorem g'oriam sua*,
Como diría un obispo,
Entre tanta faramalla
Casi ninguno sacrílego,
De todo lo cual tambien
Doy fé en este codicilo;
Y dijo el más formalote
Que era el Nono consabido,
Que siendo su voluntad
Evitar todo litigio,
Iba á otorgar testamento
A favor de sus legítimos
Herederos, herederas,
Legatarios y otros bichos,
A fin de que cada cual
A su derecho atenido
Dejara de armar camorra
Por los siglos de los siglos.

Acto continuo el anciano expuso
Que era dueño y señor de pingüe herencia
Una parte heredada y la más gorda

Debida á su talento y su destreza:
Manifestó que el vasto patrimonio
De sus caudales, á sus hijos llena
De justo orgullo, aunque deplorando
Lo mal que muchas veces lo emplean.
Mentó el vapor como el primer agente
Para explorar y fecundar la tierra
Uniéndolo en consorcio placidísimo
Con *ña* electricidad su compañera
Presintiendo los hijos portentosos
Logrados y ha lograr de tal pareja.



Con lujo de detalles fué exponiendo
Los mil tesoros que su archivo alberga,
Sus palacios flotantes por los mares,
Sus régios monumentos de la tierra,
La audáz locomotora devorando
Aquí, allá, y doquier leguas y leguas,
Para llervar de un confin al otro,
Gentes, luces, costumbres y cosechas.

Citó con cierto orgullo los prodigios,
Que embellecen y asombran el planeta:
Altivos puentes, colosales torres,

Largos canales, fábricas inmensas
Oscuros túneles, imponentes diques
Soberbios templos, máquinas de guerra.
Mil artefactos de admirable ingenio
Y otro sin fin de cosas estupendas
Cuyo mero detalle abrumaría
Al hombre de más sólida mollera.

Después de terminado el inventario
De lo grande, en que funda su grandeza,
A fuer de imparcial abrió el archivo
Do prolijo guardó las bagatelas
Que durante su imperio ha producido
La humana actividad ó la simpleza,
Y que el tiene en legajo separado
Con el rótulo de *cosas pequeñas:*
Aquí salió á lucir el miriñaque
El polizón, los rulos, las peinetas
De mil variadas formas y tamaños
Con que se engalanaron las cabezas
De nuestras buenas madres, deseosas
De exhibirse en saraos ó en novenas.
Pasaron en confusa turba multa
Elíxires, extractos, panaceas,
Tinturas, enlolientes y menjurges,
Artefactos, caprichos y rarezas:
Graves secretos de estirar la vida
Hacer fortuna, ó adquirir belleza
Según pregona en ostentoso *affiche*
Con su trompa la fama vocinglera
Montada sobre el lomo del Centauro
Ó en ancas de la flaca bicicleta.
Y cerraba la marcha la familia
De los postizos, ínclita caterva
Que lleva en su estandarte la divisa
De que lo que no existe se remeda,
Y cuenta con lunares de zaraza
Pantorrillas de afrecho ó gutapercha
Redondos senos de algodón mullido

De mórbido cauchouth, amplias caderas,
Por cual razón se ha dado mas de un caso
De que un galan, fiado en apariencias
Al ir, ya consumado el grato enlace
A entrar en posesión de tales prendas
Y hallar todo de engaña pichanga
El infeliz perdiese la chaveta

Cerrado este capítulo vió el testante
Que ya el pobre notario cabezea,
Y los mismos t stigos en su asiento
De vez en cuando sin querer bostezan,
Motivos por los cuales resolviose
A poner pronto fin a su faena,
Dejando sin mentar varios asuntos
Concernientes de lleno á las ciencias
Políticas, sociales, económicas,
Morales, religiosas y otras yerbas,
Que tambien han tomado nuevos rumbos
Y ofrecen proyecciones tan complejas,
Que el testador dejó en un cajón aparte
Con carátulas de *cosas que queman*
Sólo para advertir en breve forma
La que el presente al porvenir reserva.

Resumido ya el acervo
De la manera abreviada
Que dicho queda, empezaron
Los legados y las mandas
Con el tino y buen criterio
Del que aún cree en el alma
Y abriga el santo propósito
Si es posible de salvarla,
Y á quien por ende interesa
La felicidad humana
Así que formal dispuso
En esta primera manda
Para el día de su entierro
Evitar toda algarada,

Porque lo carnavalesco
De estos actos le empalaga,
Y le gustaría poco
Verse en un coche de gala
Arrastrado gravemente
Por ocho brutos de raza,
Ejemplares escogidos
De entre la innúmera casta,
A los cuales siguen otros
Llevando sendas carradas
De pertrechos vejetales
Dispuestos en formas varias,
Todo movido al compás
De una modesta charanga

Que ameniza la función
Con aires de la Traviatta
Que es lo que más contribuye
A llenar calles y plazas
De curiosos, atorrantes,
Y gentes de toda laya,
Deseosos de averiguar
Si el gefe de la comparsa,
Que preside el feligrés
Tendido en la negra caja,
Estaba satisfecho ó nó,
De la fiesta improvisada.

Agregó á renglon seguido
Todo cuanto le afectaba
Ver los aspectos que toma
La chifladura mundiana
Lo mismo en la vieja Europa
Que en la novísima Australia,
Tanto en las altas esferas
Como en las zonas más bajas,
Pues por doquiera parece
Que los hombres se empeñaran,
En desconcertarlo todo
De la manera más bárbara,
Ya con propósitos torpes,
Ya con tendencias non sanctas,
Ora forjando utopías
Que parecen cuentos de hadas.
Ora hacinando dislates
En estupendos programas
Con que pretenden llevarnos
A la bienaventuranza.
Éste halagando á los necios
Aquel sirviendo á los sátrapas,
Aquí forjando castillos,
Allí haciendo aristocracias
Con sus lacayos y todo
Apesar de la algarada
Con que las echó al carnero
La doctrina americana.
Más lejos creando imperios
De ralea estrafalaria
Para fomentar enconos
Entre pueblos, clases, razas,
Como si retrocediéramos
Al tiempo de las cruzadas,
O la humanidad sufriera
De alguna fiebre malsana
Que ha escalado los palacios,
Ha bajado á las cabañas,
Va invadiendo los gobiernos,
Va infiltrándose en las masas,
Y parece prepararnos
Para fecha no lejana
Algún fiero cataclismo
Preñado de sangre y lágrimas.

Cerrado el antecedente
Párrafo de circunstancias
Que según el testador
Graves trifulcas amagan
Y animado del propósito
Muy laudable de evitarlas,
Quiso resumir su anhelo
Total en breves palabras
Y ordenó: que todos juntos
Los hijos de su prosapia
Ricos, pobres, grandes, chicos,
Magnates y gente llana,
Arrimáramos el hombro,
Llenos de fé y confianza
Sea colectivamente
O cada cual en su casa:
Ya dando buenos ejemplos
De una conducta sensata,
Ya propagando doctrinas
E ideas de buena chapa,

O infundiendo á los soberbios
Condescendencia y cachaza,
A los humildes paciencia,
A los exaltados calma,
Virtud á los magistrados,
Mucha cordura á las damas
Para que no gasten tanto
En dijes, trajes y alhajas,
A los Ministros de Hacienda
Que no descuiden las arcas,
A los fiscalizadores
Que controlen las Aduanas
Y á los Jefes de Oficinas
Por donde surja metralla
Que no tengan ni permitan
Criar las uñas muy largas,
Porque este es sólo atributo
Del tocador de guitarra.

También dijo convenirnos
Que á porfía se inculcara
Al comercio buena fe,
A los artesanos maña,
A los médicos cautela,
A los juristas agallas
Para salvar el derecho
Contra todas las patrañas,
A los boticarios que
No den lino por mostaza,
A los especuladores
Que no jueguen á la baja
Ni forjen trusts, sindicatos,
Stoks i Sports de otras calañas
Para acapararlo todo
Y dejarnos las piltrafas;
Porque puede sucederles
Una tremenda *debácle*
Como acaba de ocurrir
Con los negocios de lanas.
A los publicistas tino
Al presupuesto rebajas,
A las niñas consecuencia,
A sus dragones palabra,
A los señores pulperos
Que al vino no le echen agua.
A las empresas que guarden
Lealtad con quien les trabaja,
Y no le aumenten el tiempo
Ni cercenen la soldada;
Pero en cambio los obreros
Consiguen en su programa
El no pedir gollerías
Ni meterse en asonadas,
A los gobiernos que eviten
Los playones y las playas,
A los revolucionarios
Que no vengan con alarmas,
A los despilfarradores
Que no produzcan más trampas,
A John Bull que deje en paz
A la gente transvaliana,
Pues tiene muy poco chiste,
Eso de crear escuadras
Tan sólo con el objeto
De invadir tierras lejanas,
Apoderarse de todo
Cuanto se cotiza en plaza
Para enriquecer granujas,
Entusiasmar papanatas,
Y dejar las pobres víctimas
Arrancándose las barbas.
Y por fin tambien dispuso
Con gravedad diplomática,
Dirigir un ultimatum
En la forma acostumbrada
A esas grandes . . potencias
Que hoy ofician de piratas
Cometiendo á cada paso

Enormes barrabasadas.
Que dejen la pobre *China*
Libre de sus artimañas
Para que coma tranquila
Sus nidos de salanganas,
Chupe cuando tenga sed
Sus riquísimas naranjas,
Fabrique sus abanicos,
Manipule sus pantallas,
Fume el opio y tome el *the*
Servidos por camaradas,
Puesto que las camareras
Suelen resultar muy caras,
Rape con fuerte tijera
La trenza á todos sus sátrapas
A fin de que nunca más
La metan en tales danzas,
Y en recompensa al cariño
Con que acabo de tratarla
Mande siquiera una rica
Vajilla de porcelana.

Tal en resumen fué lo que me expuso
El testador ilustre en su relato,
Y según lo prescribe el Tercer Libro
Del Código Civil, Titulo Cuarto,
Leído que le fué ante los testigos
Que firmarán al pie, en un sólo acto,
Sin objetar ni un punto ni una coma,
Entero lo dijo ratificado,
Conste así pués—Doy fé,—Muy buenas noches
Y que ustedes dispensen el mal rato.

SINFOROSO PEPINO, Escribano

El Amanuense.

TOMÁS CLARAMUNT.



BODAS DE ORO

La lluvia, cayendo sin violencia, mecía la casa con un repiqueteo rítmico y dulce que convidaba al sueño. Todo dormía, y en la alcoba, sobre el velador, la lamparilla continuaba ardiendo. Su mecha, ya carbonizada, enrojecía el tallado globo de cristal; una columnilla de humo denso subía por el tubo ennegrecido, y un resplandor suave, de un rosa pálido, bañaba los muebles, la alfombra, los desnudos amorcillos del cielo-raso.

En medio de aquel gran silencio de la media noche, el acompasado *tic-tac* del péndulo del comedor llegaba hasta allí como el débil latido de la casa dormida; y en el lecho, entre el blancor de la colcha, de las almohadas, de las coquetas cortinillas de muselina, los dos abuelos continuaban despiertos.

Ambos estaban inquietos, febriles, nerviosos, excitadas sus infantiles imaginaciones por toda una polvareda de recuerdos felices, de cosas ya pasadas y lejanas, que, como una alegre bandada de mariposillas blancas, parecían aletear allá en las espesas sombras en que dermían sus gástados cerebros de viejecillos octogenarios.

¡Cómo! ¿con qué era verdad? ¿con qué hacía cincuenta años de la primer noche de bodas?....

Se admiraban, se aturdían ante ese loco correr del tiempo que todo lo echa abajo. En medio del derrumbamiento de todo lo demás; la época plácida y feliz de sus amores resurgía como un ensueño de entre

aquel pasado ya vuelto escombros. Arrastrados por los recuerdos creían ver de nuevo el jardín donde se daban cita, el verde limonero á cuya sombra cambiaron el primer beso. Luego, aquella mutación lenta y sucesiva operada en el amor, mostrándolo en todas sus diversas fases hasta transformarlo en su misma esencia, en un amor espiritualizado, ya libre de pasiones y de deseos, acababa de asombrarles. ¡Dios mio, cuánto cambio en aquella mitad de siglo transcurrido!

Se interrumpieron: la llama de la lamparilla osciló. En el rojizo resplandor que poco antes bañaba los muebles, la alfombra, los desnudos amorcillos del cielo raso, hubo una última contracción, un supremo espasmo en que la luz pareció fundirse. Todo quedó en sombras.

Y entonces, en la oscuridad, bajo las cobijas, ante aquellos recuerdos de antaño que ellos vislumbraban allá en sus gastados cerebros, los dos abuelos se abrazaron llenos de emoción. Una necesidad de confesarse mutuamente sus pensamientos, de volverse á contar todas las impresiones recogidas aquel gran día y evocadas esa noche, los dominaba. Los detalles íntimos, los menores incidentes de la boda, desfilaron uno á uno.

—¿Recuerdas que noche hizo, Luisito?

—Sí, Rosita; bastante fría, pero no tanto como ésta!

—A ti me parece verte, toda de blanco y cubierta de azahares. ¡Si parecías un angel!

—Recuerdo que, después, ya vueltos de la Iglesia, bailamos un *minuè*.

—¿Y cuando nos hallamos los dos solitos, frente á frente, en nuestro dormitorio?

—¡Ah!
—¡Te besé en los ojos!....
—Sí....
—Tú estabas ruborizada, ¡no querías!....
—¡Tonto!

Y siempre así, en medio de la densa oscuridad que los envolvía, bajo aquel repiqueteo rítmico y dulce con que la lluvia parecía mecer toda la casa, ambos seguían charlando, quedo, muy quedo, junto al oído como dos novios. Después, sus vocecitas, sus cuchicheos, sus risillas picarescas de chicuelos precoces, fuéronse debilitando gradualmente. Las frases quedaban sin terminar, los intervalos se hacían más largos. De pronto enmudecieron. Y entonces, dos ronquidos prolongados llenos de calma, resonaron en la alcoba fría, somnolienta, poblada de sombras.

Se habían dormido.

JUAN PICÓN OLAONDO.



EL PEZ POR LA BOGA....

Al andaluz Luis Lafuente
Que llegó del Ecuador,
Le preguntó un buen señor:
—¿Será el clima muy ardiente?
Y él dijo:—Pus jusgue osté,
Por esto que es sorprendente:
Un día er hielo toqué
Y estaba el hielo.... *caliente.*»

F. NEBEL.



¡Ven!

¡Oh! ven, quiero ir contigo por los bosques desiertos,
Allá lejos, muy lejos, admirar tu hermosura,
Nos espera una barca con sus brazos abiertos
En lo más escondido de la verde espesura.

Verás cómo las linfas por las sombras besadas,
Los reflejos adquieren de pupilas oscuras,
Cabrilleo de luces que juega en las miradas
Con que tu me cautivas y mis ansias torturas.

¡Ven, mi amada! aspiremos las brisas florestales,
¡Ven! que ya ostenta el río su lúbrico fulgor,—
La barca allí flotante, que velan los sauzales,
¡Será la fresca alcoba de nuestro ardiente amor!!

Y cuando el cielo irradie su gloria vespertina,
Diluyendo en tu rostro su brillo sonrosado.
Estarás tan hermosa, que creeré que una ondina
En mi barca contemplo de pasión extasiado!

¡Oh! seré tan dichoso cuando á mi lado vea,
Mecerse tu cabello besado por la brisa!....
Cuando en tu tierno rostro, de hermosa citerea,
Mire abrirse radiante la flor de tu sonrisa! ...

Entonces en la escena de misteriosa calma,
Dó el perfume se eleva mezclado con los cantos,
Será impoluta mirra lo tierno de mi alma
Quemándose en el fuego de todos tus encantos!!

. . . .
. . . .

¡Ven, mi amada! aspiremos las brisas florestales,
¡Ven! que ya ostenta el río su lúbrico fulgor,—
La barca allí flotante, que velan los sauzales,
¡Será la fresca alcoba de nuestro ardiente amor!!

FRANCISCO G. VALLARINO.

VISION DANTESCA



Rodó por tierra, vacía ya y haciéndose añicos al dar contra el suelo, la última botella. Con mano insegura y rociándome hasta empapar la elegante indumentaria, apuré de un trago y sin dejar ni una gota, el prolífico licor. Mi brazo y mi sér todo, torpes y pesados, cayeron sobre el diván, apoyándose á medias sobre el cuerpo del dormido anfitrión, transformado por la borrachera en masa inerte. Contagiados por la modorra invencible del cuerpo, mis ojos se resistieron á mirar, y el desorden de la mesa, el destrozo ó desaliño de ropas violentamente tironeadas, las grotescas expresiones de caras y cuerpos transformados por los humos del alcohol, arrojados más bien que caídos sobre las sillas, la mesa ó el suelo, fuéronse confundiendo en densa bruma primero, y desaparecieron luego como cambio de cuadro en escena fantasmagórica . . .

Me hallé rejuvenecido. Sintieron mis miembros, libres ya de la ropa que les aprisionaba, imperiosa necesidad de estar en movimiento, y mi actividad intelectual, ánsia extrema de entrar en acción. Palpé el imberbe rostro, convenciéndome de la falta de mi barba y de la tersura de mi cutis, surcado de arrugas hasta hacía pocos instantes, busqué en vano, los amigos,

la sala del festín...: todo había huído de donde me encontraba, ó yo lo había abandonado sin darme cuenta. No estaba yo en casa de Raimundo, en el amplio y severo comedor de oscuras colgaduras y monumental chimenea, monótono y sombrío en su decorado, sino que herían mi vista, obligándome á hacer parapeto con mi mano, los rayos de un sol primaveral, comunicando la intesidad de su luz y realzando la lozanía de los colores de la feraz campiña en que me hallaba.

Ante mi vista un lienzo de muro en cuyo centro veía una puerta entreabierta, que dejaba adivinar tras de sí gran movimiento y una agitación marcada, interrumpía la linea del horizonte: única manifestación de la vida y sus cuidados en aquel espléndido rincón del mundo, en que sólo sentía yo un ánsia inmensa de gozar de la vida en toda su plenitud.

Cuando pude volver de la sorpresa del primer momento, cuando, ya sobre de mi pude darme cuenta clara de mis impresiones, comprendí que, aunque era imposible para mí sustraerme á la exuberancia y á la esplendidez de aquella naturaleza, al actractivo de su tranquilidad patriarcal que inducía á no abandonar jamás aquellos lugares, un impulso de irresistible curiosidad, un vehemente deseo de actividad y de investigación, me arrastraba, empero, hacia la puerta. ¡Qué dudas! ¡qué lucha para decidirme! Varias veces llegué hasta los umbrales y otras tantas retrocedí deslumbrado por el encanto indescriptible y avasallador de la naturaleza que rodeaba al vetusto muro y á la resplandeciente y dorada puerta. Como Ovidio habría podido decir entonces:

«Ter limen tetigi, ter sum revocatus, et ipse
Indulgens animo pes mihi tardus erat.»

Creí entrever, por la entornada puerta, señas á mí dirigidas, y oir, dulces como un suspiro y melodiosos como música de celestiales arpas, llamados que pronunciaban á media voz mi nombre, reclamándome tiernamente con palabras fatigosas y entrecortadas como las del deseo: un fluído delicioso recorrió, en un instante, mí cuerpo todo, bañándolo hasta la punta de las extremidades que inconscientemente tendieron á encogerse, replegándose sobre sí misma, y transportado, enloquecido, cubrí con mis manos los ojos para contarme el espectáculo deslumbrador é irresistible de la naturaleza, y me precipité contra la puerta, abriéndola de un empellón.

Vaciló mi cuerpo; un escalofrío y la falta de punto de apoyo para mis pies, me dieron la impresión del vacío: sentíme precipitado en una caída eterna que suspendió un instantante las energías vitales de mi sér. ¡Juzgad de mi atribulación durante aquellos instantes que fueron siglos para mi sér moral! ¡Vacío abajo, cielo arriba,... un cielo con resplandores de hoguera, surcado continuamente por relámpagos! Juraría que en aquellos momentos, y con letras de fuego aparecieron ante mis espantados ojos, cual nuevo *mano thacel phares*, las fatídicas palabras del siniestro gibelino:

«Dinanzi á me non fur cose create,
Se non eterne, ed io eterno duro:
Lasciate ogni speranza, voi che entrate,»

y atribulado, perdido, en el paroxismo del espanto y la desesperación, me faltó el conocimiento y, nuevo caballero de un Apocalipsis nuevo, me precipité en el abismo.

*
* *

Cuando volví á la razón, una ola humana me llevaba en su seno, arrastrándome con la rapidez vertiginosa del huracán: me deje llevar. Un nuevo mundo apareció ante mi vista, como á los ojos de Jacob la tierra prometida, y, cegado por sus actractivos, me lancé de lleno á él, sin pensar siquiera que aquel cielo color de rosa y aquellos horizontes dorados ocultaban espinas más punzantes y más numerosas, bajo aquel esplendente manto que las cubría, que el mundo reducido y mezquino que acababa de dejar. Halagado por las sonrisas de aquellos hombres y atraído por sus cumplidos, que sólo eran vana fórmula exterior, traté de engolfarme en aquel mar de bullicioso aspecto, en el que toda una vida de batallas y de esfuerzos se debatía sin màs objeto que el de la propia conservación, tratando de mantenerse á flote.

Había pasado los umbrales y era imposible retroceder; deslumbrado el primer momento había cedido á ciego impulso, y ahora que, con aquellos que se iniciaban, caído como yo en aquel torbellino, entraba á aquel mundo nuevo, debía adaptarme por fuerza al medio y luchar como ellos, que imitaban á los demás para mantenerse á flote. Caí entonces en la cuenta de mi verdadera situación, y la dolorosa y brutal realidad de siempre, formulada en el pensamiento de otras veces, acudió á mi memoria: ¡Necio de mí que había abondonado las ilusiones de la adolescencia para pensar en el problema fundamental de la vida del individuo en sociedad! ¡Estúpido é incauto había sido en no continuar siendo niño, como hasta el momento en que las flaquezas de la carne y el deseo de investigar lo desconocido me arrastraron, en mal hora, á abrir la misteriosa puerta! No podía volver ya: como la mujer

prostituída, había dado el primer paso en la resbaladiza pendiente, y, uno tras otro; mis vacilantes pasos me habían sumido en el abismo. A mis ojos, dejaba ver el velo brutalmente descorrido, un cielo plomizo y un horizonte negro, mientras en la tierra un hormiguero contínuo, me daba á entender que los seres que poblaban aquel mundo, vivían unos matando moral ó materialmente á otros, tratando de arrancarse de la boca el negro y mísero mendrugo diario. ¡Ay del caído ¡En mal hora había flaqueado! Los demás, no sólo le negaban su ayuda, sino que, cual terrible manada de lobos hambrientos, se lanzaban sobre él para arrancarle, aunque de dentro de la boca fuerá, el escaso alimento que conservaba aún al caer. Los menos, aquellos que, por no confundirse con la turba, librándose así de las celadas de sus semejantes, ó que inspirados por un sentimiento egoista de beneficencia, no hacían daño al que caia, se concretaban á mirarle con indiferencia y sonreír, como si dijeran: ¡estaba escrito; no volverás á levantarte!

¿¡ Dónde estaba ! ?—no era aquel el mundo que había entrevisto desde el hogar!: faltábanle el amor propio, y el amor respecto del hombre á sus semejantes, la caridad, la abnegación, la generosidad, el perdón y olvido de los agravios, la sinceridad, el amor á lo bueno y á lo noble, la veracidad, el amor de los padres á los hijos y de éstos á los padres en igual grados.... ¿¡Dónde estaban aquellas nobles y grandes manifestaciones del hombre á los de su misma especie que, con solícito empeño y ternura infinita, mi madre había ido inculcando en mi corazón, desde que pude balbucear la primera sílaba! ? ¡Allí nada había! . cieno, miseria, dolores interminables, desolación contínua

tal era el cuadro que, anonadado, presenciaban mis ojos, mientras destrozaban mis oídos y oprimían terriblemente mi corazón las gritos brutales arrancados por la satisfacción de los inmundos placeres de la carne, y la carcajada orgiástica dada por el verdugo como respuesta á los quejidos de la víctima!

Atronados los oídos por los gritos de unos, las imprecaciones y las carcajadas de otros, las exclamaciones de salvaje alegría de éste al hundir á quien, al verle caer antes, le tendió generosamente la mano, los quejidos de aquel que, un momento antes, se gozaba en la agonía del de más allá y gemía, à su vez, ahora, un turbión de sangre invadió subitamente mi cerebro, sentí un estremecimiento terrible, una angustia inmensa, y resumiendo en un grito tremendo mis dolores, ante los tormentos y dolores que se ofrecían á mi vista, exclamé:

—¿Qué es esto?

—La vida, respondió á mi lado una voz cascada y cavernosa. Ante mis ojos, desmesuradamente dilatados por el espanto, una vieja, de mirada siniestra y acerada, envuelta en un girón de manto negro, sonreía sardónicamente, mostrando escasos y negros dientes carcomidos. Aterrado, intenté retroceder.

—¡Vete, déjame, visión maldita; no me atormentes!

— Siempre me hallarás á tu lado en la vida, replicó lenta y friamente la espantosa mujer.

—No es cierto, murmuró, con la dulzura del arrullo materno, una voz fresca y joven, á mi otro oído: y un fantasma de rubios cabellos, rodeando un rostro soberanamente hermoso y sensual, apareció envuelto en verde y luminoso manto ante mi atribulada vista,

tratando de interponerse entre la horrible visión y yo. Ven conmigo, prosiguió.

—¡Oh; sí, sí, murmuré anhelante y con desfallecida voz; ¡llévame, llévame lejos de aquí!.... Y cuando mis brazos se tendían á la angélica criatura, dos manos huesosas se posaron sobre ellos, oprimiéndolos como tenazas, y mé atrajeron brutalmente al seno de la horripilante vieja que habló primero. Gritos, súplicas, lamentos, forcejeos, todo fué en vano: ya no pude desprenderme de sus brazos, y el verde fantasma huyó para siempre de mi vista.....

Cuando extenuado, vencido de dolor y abrumado de desesperación, formulé, en una interrogación suprema, un desfallecido ¿quién eres?, á mi terrible apresadora, sus amarillentos labios se contrajeron para dibujar un espantosa sonrisa y su hueca y cavernosa voz dijo pausamente con una frialdad glacial:

—¡La Decepción!—¿Querías irte con la Esperanza, prosigió con aterradora calma, ¡iluso mil veces iluso! ¡no sabes que, tras del verde pero impalpable manto de la Esperanza, están mis brazos en acecho de los que, imprudentes como tú, le tienden los suyos!; ¡no sabes que sólo yo soy realidad y que ella no es más que quimera, que en la vida, tras de la Esperanza, que en vano se acaricia, y de la Felicidad, que inútilmente se persigue, sólo se encuentra la Decepción, que nunca se acaricia, que nunca se persigue, y que siempre os apresa!

. . . .

El choque de algo pesado contra el duro suelo y que, agigantado como todo lo que se percibe durante el sueño, debió parecerme una barahunda infernal, me despertó. Un viejo Diccionario de la Academia, que

había puesto la noche anterior encima del montón de códigos que tengo sobre mi escritorio, había caído por un movimiento del brazo derecho en que reposaba mi cabeza; la lámpara ardía aún, luchando con un rayo del sol de un bellísimo día de verano, que entraba por el balcón, bañando intensamente las emborronadas cuartillas, y las cinco de la mañana daban en el reloj de mi estudio. ¡Había soñado!

Había soñado, sí, pero brutales y desoladas realidades, qué dejaban en mi ánimo el frío intenso, la tristeza eterna del desengaño, y el peso abrumador de la cruz de la existencia en el *via crucis*, sin Estaciones, de la vida.... «nessun maggior dolor, che quel de vivere», murmuré, acabando la frase de Dante con mi propio pensamiento, y reanudé el escrito interrumpido.

AMBROSIO L. RAMASSO.

Montevideo, Octubre de 1900.

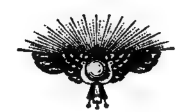


NADERIA

Tu religión, Nazareno,
es para algunos un freno,
para otros costumbre i ocio,
gran consuelo para el bueno,
para el pícaro negocio.

SAMUEL VELARDE.

Arequipa, (Perú) 1900.





EMILIO ZOLA

EMILIO ZOLA

Emilio Zola, el *Pontífice del Naturalismo*, como le llaman, cuenta actualmente sesenta años de edad.

Los primeros pasos de su carrera literaria fueron difíciles. Pobre, apurado más de una vez por la miseria, vióse obligado á vivir modestamente entre obscuros trabajos literarios que casi ningún nombre ni provecho le reportaron, hasta que más tarde, y figurando como empleado de la casa editorial de Hachette, publicó su primera novela, *Los misterios de Marsella*, obra á la que siguieron sucesivamente, los *Cuentos á Ninón* escritos en 1864; *El voto de una muerta y La confesión de Claudio* (1865); *Teresa Raquín* (1867) y *Magdalena Ferat* (1868).

Pero todas estas obras entre las cuales hay algunas que llaman justamente la atención por la profundinad psicológica y el interés dramático que encierran, fueron muy pronto eclipsadas por *Los Raugon Macquart*, siendo aquí, en esta larga serie de novelas que abarcan todo el vasto plan en que su autor se propuso describir «la historia natural y social de una familia bajo el segundo Imperio», donde Zola se reveló y dió á conocer sus verdaderas ideas, la insuperable potencia de observación que le permite llevar al análisis hasta lo infinitamente pequeño, su creencia en el *determinismo* y en la fatalidad de las influencias hereditarias.

Sin embargo, los primeros volúmenes de *Los Rougon Macquart* no tuvieron en un principio el éxito que más tarde hubieron de obtener. *La fortuna de los Rougon, La Ralea, El vientre de Paris, La conquista de Plassans, La caida del padre Mouret y*

su Excelencia Eugenio Rougon, fueron poco leídas, pasando casi inadvertidamente entre la inmensa cantidad de publicaciones nacionales, hasta que se publicó *L'Assommoir,* cuya aparición conmovió profundamente á la sociedad francesa, escandalizando á la *burguesía,* y haciendo que la figura literaria de Zola comenzara á adquirir la popularidad y el nombre de que hasta entonces casi careciera. A partir de aquí, todo cambió; una nueva era de gloriosa resurrección comenzó para el maestro, y todas aquellas obras tampoco leídas, tuvieron un éxito retrospectivo asombroso, siendo traducidas en casi todos los idiomas de Europa y dando lugar á que la crítica y la prensa se ocupase largamente de ellas. Luego, más tarde, Zola publicó *Une page d'amour; Nana* (1880); *Pot-Bouille* (1882); *Aubonheur des Dames* (1883); *La Joie de vivre* (1884); *Germinal* (1885); *L'Œvre* (1886); *La Terre* (1888); *Le Rêve* (1888); *La Bête humaine* (1890); *L'Argent* (1891); *La Dèbâcle* (1892); *Le docteur Pascal* (1893), obra esta que cierra la serie de *Los Rougon Macquart,* y en la que su autor, por vez primera, hace resaltar un espíritu más elevado, un espíritu nuevo, y que por consiguiente ya deja de pertenecer á la sociedad del segundo Imperio. Pero fué realmente con la aparición de *Germinal* y *La Terre* cuando Zola llegó á la meta de sus triunfos. Las polémicas entre los enemigos y los partidarios de la nueva escuela recrudecieron entonces con más vigor que nunca, y zaherido por unos, glorificado por otros, Zola fué proclamado *Pontífice del Naturalismo.*

Después de *Le docteur Pascal,* Zola, siempre fecundo é incansable, ha publicado *Lourdes, Roma, Paris,* y últimamente, *Fecondité,* obra esta que abar-

ca todo un interesante problema social, y en la que su autor, con una fuerza de carácter incontrastable, nos deja ver las abominaciones más monstruosas y las reconditeces más íntimas del lecho conyugal. Pero la inmensa labor literaria del maestro aquí no pára. Ahí están las recopilaciones de sus pequeñas novelas y algunos tomos de crítica literaria, como *Le Roman expérimental* (1880); *Les romanciers naturalistes* (1881); *Nos auteurs dramatiques* (1881); *Le naturalisme au thèâtre* (1881); *Documents litteraires* (1881); *Une campagne* (1882); esto sin contar sus obras teatrales, y entre las cuales citaremos *Teresa Raquin* (1873); *Les Heritiers Rabourdin* (1874); *Le bouton de rose* (1878); *Renée* (1887); *Le Ventre de Paris* (1887).

¡Qué fecundidad más portentosa! Es algo colosal, que nos recuerda á Hugo. Luego, cada una de sus novelas son otros tantos kaleidoscopios de la actividad humana, donde el lector ve desfilar á todo un pueblo de obreros ó de campesinos, á toda una pandilla de comediantes, á todo el enceguecido rebaño de un ejército falto de disciplina que voceando la Marsellesa de la victoria marcha hacia Berlin, para caer luego vencido, en medio del estupor de la derrota, dentro de los humeantes muros de Sedan y de Biziéres. En la concepción y en el desarrollo de sus novelas Zola es un Hércules. No se contenta con manejar individualidades síno en presentarnos verdaderas masas humanas. Sus personajes, principales ó secundarios, cumplen cada cual su cometido con una precisión matemática, asombrosa, admirable. Véseles marchar asi hasta el fin, sin confundírseles, caracterizados cada

uno de ellos por este ó aquel otro rasgo distintivo que constituye su personalidad propia.

Y sin embargo, Zola no es un artista á la manera de Daudet en lo sútil y delicado del estilo, ó de Gustavo Flaubert en lo sonoro y robusto de la forma, ó de Teófilo Gautier en el pulimento de la frase brillantemente cincelada. Sus modelos no han sido trabajados sino á grandes golpes de martillo, golpes maestros en que palpita el genio, la vitalidad, todas las energías de un cerebro sano y vigoroso, mas sin poseer la presunción y el atildamiento de un espíritu enamorado que busca la pureza de la línea y del contorno. Sus figuras no sujieren la perfección plástica de la Venus de Milo ó del Moisés de Miguel Angel, sino que resaltan bruscamente, con esa tosca dureza de relieve que distingue á las esculturas egipcias. La obra de arte es allí sacrificada por la cargazón y la complejidad del detalle, por la falta de selección, de eliminación y de concreción que se observa en todas las piezas que forman el conjunto, y bajo las cuales, cruje el enorme andamiaje de sus obras literarias. Y es así, que Zola, en lo que siempre ha sido más duramente criticado, es en lo extenso de ciertas descripciones que figuran en muchas de sus obras. Efectivamente, en *Une page d'amour*, en *La Bête humaine*, en *Nana* mismo, hay descripciones donde Zola á fuerza de querer abarcar con su lente de observador todo cuanto le ofrece el mundo externo, ha caido en el inventariado, en el detallerio minucioso, y de ahi esas descripciones largas, brillantemente escritas, con mucho colorido, y que aisladamente bastarían por si solas para dar gloria á su autor, pero, que allí, en un texto de doscientas cincuenta páginas, no encajan convenientemente, y si

fatigan al lector con la abundancia de detalles que ellas contienen, haciéndole perder la orientación de la obra, la trabazón de las escenas, la tésis moral que desarrolla, y hasta casi olvidar los rasgos más salientes del carácter psicológico de los personajes que estudia.

Otras de las causas porque la crítica ha fustigado á Zola, ha sido por los desnudos pasajes que se ven en *Pot-Bouille, La Terre, Nana,* y en algunas otras de sus novelas. Pero es importante tener presente que si Zola ha recurrido alguna vez á tales medios, no lo ha hecho con otro fin que con el de romper con todo prejuicio de procedimiento, de desnudar sin parar mientes en ningún pudor á una sociedad que chapotea en el fango de la degeneración y el vicio, y de hacer triunfar su escuela, una escuela literaria que si no es la verdad misma muy cerca está de serla. Así, él nos deja ver las funestas consecuencuencias que un vicio, una mala inclinación, siempre la fatal influencia de alguna predisposición hereditaria, hacen de la víctima una criatura miserable y repugnante, un ser inconsciente que obra impulsado por la ley atávica que se cumple fatalmente en él y por el medio ambiente en que actúa. Luego, sucede á veces, que la víctima, en un instante de lucidez, parece erguirse, y arrepentida, trata entonces de rehacer el mal camino andado entrando por la buena senda. Pero esto dura poco. Sus ideas de rehabilitarse, sus deseos de regeneración, son nuevamente vencidos por el temperamento, por la costumbre, por el hábito, por la fatal influencia hereditaria que la hacen rodar otra vez y para siempre hasta el abismo.

Y durante esta larga lucha, durante este largo pro-

ceso que abarca toda la vida de un hombre, Zola es inflexible é implacable. Allí, frente á la víctima, junto á la mesa de disección donde él opera, el maestro despojado de todo convencionalismo social se convierte en el médico, en el anatómico, que, fríamente, con la serenidad de un cirujano, hunde su escalpelo en la carne pútrida, cercena miembros, corta tejidos, descubre llagas, sin preocuparse de si esto dará lugar á que muchos de los presentes den vuelta los ojos. Y ahora, si bien es muy cierto que una tendencia á hacer triunfar el mal y no el bien se observa en todas las obras de Zola, esto no obedece á otra cosa que al amargo pesimismo en que se halla empapado todo su temperamento de excéptico, lo que le hacen, que al no ver en la humanidad sino miserias y más miserias, él prorrumpa á cada rato y por boca de sus personajes en una imprecación, en una blasfemia, en un sollozo de infinita desesperación ante la suprema inutilidad de los esfuerzos humanos.

Para concluir esta ligera semblanza diremos que Zola no ha sido sino un gran épico de la Naturaleza. Su enorme Babilonia literaria no es sino la gran epopeya pesimista de la Verdad.

JUAN PICÓN OLAONDO.



Carlos de Santiago



CARLOS DE SANTIAGO

Es tan artista como original. Su alma es una policromía de Persia, y un prisma de crepúsculos exóticos. Modernista por naturaleza y por ciudadanización intelectual, su pincel está empapado en la fantasía de Rimbaud. Es un poeta que hace versos de colores, y de líneas. De la talla de de Carlos Sáez y de Carlos Herrera, (¡oh dinastía de los tres Carlos) aunque de distinta indumentaria, tiene un alma grande y sugestiva. El sentimiento de la personalidad le rebosa, y, lejos de poseer un temperamento parasitario, de Santiago es de Santiago y nada más que de Santiago. Su talento, lo afirmo, es mucho, y, aunque tardará tiempo en circular en nuestra modesta plaza, *colonialmente* artística, como diría Roberto de las Carreras, triunfará algún día y triunfará con ruido de tambores y de clarines, con ese franco triunfo de los arrogantes conquistadores del arte quienes después de luchar contra los tardíos, los timoratos y los imbéciles toman asiento en el trono del reconocimiento universal, y hacen de las tablas rotas de su paciencia el punto admirativo de la popularidad.

Carlos de Santiago vale mucho, muchísimo. Cuando deje sus amores con la Princesa Neurastenia valdrá mucho más todavía.

JULIO HERRERA Y REISSIG.

Sol en Sagitario. M C M.



PRESENTIMIENTO

Al ver tu ingratitud, tanto he llorado
—mujer sin corazón—que ya en mis ojos
el raudal de mi llanto se ha secado;
y hoy, si evoco tu nombre en este valle
de lágrimas y míseros abrojos,
temo que el pecho de dolor estalle!...

HORACIO OLIVOS Y CARRASCO.

Valparaiso (Chile). 1900.



RISA Y LLANTO

Batiendo sus alas
bajaron del éter dos ángeles bellos
y, envuelto en sus galas,
lleváronse al niño de rubios cabellos.

La cuna vacía
quedó solitaria, y, arriba, en las nubes,
un canto se oía:
cantaban, volando, risueños querubes.

La luz de la aurora
pregunta á las flores que el céfiro engríe:
¿Quién sufre en el mundo? La madre que llora.
¿Quien goza en el cielo? El niño que ríe.

SIXTO MORALES.

Arequipa (Perú), 1900.



EDUARDO FERREIRA


Año 1º